Seix Barral

Lyuba Yez

La noche del nunca más

La noche del nunca más

Seix Barral Biblioteca Breve

Lyuba Yez
La noche del nunca más

© 2023, Lyuba Yez
© 2023, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile.

ISBN: 978-956-6173-44-1
ISBN DIGITAL: 978-956-6173-45-8
Registro de Propiedad Intelectual Nº: 2023-A-6245
Primera edición: agosto de 2023
Fotografía de portada: ©Andrea Manuschevich
@andre_manuschevich

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, de grabación o de
fotocopia, sin permiso previo del editor.

Las tramas del mal están profundamente arraigadas en la noche.

Las tareas de casa y otros ensayos, NATALIA GINZBURG.

Había una vez.
¿Qué?
Había una vez.
¿Lo que nunca hubo? Lo que nunca más.

Mugre rosa, FERNANDA TRÍAS.

Esta historia es para ti y nuestros hijos.
Y para Pili y Pancho, por nunca soltar.

INVIERNO

Es 14 de julio del año 2021 recién, hace unos cinco minutos. Estamos durmiendo y, de pronto, un movimiento de tu cuerpo me despierta. Sin abrir los ojos, siento que te levantas. No es algo inusual, todas las noches que te has quedado dormido en mi lado de la cama, rodeándome con tus brazos y aún vestido, te vas en algún momento al escritorio a lidiar con tu insomnio o a terminar algo pendiente. Sin embargo, ahora das un paso y llega un golpe seco. Rotundo e inesperado. Has caído al suelo.

Abro los ojos.

–¿Qué pasa? Vas a despertar a los niños –susurro. Silencio.

Te pones de pie, das dos pasos más y caes nuevamente, esta vez sobre la estufa apagada. De inmediato me incorporo y pregunto, con urgencia, qué pasa, qué te pasa. Está oscuro, pero puedo ver que te sientas sobre la cama con las manos cubriendo tu boca y después te acuestas de espaldas sobre el colchón. “No te puedo hablar”, me dices. Insisto, qué pasa, y me levanto, aturdida por el sueño. Por mi cabeza cruza la idea de que te has partido la nariz. “No te puedo hablar”, repites, y tu voz no suena como la de siempre.

En ese momento no lo sé, pero lo cierto es que nada volverá a ser como antes.

***

Una explosión y los trozos de la vida que conocemos se fragmentan, chocan unos contra otros, revientan, se desvanecen. Llega la oscuridad y todo se derrumba en un segundo.

¿Se acabó? ¿Así es?

Cuando corrí a la cocina a buscar hielo pensé que tu nariz sangraba. Volví al dormitorio y encendí la lámpara del velador, después acerqué el hielo envuelto en un paño a tu cara y me alejaste con tus manos bruscamente. No había sangre, pero intuí que algo andaba muy mal, porque no podías hablarme, no te salía la voz y cuando intentaste ponerte de pie, la mitad de tu cuerpo no respondió.

–¿Te duele el pecho? ¡Qué te duele! ¡Qué pasa! ¡Dime qué te pasa!

Mis gritos se evaporaban en nuestro dormitorio, no había respuesta, ya no lograba sostenerte y tú movías la cabeza intentando decirme algo, desesperado, y no lo conseguías. Tu lado izquierdo, pesado, vencido, te llevó fuera de la cama. Caíste al piso y de inmediato grité ¡dime qué hago!, ¡R., mírame, dime qué hago! Empezaste a vomitar, saqué fuerzas de alguna parte para mover tu cuerpo rígido y ponerlo de lado para que no te ahogaras, mientras el vómito se acumulaba junto al velador como un río de sangre. Gritos, miedo, llanto. Gritos, incredulidad, llanto. Llanto, tanto llanto. Jadeé y pedí ayuda a la nada. No podía marcar ningún contacto en mi celular, como me ocurría en aquellas pesadillas permanentes que tuve en las semanas previas a esto, incluso un par de días antes, cuando soñé que íbamos a Panamá y me dejabas sola en una especie de isla y yo no sabía cómo regresar a la casa de los amigos que habíamos ido a visitar; pedía ayuda y no la encontraba, intentaba llamarte y mi teléfono no funcionaba. No lograba ubicarte y, de pronto, sin saber cómo, algo duro me estorbaba en la boca. Cuando escupí vi que eran dientes, muchos dientes.

¿Aquel sueño habrá sido una advertencia? ¿Un anuncio del infierno?

***

Marqué a Sebastián, que estaba en la lista de llamadas recientes de tu teléfono, y apenas dijo aló grité que por favor me ayudara, que no sabía qué te estaba pasando. Llamé al conserje del edificio y después a mi papá; le pedí que viniera a casa de inmediato para que estuviera en caso de que alguno de nuestros hijos se levantara. Pedí una ambulancia y estuve durante treinta minutos respondiendo preguntas de una asistente mientras esperaba el sonido de la sirena. No me corte, señora, por favor, ¿puede confirmar si su esposo está respirando?

El conserje llegó a los pocos minutos, también había pedido una ambulancia por su cuenta. Me metí al baño y el espejo me entregó un rostro hinchado y unas extremidades desconcertadas, lentas, tontas. Me vestí lo más rápido que pude y salí. Tú seguías en el piso, ya no vomitabas, pero un ruido escapaba de esa boca que ya no era tu boca y que estaba transformándose. Era un rugido cargado de terror, el rugido angustiante de no saber qué estaba ocurriendo.

Dos ambulancias llegaron al mismo tiempo, cuarenta minutos después,

cuando seguías rugiendo y aún respirabas. Rápidamente un médico y una paramédico estaban en mi puerta y avanzaron hacia el dormitorio recitando mecánicamente una pregunta tras otra, con urgencia. ¿Es hipertenso? ¿Alguna enfermedad de base? ¿Fuma? ¿Uso de drogas? No, no, no, no. ¿Está segura de que no es hipertenso? No lo sé, él nunca va a chequearse.

–Tenemos que llevarlo a la clínica más cercana. No podemos perder un minuto.

–¡Doctor, va a convulsionar! –exclamó la mujer, mientras ladeaba tu cuerpo todavía más.

Me dije: no puedo ver esto, si sigo aquí jamás podré sacarme esta imagen de la cabeza. Salí al pasillo. Nuestro hijo abrió la puerta de su pieza y se asomó somnoliento. Lo abracé de inmediato, escudando el espanto con mi cuerpo. Guatón, vuelve a la cama, vamos.

Mi padre llegó después sin entender absolutamente nada, como yo. Apenas nos abrazamos al saludarnos, no nos miramos, yo no sabía qué decir y él tampoco.

–Por favor, quédate con Milan. Se acaba de levantar.

–Ya, sí. Tranquila.

Se alejó caminando por el estrecho pasillo y sentí cuando cerró la puerta del cuarto de los niños. Me puse el abrigo y fui a buscar una bebida al refrigerador porque tenía la boca seca, se me pegaban los labios y estaba hablando mal. Cuando saqué la tapa de la botella el gas subió; el líquido saltó para todos lados, mojándome las manos, la ropa, la cara. Solté un garabato y cuando me volteé vi que Sebastián, el conserje, el médico y la paramédico te arrastraban, inconsciente, sobre la frazada beige de nuestra cama.

–¿Puedo ir con él? –pregunté sin volver a mirarte.

–Señora, no puede acompañarnos en la ambulancia. Necesitamos espacio en caso de cualquier procedimiento –respondió la mujer tras su doble mascarilla.

–Anda conmigo, L. Yo te llevo –me dijo Sebastián.

Estabas inconsciente sobre esa frazada que compramos en un *outlet*. Sabía que estabas muy mal y no era capaz de mirarte.

–No, Seba. Anda nomás.

Minutos después estaba siguiendo el sonido de las sirenas de la ambulancia y llamando a tu mamá por el altavoz.

–R. tuvo un accidente, voy camino a la Clínica Alemana.

–¿Qué le pasó? –preguntó aturdida, como si acabara de despertar–. ¿Se

cayó, se pegó con algo?

–No. No es *esa* clase de accidente.

Fui incapaz de ir más allá de un punto aparte. Era una máquina, algo sin alma, conduciendo con el pie en el acelerador e incapaz de hablarse a sí misma.

***

Cuando llegué a Urgencias ya te habían ingresado. Me acerqué al mesón y una enfermera, con un tono plano y casi sin expresión, me dijo que debía esperar, que iban a llamarme. Salí a la calle con Seba, encendimos un cigarrillo y me fijé en sus ojos inyectados en sangre.

–Llegaste muy rápido –atiné a decir.

–Me pasé todas las rojas. Todas.

Noté sus dedos temblorosos sosteniendo el cigarrillo y apenas había aspirado el humo de la primera pitada cuando apareció la paramédico, que me miró muy seria y dijo: "Entre, él está grave". Mantuvo el gesto duro en la cara hasta que tiré el cigarrillo al piso y lo aplasté con el botín, culposa, como una adolescente que ha sido pillada fumando marihuana por su madre. Me acerqué nuevamente al mesón.

–Me dijeron que mi marido está grave. ¿Me puede decir algo más? ¿Lo puedo ver?

–Señora –respondió la mujer sin mirarme–, ya le dije que tiene que esperar a que el doctor la llame.

En ese momento llegaron tu mamá y tu hermana, creo que nos abrazamos o quizás no y apenas nos rozamos, como ocurrió con mi padre. Mi boca seguía seca y pegajosa; decía dos palabras y lloraba, otras dos palabras y lloraba de nuevo. Tu mamá hablaba sobre la isapre, hablaba mucho, la verdad, y yo solo quería que alguien sensato me explicara qué estaba pasando y me sacara del mareo de las frases inconexas. Hasta que escuché la voz suave de una enfermera:

–¿Usted es la esposa de R.?

–Sí.

–El doctor la llama. Sígame.

Caminé por un pasillo corto hasta encontrarme con un hombre de unos treinta años vestido de azul que me esperaba con los brazos cruzados.

–¿Es la esposa, cierto?

–Sí.

–Yo soy el neurólogo. Ahí está él.

Él, que eres tú, estaba de espaldas sobre una camilla en una pieza amplia y abierta a mi derecha, desnudo y con los ojos cerrados, recostado aún sobre la frazada café que compramos mientras los niños se perdían corriendo entre colchones y almohadas, al poco tiempo de haber cambiado la cama por una más grande, pues ya éramos cuatro.

Un tubo metálico entraba por tu garganta y estabas conectado a cables interminables. "¿Está intubado?", fue la primera de esas preguntas que haría por mucho tiempo sin necesidad de escuchar una respuesta.

Dos semanas atrás, en una de nuestras acaloradas conversaciones sobre qué pasaría si alguno de los dos se contagiaba de covid –sobre todo tú, que no querías vacunarte porque creías más en el dióxido de cloro que en los recientes y urgentes avances de la ciencia– me dijiste, fuerte y claro: "No dejes que me intuben. Prohíbo que me intuben".

–Tu marido sufrió un accidente cerebrovascular en el tronco cerebral –dijo el neurólogo, y me devolvió a lo imposible.

–¿Eso es muy grave?

–Muy grave. La verdad es que las probabilidades de mortalidad, en su caso, son altísimas.

Luces de neón, paredes blancas, sonidos que se distorsionaban.

–¿Y qué hago? –susurré. Él se encogió de hombros.

"Fue uno de esos momentos en los que uno desea sinceramente no morir sino estar muerto ya, para sortear el sufrimiento y no hacer frente a los cientos de instantes desgarradores que le esperan en las próximas horas, días, semanas", escribe Juan Tallón en *Rewind*. Yo, desde ese momento, en ese pasillo, deseé no sentir el inmediato vacío de la pérdida. Deseé no haber conducido siguiendo a la ambulancia y no haber marcado a tu mamá para darle una mala noticia, justo cuando tu padre llevaba un mes hospitalizado y grave por coronavirus. Deseé no haber pasado cinco horas o más en esa clínica casi vacía por la amenaza de la pandemia y la tragedia respirándome en el cuello. Sorbos de agua, sorbos de café amargo, espera. Firmar los papeles de la Ley de Urgencias y escuchar de cinco neurólogos distintos que lo más probable era que morirías o que quedarías vegetal, pues en la escala de coma de Glasgow –que permite medir el nivel de conciencia de una persona– tú estabas en tres puntos, y un punto es la muerte cerebral.

Después, cuando me dijeron "despídase" porque te llevarían a la Unidad de Cuidados Intensivos, la auxiliar de enfermería me entregó una

bolsa blanca con el logo de la clínica que contenía tu ropa. Me miró con compasión y puso una mano sobre mi hombro sin decir nada. Entonces quise morir, sin imaginar que querría volver a desearlo muchas veces más.

***

Volví a casa a las seis de la mañana con los párpados hinchados y una sensación de soledad que me quitaba el aire. Avanzando por el pasillo hacia la puerta del departamento escuché los ronquidos de mi padre, a quien después encontré recostado sobre nuestra cama. Despertó, se refregó los ojos y preguntó qué pasó. Me acosté junto a él y repetí el diagnóstico de los cinco neurólogos.

–No se puede morir, papá.

–No, no digas eso. No puede ser.

–Tengo cuarenta y dos años, dos hijos chicos. R. no se puede morir.

–No pienses en eso. Trata de dormir.

–¡Pero cómo va a ser así! ¿Cagó todo? ¡No es justo!

–Claro que no es justo, pero la vida… –dijo, refregándose un ojo con la palma de la mano–. Hija, mejor trata de descansar.

Pero yo no podía cerrar los ojos. Algo de mí permanecía en aquel pasillo de Urgencias sin poder aceptar la realidad y también en la salida, cuando en plena calle tu hermana rompió en llanto y le gritó a tu madre: "¡Yo te dije que si mi papá se enfermaba se iba a morir! ¡Les dije que se vacunaran! ¡Te dije que si enfermaba eso nos iba a afectar a todos, y mira esto!".

–¿Y él era hipertenso? –preguntó mi padre.

–No. Pero no sé nada, no sé nada.

Era la sexta vez que respondía a esa pregunta en menos de diez horas.

–Ya. Trata de dormir –insistió.

–No tengo sueño. No podría dormir.

Mi cabeza no paraba. Las imágenes de un ayer lejano y de un hoy insoportable se mezclaban con la fuerza de un taladro en la piedra. Entonces pensé en la fe, en las energías, en la gente. Tomé el celular y envié mensajes a todas mis amigas y amigos cercanos contándoles lo que había pasado; también escribí a tus grupos de amigos de Whatsapp, a los compañeros de universidad y a los del colegio. Me daba igual si rezaban, si prendían velas, cargaban piedras o le hablaban a la Pachamama;

necesitaba fuerza de alguna parte, porque a mí no me quedaba mucho más que el miedo y la boca seca.

Logré dormir treinta y seis horas después, gracias a una pastilla que me trajo Celeste.

***

Paciente de 47 años, sin antecedentes médicos descritos. Peso 85 k, talla 1,80 m e IMC 26.2, que consulta el 14 de julio en la madrugada después que, estando acostado, se levanta y cae, siendo asistido por su esposa notando ruido "con la garganta", comprometiéndose progresivamente de conciencia. Llama a ambulancia, siendo asistido en el lugar, destacando compromiso de conciencia, plejía derecha y vómito, por lo que se intuba en el lugar. Tac de cerebro muestra hemorragia intratroncal que compromete parte de la protuberancia y mesencéfalo izquierda, con AngioTAC que muestra vertebral predominante a izquierda, sin hidrocefalia y sin colecciones evaluables.

Sube a UCI para continuar manejo y soporte evaluatorio.

"L., no sé cómo decirte esto".

Tu hermana me envió un mensaje a las ocho de la mañana, lo miré y supe que tu padre había muerto. Ocurrió a las cuatro de la madrugada, casi treinta horas después de tu hemorragia cerebral. Su cuerpo había resistido los efectos del covid poco más de un mes con una cámara de oxígeno y unos pulmones dañados que intuíamos no aguantarían mucho más.

No puedo dejar de pensar en que te desconectaste de este mundo justo un día antes, cuando las noticias que recibiste de tu mamá y tu hermana no eran buenas, porque habían ido a ver a tu padre al hospital y el médico les había aconsejado no entrar a la habitación. Aquel día viniste a almorzar conmigo a las dos y media de la tarde, comimos poco, estuviste muy callado y leíste un mensaje en el teléfono que te dejó afligido. No quisiste mostrármelo y me entregaste el celular para que lo leyese por mi cuenta. Tu madre te pedía que fueras fuerte y rezaras, porque Claudio no estaba bien. Soltaste unas lágrimas, te abracé y después te sonaron las tripas.

–Iré a verlo igual, aunque no me dejen entrar.

–Anda –te dije.

Volviste a casa pasadas las diez de la noche, ya había acostado a los niños y leía un libro mientras te esperaba. Cuando entraste, te vi serio y cansado.

–¿Cómo está tu papá?

–No entré, estaba dormido. Pero lo vi desde la ventana y creo que estaba bien –respondiste mientras te quitabas la chaqueta. Después te pusiste una mano en la frente–: Me duele la cabeza y me pica este ojo, como si tuviera pimienta.

–Ha sido mucho hoy, Flaco. Ven, siéntate y come algo–. Te sentaste a mi lado y tus manos temblaban.

–Mira, no sé qué me pasa. Tengo frío.

–Estás muy estresado.

Te preparé un sándwich con jamón y queso, apenas comiste la mitad. Nos abrazamos sentados en el sofá, lloramos un poco por lo que estaba pasando y después nos fuimos a acostar. Me puse el pijama y me acomodé en mi lado de la cama, tú te quitaste la ropa de oficina, te pusiste unos jeans y un chaleco azul, te recostaste junto a mí y me abrazaste por la espalda. Encendiste el televisor y pusiste un nuevo capítulo de *The good doctor*.

–¿Estás seguro de que quieres ver esto? –pregunté.

No respondiste, pero tampoco la cambiaste. Al rato te dije que tenía sueño y apagamos el televisor. Como casi todas las noches, dije: “Flaco, te quiero”, y tú respondiste: “Yo también te quiero”.

Todo eso fue antes del derrumbe, cuando pienso que tu mente dijo basta, no soy capaz de resistir la partida de mi padre.

***

La casa se llenó de amigas, de amigos, de la poca familia que tenemos y de trámites, muchos trámites. Se había perdido la cédula de identidad de tu papá, había que hacer llamados a la isapre y confirmar esta nueva explosión con un acta de defunción. Habíamos permanecido en el lugar del ataque justo cuando detonó una última bomba que, aunque no fue una sorpresa, nos remató.

Celeste organizó un grupo de asistencia con algunos de los amigos más

cercanos para que se turnaran llevándome a la clínica y esperándome al salir. “Puedo manejar hasta allá”, les decía, pero, de todas formas, aunque llegara a la clínica por mi cuenta, siempre alguno de ellos me estaba esperando a la salida.

Fui a visitarte a la hora indicada: de tres a cuatro de la tarde. Ese era el horario de visitas para la única persona –en este caso, yo– que podía ingresar a la Unidad de Cuidados Intensivos. Seguías intubado y conectado a un ventilador mecánico. El neurólogo de turno me repitió lo mismo que había escuchado la noche anterior y confirmó que tu estado era crítico, mientras yo, debatiéndome entre los hechos y la irrealidad, apenas me atrevía a acercarme a ti, porque no quería contagiarte de nada, pese a que estaba con doble mascarilla y lavaba mis manos cada cinco minutos.

–¿Podemos hablar afuera, por favor? –le pregunté al neurólogo.

Pensé que, aunque estabas en coma, podrías escuchar y no quería que supieras que Claudio estaba muerto y que sería cremado al día siguiente, justo en el horario de visitas. Necesitaba que ese día autorizaran a ir a verte más temprano y el doctor dijo que no había problema.

La imagen de la última vez que vi a Claudio me acompañó durante semanas. Volvía a casa después de hacer unas compras y lo encontré sentado en la sala junto a los niños, armando una torre de legos. Llevaba puesta una mascarilla celeste y se veía agripado; pensé en el covid y no me acerqué, solo lo saludé de lejos. Milan y Greta querían que se quedara más tiempo con ellos, pero él estaba apurado, como siempre en la semana, y además debía ir a la farmacia a comprar un encargo de tu madre. Le pregunté si se sentía bien y creo que él mintió, porque respondió que sí. Tenía mala cara. Todo tenía muy mala cara. Intuí algo y temí por los niños, también por mí.

Cuatro días después lo hospitalizaron en el Hospital de la Fuerza Aérea, entonces se clavó la tensión y aumentaron nuestras discusiones. Yo me quejaba del poco autocuidado, de la irresponsabilidad de no vacunarse, de tu propia irresponsabilidad de no hacerlo aún. Discusiones infértiles y desquiciantes que no nos iban a llevar a nada y que ahora son como martillazos en la nuca.

Alia Trabucco escribe en *Limpia*:

“La vida, siempre, tiene principio, medio y fin. Puede ser la sequía. Una peste. Una gripe. Una pedrada. La muerte, tarde o temprano, toca a la puerta. La primera vez es una advertencia, un susto, una falsa alarma […]. Pero luego viene tres veces, eso decía mi mamá: ‘Cuando muere uno, Lita, siempre mueren dos más’”.

Ahora confirmo que en nuestro caso no se trataba de un asomo de la muerte. La muy desgraciada había llegado y no pensaba soltarnos.

***

Cuando tu hermana me pidió que dijera unas palabras en el funeral de Claudio, acepté hacerlo, pues asumí que lo que pudiera decir te representaría. No confesé que estaba muy mal como para hablar en público o que no quería, o que me sentía incapaz de pensar en otra cosa que no fueras tú. Solo respondí sí, claro, lo haré. Como si se tratara de una tarea más en medio de la rutina cotidiana, decir algo sobre el suegro muerto, qué más da, yo lo hago.

Pero ¿cómo se puede pretender que nada pasa cuando se ha ido alguien que amamos?

¿Por qué las calles no están vacías? ¿Por qué el resto sigue caminando apurado hacia su destino, revisa sus celulares y carga cafés humeantes que no pueden tomar en la paz de sus casas, sino tibios frente a computadores o en reuniones a las que no pueden faltar? ¿Por qué no podemos decir "no puedo" o "es imposible que vaya" si el desconcierto nos ha borrado una extremidad?

Para mí, el mundo debía parar; seguir respirando y que las horas avanzaran me parecía hasta inmoral. Esa tarde, en el crematorio, estaba rendida y deposité mi confianza en los demás. Apenas podía pensar, no sabía de fe, desconocía los pensamientos positivos, bloqueaba la luz con el cuerpo encorvado y apretando los párpados hasta que el temblor cesara. Asustada y cobarde, aguardando el fin.

Hablaron varias personas frente al cajón sellado y envuelto en plástico. En los discursos le pedían a tu padre que te salvara y que por favor te mandara de vuelta. "¡Es una orden!", gritó tu tío con la nariz enrojecida, haciendo del momento algo mucho más irreal. Otros contaban anécdotas y proezas de él como piloto, se referían a su genialidad y a la capacidad que tenía de desarmar y rearmar máquinas, de cuestionar lo existente, de buscar otras formas de llegar al fondo de las cosas, y de reparar casi todo. Repáralo a él, tráelo de vuelta, rogué en silencio, mientras tu madre, aturdida y controlándose todo el tiempo para no caer, sostenía una bandera chilena sobre los antebrazos. Después el cajón bajó hacia los hornos hirvientes y la pérdida se hizo concreta.

Me estorbaba la ropa, quería estar ahí y al mismo tiempo no. ¿Van a morir los dos?, me preguntaba. ¿Esta va a ser la historia del hijo que no puede vivir sin su padre y que lo sigue? ¿Y nosotros, qué fuimos nosotros? ¿Y nuestros hijos? ¿Se acabó el tiempo de R. con ellos?

Mis padres me abrazaban por tercera vez, mientras alguien me presentaba a no sé quién y alguna persona se acercaba sorprendida de no haberme reconocido por la mascarilla o por lo disminuida que estaba –y sin duda, me sentía–, como esas formas que se van desdibujando en una poza después de haber lanzado una piedra, hasta desaparecer. Recibía cariños en el pelo como si fuera una niña, palmaditas en la espalda, miradas compasivas; el pésame por la pérdida de mi suegro en medio de la incredulidad ante el accidente de mi marido y toda una trama en la cual alguien o algo hizo estallar a una familia completa.

***

–Sol, necesito que me digas qué hago con los niños.

Esa fue la primera oración que pronuncié apenas me dejé caer en el sillón de la consulta de mi sicóloga el 14 de julio a las dos de la tarde. Le había enviado un mensaje esa misma madrugada, pidiéndole una hora urgente, por lo que había pasado.

–No quiero decirles que su papá está de viaje o que está trabajando. Yo sé que se van a dar cuenta de que algo anda mal. Muchas personas entran y salen de mi casa ahora. No les quiero mentir.

–Diles la verdad –dijo ella de inmediato.

La verdad, en ese momento, era como un muro gris. Y yo dudaba si azotar mi cabeza contra él o no. Diles la verdad, me había dicho Sol, pero sin olvidar que son niños. Celeste me había aconsejado lo mismo, como es su estilo, reiteradamente, recordando cuando su papá, que murió por un cáncer cerebral cuando teníamos nueve años, estaba cada vez peor y nadie le explicaba qué estaba pasando, por qué su padre se escapaba de la casa y era un escándalo, o por qué dormía en otro dormitorio, en un catre clínico. Ella tampoco preguntaba, pero sentía que algo andaba muy mal, mientras su padre, que ya cada vez se parecía menos al que conocía, iba perdiendo, además del pelo que ya no estaba y que dejaba ver una cicatriz inquietante, la capacidad de pensar, de hablar y de moverse. “La incertidumbre, que nadie te diga lo que pasa, te deja un hueco, un espacio

que después no se llena con nada", me advirtió.

–Tienes que encontrar el momento, pero debe ser pronto –insistió Sol.

Me tomó un día prepararme para decirles lo que estaba pasando y elegí una tarde cuando Milan, Greta y yo estábamos recostados en la cama viendo *Coco* en el televisor. No era la primera ni sería la última vez que nos sumergiríamos en la historia de Miguel, el niño mexicano que en el Día de Muertos llega, por magia y azar, al mundo de los que se van, a ese más allá que en mi colegio siempre describieron como el "Paraíso".

–Niños, tengo que decirles algo.

Milan puso pausa y me miró fijamente. Greta se acurrucó como una gata junto a mi cadera, apoyando su cabeza en mi pecho.

–Se han dado cuenta de que su papá no ha venido a la casa, han preguntado por él…

–¿Está de viaje?

–No, Milan –respondí, tragándome los mocos, las lágrimas y el miedo–. Él tuvo un accidente y ahora está en el hospital.

–¿Como el Tata? –preguntó Greta.

–¿Se enfermó como el Tata? –preguntó Milan de inmediato, abriendo mucho los ojos.

Claudio, el Tata. El Tata muerto.

–Sí, pero no. O sea, no están en el mismo lugar ni les pasa lo mismo. Su papá tuvo un accidente y tendrá que quedarse en la clínica hasta que se recupere.

–¿Y qué tipo de accidente fue? –preguntó Milan.

–Se le reventó una venita del cerebro. Y después se cayó. Eso.

–¿Entonces se pegó en el cerebro?

–No, guatón. O sea, se pegó, pero en la cabeza. Cuando pasó lo de la venita.

(Una "venita", como si el diminutivo le pudiera restar dureza a lo acontecido. Mientras más palabras salían de mi boca me parecía que el resultado de la conversación empeoraba).

–¿Y cuándo va a volver? –preguntó Greta.

–No lo sé.

–¿Y el Tata? ¿Cuándo va a venir? –preguntó Milan.

–El Tata sigue en el hospital –fue lo que dije.

Nos quedamos callados unos segundos. En la pantalla uno de los personajes de la película, una mujer llamada Imelda, entonaba una canción sufrida. Milan empezó a cantar muy bajito:

Ay, de mi llorona
Llorona de azul celeste
Ay, de mi llorona
Llorona de azul celeste
Y aunque la vida me cueste, llorona
No dejaré de quererte
No dejaré de quererte

***

Estamos sentadas en la terraza de mi casa, es mediodía. Celeste aún está de vacaciones de su trabajo en el colegio y nos tomamos un café, después otro, después un té. Encendemos un cigarrillo, otro más.

–Tú no te vas a quedar sola –dice de pronto–. Si esto empeora, si no puedes pagar este lugar, lo que sea, ustedes se van a vivir con nosotros.

No me sorprende lo que me dice porque siempre nos hemos cuidado así, como si hubiéramos firmado un papel ante notario a los seis años, cuando nos conocimos en el colegio.

–Con Pablo estamos ampliando la casa. La idea es hacer una salita y quizás un bar, pero también puede ser un lugar para ti y los niños.

Eso sí me sorprende.

–Gracias, Cele, pero creo que andaremos bien –digo sin convicción.

–Escúchame bien: te estoy hablando en serio. Se van con nosotros, ahí nos arreglamos, cambiamos a los niños de colegio a uno que esté más cerca, lo que sea. Sola no estás, ¿entiendes?

–Gracias, de verdad.

Pienso que vamos a dejar esta conversación hasta ahí, pero no.

–Huevona, no quiero que pases por lo que pasó mi mamá cuando enviudó ni quiero que los niños pasen por lo que pasé yo, que, ya te lo he dicho, con pocas respuestas, sin entender mucho, con una mamá tomando vodka a escondidas cuando se quedó sola a los cuarenta años con dos hijas chicas.

–Cele –pronuncio con una sonrisa–, ¿me vas a decir que no puedo quedarme en pijama uno de estos días y empinarme una de vodka?

Ella sonríe y me da una palmadita en el hombro, como hace cada vez que la descoloco.

–Veo que despertó tu humor negro, eso quiere decir que no todo está

perdido –sonríe otra vez, después se me acerca con sus ojos verdes muy abiertos y sentencia–: Claro que puedes tomarte las botellas que quieras, pero sabes que no puedes quedarte tirada en la cama para siempre.

–Me levanto todos los días. No lo hago aún.

–Es que no lo vas a hacer. Te conozco y sé que no lo vas a hacer.

–Valoro tu convicción, Celeste, aunque lo del vodka no te lo podría asegurar.

***

Fui a visitarte, como siempre, de tres a cuatro de la tarde. Me registré en el primer piso, tomé el ascensor hasta el quinto, toqué el timbre y después, al cruzar la puerta, absorbí con una mezcla de asco y angustia el olor de lo que es casi irreversible. Caminé hacia tu cama sin mirar ni a mi derecha ni a mi izquierda. No quiero ver más enfermedad, no quiero el roce de la muerte.

En cuanto entré al box se asomó el neurólogo de turno –uno nuevo–, aunque, a diferencia de los anteriores, no me hizo preguntas sino un anuncio:

–Tu marido despertó.

Si bien estabas con los ojos cerrados, se habían dado cuenta de que podías escuchar y responder a órdenes simples. “R., si me escuchas aprieta mi mano”, fue la primera. Lo hiciste. “¿Puedes apretarme dos veces ahora?”, fue la segunda. Lo hiciste también.

–Probemos contigo. Ven, ponte al lado de la cama.

Incrédula, lavé mis manos rápidamente y obedecí, me puse a tu derecha y tomé tu mano. “Háblale”, me dijo el neurólogo y un hilo de voz salió de mí: “Flaco, ¿me escuchas?”. Más alto, hazlo de nuevo. Carraspeé. “Flaquito, aprieta mi mano si me escuchas”. Apenas sentí la presión concreta de tus dedos sobre mi piel una máquina empezó a sonar.

–Tranquila, le subió la presión –dijo el médico, apretando rápidamente unos botones–. Debe ser porque reconoció tu voz. Hagámoslo de nuevo.

Cerré los ojos y ya lloraba cuando insistí: “Si me escuchas, aprieta mi mano dos veces”. Sentí la leve presión de tus dedos, después la sentí otra vez. Tus ojos seguían cerrados. Envolví tu mano con las mías y la acerqué a mi boca hasta poner mis labios contra la tela de la mascarilla que me separaba de tu piel y me impedía olerte.

–¿Por qué no abre los ojos? –pregunté.

El médico te levantó los párpados con las yemas de sus dedos y vi tus ojos moviéndose descoordinados, buscando la luz, como lo hace un recién nacido.

–R., ¿puedes mover los ojos hacia arriba?

Las dos bolas celestes subieron en dirección a tu frente, después bajaron y volvieron a subir. El neurólogo dejó caer tus párpados.

–No puede abrir los ojos por sí mismo, esa es una función que perdió por la hemorragia.

–¿Y la va a recuperar?

–No lo sabemos, por el tronco pasan todas las órdenes del cerebro, y la hemorragia es grande y tapa bastante. Hay que esperar.

–Pero ya salió del coma, eso es bueno –comenté, incrédula–. Despertó.

–Sí, pero ahora está enclaustrado. Puede escuchar, incluso puede ver, pero no puede mover más de alguna extremidad y menos comunicarse.

Me salté las preguntas sobre cuándo, hasta cuándo o cómo, y al parecer él lo entendió porque dijo, antes de dejarnos solos:

–Tu marido sigue en estado crítico.

Recordé las palabras de la auxiliar del aseo cuando me encontró llorando el día anterior junto al lavamanos de tu box porque otro neurólogo me había dicho lo mismo: “No crea todo lo que le dicen. Ellos no son dioses. El que decide es el de arriba”. Yo le agradecí sus palabras, aunque no pude explicarle que el de arriba y yo estábamos en una muy mala situación. Que esa fe yo no la tenía y que estaba enojada, emputecida, indignada. Que siguieran rezando otros, yo no podía.

***

Sigues enclaustrado, *locked-in* le llaman.

La sola palabra me hizo recordar a Alberto Vega, el actor y entonces director de la Escuela de Teatro de la Universidad Católica que en el año 2006 tuvo un accidente en bicicleta, quedó totalmente paralizado y hasta el día de su muerte solo podía mover los ojos. Lo entrevisté para un diario en el año 2014 y, como no podía hablar, usamos un computador en el cual él podía armar palabras fijando la mirada en distintas letras; también usamos un abecedario de cartón para poder comunicarnos.

Alberto Vega, enclaustrado como tú ahora, estaba solo. Su mujer y sus

hijos ya no vivían con él. Lo cuidaban su mamá y dos enfermeras que se notaba que lo querían mucho: una de día y otra de noche. En su dormitorio tenía marcos con diversas fotos de sus hijos, pero ya me habían advertido que no preguntara por ellos porque Alberto sufría mucho con el tema; al parecer, sus hijos no le perdonaban el haber salido a andar en bicicleta y no usar casco, y no lo estaban visitando. De su mujer no había una sola imagen.

Estuve en su casa unas dos horas, atenta a cada vocal y a cada consonante que me fue mostrando con la mirada fija en la pantalla. En la noche, mientras cenábamos, te conté sobre la entrevista y reconocí que cuando salí de aquella casa en Ñuñoa caminé muy lento hasta el auto, entré, cerré la puerta y lloré largamente. Es posible que te haya comentado, emocionada, lo afortunados que éramos de estar sanos y juntos.

La imagen de Alberto Vega estaba anclada en mi cabeza. Necesitaba que me dijeran más y por eso le pregunté al neurólogo:

–Necesito saber algo. ¿Lo que tiene R. es como lo que le pasó a Gustavo Cerati o como lo que le pasó a Jorge González?

Cerati estuvo cuatro años en coma y nunca despertó.

González sobrevivió y lleva unos seis años en rehabilitación para recuperarse de las secuelas de una serie de accidentes cerebrovasculares.

–No es como ninguno de los dos.

***

Nuestros amigos envían chocolates, juguetes para los niños y llegan a verme con cajas de vino. Pasamos las noches pidiendo comida, sirviendo una copa tras otras, fumando cigarrillos, inquietos, en la terraza. No siento el frío, quizás porque ellos me abrigan. Cele, Beatriz, Dani y Fernando acordaron ser una “primera línea” de apoyo: tú la acompañas a la clínica mañana, tú te llevas a los niños el fin de semana, tú le traes comida o lo que sea que necesite; tú hablas con fulano para pagar esa deuda, tú coordinas a la familia para saber cómo los pueden apoyar. Entre ellos se turnan para acompañarme en estas noches interminables, hacen dormir a los niños, me compran cigarros, me traen barras de proteínas que nunca había probado y que engullo sin hambre.

Hablamos de todo y de nada. Tratamos de reír. Tus amigos del colegio,

que son también los amigos de la vida, transitan de la risa al llanto pensando en ti y en que has despertado. Te nombran en voz alta, con la copa llena apuntando a un imaginario de lo que queda de ti aún en la casa, como si pudieras escucharlos.

Flaco conchatumadre, ¡yo sabía que ibas a despertar!

Un huevón tan tozudo no se va a dejar morir, no se va ni cagando. Flaco culiao, ¡cómo te voy a putear cuando te pueda ver!

Ya más ebrios, brindamos una y otra vez porque estás vivo y porque puedes escuchar. Algunos, más escépticos, me miran con duda al ver mi sonrisa. Creo que piensan que estoy loca: está vivo, pero no sabemos qué va a pasar con él, cómo va a quedar, cuánto va a avanzar.

¿Se quiere quedar igual? No tengo una respuesta para esa última pregunta, que entonces nadie se atreve a hacerme, pero que sé que piensan.

–Quiero que R. viva, después vemos el resto –les digo.

***

Anoche soñé contigo. Soñé que nos besábamos como la primera vez y como la más reciente, dos noches antes de que esto ocurriera. Pienso en tu boca y en esos labios que frunces cuando te hablo en esta habitación clínica. ¿Me escuchas, Flaco? ¿Me escuchas? Tus ojos siguen cerrados y tus labios se mueven sutilmente, aunque con la fuerza de una ola, porque cada mínimo movimiento es una victoria. Reconozco la dificultad de tus movimientos y agradezco ese beso que imagino intentas enviarme en medio de todo esto, así como me aferro al beso de mi sueño. Viajo a cuando éramos dos y nada más importaba, a días enormes y únicos, a noches largas, a mañanas adormilada pero tan agradecida de todo.

¿Se irá a acabar todo eso? ¿Se irá?

Te extraño, te extraño y tengo tanta rabia guardada, un grito alojado en la garganta, una mancha negra que me ha quitado la voz, así como la sangre esparcida en tu cerebro te la quitó a ti. Pienso en tu voz, la evoco, no quiero olvidarla. Me angustia no saber cuándo, no saber cómo, no saber nada. Mi propia voz quebrada choca con el silencio de tu no voz y el ruido ensordecedor de estas máquinas que anuncian que alguno de los medicamentos se acabó o que tu presión subió. Busco algún nuevo indicio, te toco las piernas, los dedos de tus pies perfectos, de tus manos de dedos

largos, busco señales, avances.

La culpa también se ha asomado a ratos e intento despejarla. ¿Te presioné? ¿Dije tanto de más? Estabas con la pena incrustada en el cuerpo, como esas astillas de vidrio que casi no se ven; estabas sufriendo por tu padre, querías salvarlo, y no dormías, comías mal, te guardabas todo, incluso me evadías, como aquella tarde que entré al escritorio y vi que buscabas en Google cómo poner una inyección intramuscular y pregunté, sin esperar honestidad, qué pasaba. Tú cerraste el notebook y respondiste que no pasaba nada, dándome la espalda. Pensé que ya estabas enloqueciendo, porque asomarse a la idea de entrar al hospital con una jeringa rellena de una sustancia alternativa que, según tú, salvaría a Claudio, era descabellado. No ibas a conseguir sacarlo de ahí e igual insistías en que quizás debía irse a su casa bajo su responsabilidad, como si en su estado esa fuera una decisión razonable. Se había contagiado de coronavirus, no quiso vacunarse porque no confiaba en un descubrimiento tan reciente, había firmado un papel para no ser intubado en caso de que fuera necesario –y lo fue– y, además, tenía doble enfisema pulmonar. Te lo repetía una y otra vez, intentando hacerte entender lo que no querías escuchar. Entonces discutíamos, tú te aferrabas a la pseudociencia y yo quería arrancarme los pelos ante tanta negación. Otras veces conseguíamos hablar moderadamente y te decía que debías llorar, que tenías que sacar esa pena porque de lo contrario te podrías enfermar; tú algo cedías, unas pocas lágrimas y pedías que cambiáramos de tema.

Por esos días salíamos a pasear con los niños en sus bicicletas y tú caminabas a nuestro lado, pero al mismo tiempo no eras tú. Estabas en otro lugar, con la cabeza cargada. “Flaco, te estoy hablando”. Tú me mirabas con los ojos cada vez más opacos y decías: “Te estoy escuchando”. Seguías avanzando, muy erguido y con la vista fija en el frente, silencioso.

Estaba preocupada por ti y por eso le escribí a Celeste un mensaje la noche del 13 de julio: “No quiero que le pase nada”. Lo hice unas pocas horas antes de tu accidente, mientras esperaba que llegaras a casa. Antes del estruendo. El estruendo de la noche del nunca más, cuando la vida cambia en un segundo, como escribe Joan Didion en *El año del pensamiento mágico*: te sientas a cenar y, después, la vida que conocías ya no existe.

Nos sentamos a cenar y lo que temía que ocurriera, pasó.

***

Tras veinticuatro horas respirando por ti mismo, saliste de la Unidad de Cuidados Intensivos y ahora estás en Intermedio de Neurología.

Subo a este nuevo piso de la clínica, me anuncio en la entrada y espero largos minutos hasta que me dejan pasar. Avanzo por un pasillo distinto, con otros olores y más movimiento que en la UCI: hombres y mujeres de azul; otros con delantal blanco, otras de rosado con el cabello cubierto con un gorro transparente empujando carros con platos y botellas de agua. Me detengo frente a la puerta que tiene tu nombre y un cartel que anuncia aislamiento. No sé qué hacer y una voz desconocida me dice que debo ponerme un delantal y guantes plásticos. Lo hago y tomo aire, como siempre hago antes de cruzar la puerta de la habitación donde te encuentras, porque nunca he sabido cómo vas a estar

Esta nueva habitación tiene un ventanal grande y lo primero que veo es a una doctora con un apellido extranjero bordado en el delantal. Te está examinando y me saluda como si me conociera. Me fijo en tus ojos abiertos, que me siguen, aunque ignoro si me ves o no.

–Eres la esposa.

–Sí. Soy la esposa.

"Soy la esposa" es algo que diré cientos de veces.

–Pasa nomás. Soy la doctora Kunij y le estoy haciendo un control a R. Permiso –dice mirándote y marcando la voz en la última palabra.

La doctora levanta la sábana y aparecen tus piernas largas, que se ven como antes, aunque ya no lo son. Te toma de cada rodilla con ambas manos, palpa los muslos con sus palmas, como si estuviera despertándolos luego de una siesta; después revisa tus tobillos, los dedos de los pies. Saca un objeto plateado y puntiagudo del bolsillo de su delantal y lo acerca a la planta de tu pie izquierdo. "¿Sientes eso? ¿Y esto otro?". Tú asientes levemente ante cada pregunta, mientras yo me siento como una espectadora en pausa que no puede alejar los ojos de tu traqueotomía.

–¿Sigue enclaustrado? –pregunto, en voz baja.

–No. Ya salió.

Siento un tenue alivio, pero el miedo sigue aquí.

–¿Ves que mueve la cabeza un poco? Ese es un avance. Mira, acércate –prosigue convencida; yo me acerco y ella alza el tono de la voz para decir, grave–: R., mueve los dedos de este pie.

Tú fijas la mirada en ellos y de inmediato noto que mueves el dedo gordo del pie izquierdo. La doctora Kunij pone las yemas de sus dedos sobre tu tobillo.

–¿Y aquí? ¿Puedes moverlo hacia atrás?

Tu tobillo se inclina ligeramente hacia adelante y después hacia atrás. Ella asiente por algo que parece bien, aunque no sonríe ni muestra ningún otro gesto positivo. Después vuelve a pedir permiso y levanta la camisa blanca que cubre tu cuerpo. Veo tu pecho plagado de electrodos azules con cables conectados a una máquina que tiene una pantalla; veo otro cable que sale de tu estómago y un pañal del cual se asoma una manguera muy delgada. La sigo con la mirada hasta llegar a una bolsa con un tercio de orina oscura.

Usas pañales, no hablas y apenas te mueves.

Escucho el sonido de una rama que es partida en dos. Clac.

La doctora vuelve a cubrirte. Todo avanza muy rápidamente, pero las palabras no salen de mi boca. Las de la doctora sí, siempre a un volumen alto, como cuando le hablamos a un anciano, asumiendo que los años le han quitado la capacidad de escuchar, y exagerando la pronunciación, como cuando creemos que no entiende lo que decimos.

–Vuelvo más tarde, R. En un rato vendrá el kinesiólogo a evaluarte, pero antes tienen que aspirarte –me mira fijamente y agrega, adelantándose a la pregunta que soy incapaz de hacer–: Así le sacan las flemas que se le acumulan en la garganta, se hace con una manguera que ponemos en la traqueotomía y lo despejamos.

Me doy cuenta de que ella modula como si fuera una clase masiva y yo una alumna distraída e ignorante, lo que no se aleja de la realidad en el segundo caso. Asumiendo mi escasa participación en la escena, asiento como si entendiera lo que me dice, mientras ella se lava las manos. La observo atentamente: lavado de manos, papel toalla, secado de manos y otro papel toalla con el que se apoya en la manilla de la puerta.

–Ven cuando quieras y por el tiempo que quieras. Le hace bien que estés aquí.

Cuando ella se va, recién me atrevo a acercarme más a tu cama. Nos miramos a los ojos después de diez días sin hacerlo, y me doy cuenta de que tu ojo derecho pestañea y el izquierdo se queda abierto como si fuera un cilindro de vidrio celeste. Tomo tu mano y digo: “Despertaste”, con una sonrisa que la mascarilla no te deja ver. Tus dedos largos cubren mi mano.

***

“Piensa que en algún momento vas a despertar y esto habrá sido

solamente una pesadilla", me escribe una compañera de colegio por WhatsApp.

¿Qué ha sido esto? Devastación, el infierno en la Tierra, una película en la que no quiero participar. Solo consigo describir así lo triste que es que no estés aquí, en la vida del día a día. Es cierto que estás vivo, pero es muy doloroso verte así como te veo.

"La vida se puso difícil" o "qué duro lo que te tocó", me dicen amigos tuyos cuando llaman para saber cómo sigues y si necesito algo. No se los digo, pero claramente necesito una cosa: rebobinar. Necesito no estar como estoy. Asumo que ellos no pueden dejar de pronunciar más que frases hechas antes de que me largue a llorar, y confirmo que los días se han convertido en un festival de mensajes de tarjetas de invitación de los años ochenta y en reforzamientos sacados de libros de autoayuda.

Tú puedes. Eres fuerte.

Todo saldrá bien.

No creo que pueda, no sé por qué creen que soy fuerte y no tengo la más mínima certeza de que todo salga bien si en este momento todo está tan mal.

***

Acabo de pedir una pizza al lugar que solemos encargar. Vienen mis papás a almorzar y a quedarse con los niños mientras yo voy a visitarte. Pido la de *pepperoni* y la *fior di latte* con tomates dulces que tanto te gusta. "¡Pizza!", gritan nuestros hijos, emocionados, mientras corren con los brazos arriba por la casa, y yo siento que mis tripas se estrangulan, porque ese es el lugar al que más hemos ido a comer desde que estamos juntos, donde las copas de vino son hasta arriba –como "de cantina", diría mi tía Victoria–, la música siempre es buena y el tiramisú con frutillas bañadas en chocolate es uno de nuestros postres favoritos, o como dices: mi postre favorito que haces tuyo para
complacerme.

Mis padres llaman a la puerta y antes de abrir me trago el residuo de llanto que no alcancé a expulsar antes, cuando estaba encerrada en el baño y aferrada a tu chaleco verde con el que duermo desde hace unos cuatro días, porque el otro, el celeste, ya está sucio y manchado con mocos. Lo cierto es que abrazo tu ropa como una viuda lo hace con la

ropa de su marido muerto. Abrazo tus chalecos, camisetas, pantalones, camisas y ternos como lo hizo mi tía Lola cuando encontraron el cuerpo de su esposo después de cuatro días de no dar señales de vida. No le contó a nadie ni hizo una denuncia a la policía, y se sentó a rezar para que no ocurriera lo que parecía inevitable después de una serie de tratamientos y largos años transitando por el limbo de las preguntas sin respuesta por una enfermedad mental. De todas las imágenes que archivé aquel día que lo encontraron muerto en la bodega de su oficina, el momento en que entré por inercia a su dormitorio no se me borró nunca: mi tía de pie frente al clóset abierto, con los brazos estirados intentando abarcarlo todo, como si quisiera quedarse con toda esa ropa pegada al cuerpo para siempre. Ella, siempre muy contenida ante la larga depresión de su marido, al fin lloraba sin censura. Yo, como no quería que me descubriera espiando su dolor, me quedé callada, aguanté la respiración y retrocedí lentamente, sin entender –hasta hoy– lo que ella sentía.

El vacío.

La soledad.

La injusticia.

La rabia y la pena.

Por eso, quizás, yo también me aferro a tu ropa y duermo vestida de ti. Con la ropa del que eras y que ya no está, también abriendo mis brazos largos para atajarlo todo, olerlo, engullirlo, hacerlo mío. Inhalarte, saborear algo de ti, morder las telas para silenciar los gritos.

–Mamá, ¿por qué tienes la ropa de mi papá? –pregunta nuestro hijo cuando me ve despertarlo con uno de tus chalecos sobre el pijama.

–Mamá, ¿por qué tienes el anillo del papá? –pregunta nuestra hija cuando ve tu argolla dorada colgando de una cadena junto a la imagen de la Virgen de los Rayos que rescaté de mi joyero.

–Mamá, ¿qué haces en el suelo? –preguntan ambos cuando me han visto recostada sobre el mismo lugar donde cayó tu cuerpo desconectado.

Les respondo que me visto así y que llevo tu anillo de matrimonio colgando del cuello porque te extraño y es mi forma de sentirte cerca. Aunque es mucho, muchísimo más que eso. Es buscar tu olor, es buscarte cuando estabas consciente, y, por inútil que parezca, creer que posar mi cuerpo sobre el lugar donde caíste, vomitaste y te fuiste me va a permitir volver atrás y cambiar el curso de las cosas.

***

¡¿Por qué quieres quitarme a mi familia?!, le grito a Dios de noche, con una almohada cubriéndome la boca para no ser escuchada. Después tomo una pastilla para dormir y escucho un audio sobre transmutación que me recomendaron y que espero que haga su trabajo, aunque no creo en nada. Cuando los párpados comienzan a pesar y el cuerpo cede a algo de descanso, corto el audio y me duermo. Sueño que veo a mi abuela paterna, la única de mis abuelos que conocí y con quien nunca me llevé bien. Ella no me hizo sentir querida y entre nosotras hubo siempre un vacío extraño. No me gustaba cómo era, me alejaba su frialdad y no entendía su rabia constante, así que cuando murió, unos diez años atrás, tuve que esforzarme mucho para llorarla.

Mi abuela se aparece en un sueño en el que está un hermano con quien no hablo desde hace años y que tampoco se ha asomado en medio de todo esto; es una pesadilla de esas pasivo-agresivas, como les llamo, porque no son derechamente una película de terror, pero algo está mal ahí, y, aunque haya belleza, también hay miedo, gritos, llanto o maldad. En el sueño abro la puerta y aparece mi abuela, igual de menuda en su metro cincuenta y tres; con el pelo entrecano y sus anteojos de vidrios gruesos y aumentados. Me abraza de entrada y me dice que estoy muy flaca; yo le respondo que estoy muy triste. Es un sueño raro porque ella parece quererme.

***

Practico todo lo que me sugieren: enciendo velas de color violeta para transformar, tengo una bandeja de vidrio con unas piedras de jade, cuarzo rosa y amatista en la sala, junto a nuestras fotos familiares. Los mismos tipos de piedras que llevé a tu habitación de la clínica, además de una foto de los cuatro en una viña de Casablanca, todas las imágenes de vírgenes que me han entregado nuestras amigas y vecinas del condominio, y una hoja impresa con un símbolo llamado antakarana que mi prima Swann me dijo que te llevara desde el primer día que ocurrió tu hemorragia. También pongo música clásica en mi celular a un volumen más o menos alto cuando te visito, además de audios para activar el cerebro, superar la ansiedad y lograr eso que llaman armonía, si es que existe. La verdad es que si me aconsejaran que ponerme de cabeza dos horas al día también ayudaría a que mejores, creo que lo haría.

Ahora mismo suena *El verano* de Vivaldi en este cuarto, mientras tú estás en una posición determinada por el kinesiólogo para activar los músculos y tendones de las piernas: estás de espaldas sobre la cama y con tus piernas apuntando hacia la derecha, con la cadera apoyada en varias almohadas. Ningún sonido puede salir de ti, pero empuñas la mano izquierda hasta que la sangre se acumula en los nudillos y eso significa que sientes dolor. Mucho dolor. Me acerco, confirmo si es así, asientes, te ofrezco mi mano, la tomas y la aprietas como si fueras a triturarla. Haz lo que tengas que hacer y suelta ese dolor, no voy a pedirte calma ni paciencia ahora; alguna vez sentí un dolor físico indescriptible estando hospitalizada y lo que más detesté fue tener a alguien pidiéndome calma cuando lo que yo necesitaba era morfina.

Llevas una hora en esa posición y debes aguantar así otros sesenta minutos más.

***

Un cavernoma que se reventó. Esa es una de las tesis que explicarían el origen de tu hemorragia, según el doctor Bustos, el neurólogo vascular que nos recomendaron que te trate en esta clínica. Mide un metro setenta y corre de un lado para otro con los ojos achinados por la sonrisa que siempre lo acompaña bajo su doble mascarilla. Nos saludamos chocando los puños, pero muchas veces pone una mano sobre mi brazo como adelantándose a mi posible falta de esperanza.

–Vamos bien, R. Usted va así –te dice, dibujando con su dedo una curva ascendente. Me mira con los ojos llenos de optimismo–: Ahora puede decirnos sí o no moviendo la cabeza; eso es muy, muy bueno.

Bustos te hace un par de preguntas para que yo vea lo que estás logrando y tú asientes y niegas sin interés. Cuando él se va, te quedas mirando el televisor encendido.

–¿Quieres decirme algo?

Te lo pregunto con una pequeña pizarra blanca en la mano y un plumón en la otra.

Escribo un abecedario y te lo muestro.

–Vamos a comunicarnos como lo hice con Alberto Vega. Muéstrame lo que quieres decir usando las letras, con tu dedo. Dale.

Pero mi incipiente ánimo no te contagia. Tus ojos se llenan de lágrimas

y una de ellas cae por tu mejilla. Niegas con la cabeza y después empuñas la mano izquierda.

–¿Tienes rabia? –pregunto. Asientes y sueltas un sollozo mudo.

***

Escribo en mi cabeza todo el tiempo, escribo sobre esto para ver si me salvo de una caída al hoyo negro más profundo y aterrador que haya conocido jamás. Escribo y te escribo cuando estoy en la ducha con las manos abiertas bajo el chorro de agua caliente y la vista fija en los azulejos, sin pestañear, casi sin respirar, porque las imágenes de este viaje llegan, aunque no las llame: no te puedo hablar, el chaleco azul, tu cuerpo desnudo sobre una frazada, tiene altas probabilidades de mortalidad, salga y espere; no me dejes, R., no puedes irte ahora.

"Ahora sí es posible escribir lo inexpresable. Mejor dicho: ahora hay algo inexpresable y, luego, entonces, ahora es posible escribir", escribe Cristina Rivera Garza en *El invencible verano de Liliana*, novela en la que bucea en los recuerdos escasos e investiga y arma un rompecabezas de los últimos meses de su hermana antes de ser asesinada por un exnovio. Es en esa cita, y en gran parte de la rabia e impotencia de la narradora de este libro, que encuentro algo cercano a una explicación para poder escribir en este momento tan jodido aquello que apenas resisto vivir.

Te veo hoy por primera vez desparramado sobre una silla neurológica. Gloria, la kinesióloga de ojos celestes y sonrisa permanente que te llama "Duque", me recibe contenta y dice que te llevará de paseo por el pasillo hasta el ventanal del otro edificio para que veas un paisaje distinto. Cuando entré a la habitación estabas medio acostado en la silla, con la cabeza caída hacia un lado, la boca abierta, los anteojos puestos y los ojos muy fijos y grandes. Parecías un anciano. Tú, quien siempre usó su cuerpo para surfear las olas y para sostener muchas veces mi debilidad, estás así.

***

Hoy hablé por teléfono con mi prima mayor, Nina. Me dijo que era muy

importante que no deje mi vida detenida, que siga, porque nada va a parar. Que salga, que pasee, que me pinte las uñas. Que vaya a la peluquería.

También me aconsejó tirar a la basura la ropa que llevabas esa noche. La ropa vomitada que, después del lavado, algo de fetidez mantiene. Me propuso que me deshiciera de tu chaleco azul, pero todavía no lo hago.

No soy una viuda ni he muerto, pero me siento arrasada por una ola enorme y pensarlo me recuerda el poema que Piedad Bonnett cita en su novela *Lo que no tiene nombre*, en la cual narra el dolor por el suicidio de su hijo Daniel, quien sufría de esquizofrenia:

"La ola entra alocada, dando tumbos,
[…]
la ola con su paréntesis vacío para siempre
que viene a recordarnos que vivir era esto,
que hacia ese lugar desde siempre veníamos".

Bonnett escribe que a ese lugar llegó a sus sesenta años recién cumplidos, cuando ocurrió lo de Daniel. Que él es su paréntesis vacío.

Mi paréntesis vacío eres tú ahora.

***

Apuntas con tu dedo las letras N, O, D, O, Y, M, A, S en el abecedario que usamos para comunicarnos.

NO DOY MÁS.

Lloras y yo pienso que la vida es una porquería en días como este. Detesto, odio y me enrabio al ver que todo sigue como si nosotros fuéramos capaces de sobrellevarlo, como bien lo describe Juan Tallón en *Rewind*: "De pronto, el mundo me pareció un lugar inhóspito, cruel, perverso, en el que la felicidad ajena no se interesaba ni se compadecía de nuestro dolor".

Soy una más de las que camina por la calle, la mascarilla oculta mis noches de insomnio y un gesto de tristeza insondable. Me siento sola, huérfana, castigada, herida, mientras avanzo hacia el supermercado o a la

farmacia. No estoy ni soy, ya ni el miedo cabe, mientras el resto sigue viviendo, porque así es; el espectáculo continúa, solo mi vida y la tuya están en pausa ahora. Detenidas, confusas y horrendas. ¿Hay esperanza? Claro que sí, de lo contrario no podría ni asomarme al mundo y tú no te esforzarías cada día por aprender todo de nuevo. Pero también hay mucha, muchísima oscuridad.

En la sesión de terapia ocupacional te pasan un plumón envuelto en esponja para que garabatees algo en la pizarra blanca con tu mano izquierda. Lo intentas y una letra pisa a la otra, así como los días borran lo que fuimos. Cada hora, cada mañana, cada tarde y cada noche son una agonía. Para muchos esto es una oportunidad que no puedo dejar de sentir como un castigo. ¡Una oportunidad! Por qué, para qué, cómo es posible. ¡Cómo puede ser que esto sea, que esto esté pasando!

Ya no sé si será posible volver a sentir tu abrazo, si lograré aferrarme a tu cuerpo, si volveré a sentirte. Me aprietas la mano con amor cuando te visito, llevándome hacia ti, pero al mismo tiempo alejándome, y yo no quiero que te vayas, no quiero que lo que está pasando termine con nosotros, no quiero que dejes de ser tú. Pero el cuerpo de ahora no es el cuerpo de antes y el amor de ahora está ensombrecido.

Escribes que no das más, que quieres golpear a todas las personas que te están cuidando; ya no quieres estar en esta cama clínica ni conectado a máquinas, luchando por peinarte, por abrir los ojos, por mover las extremidades de tu lado derecho. Vives un encierro de terror y no puedo decirte que lo entiendo, porque no lo entiendo y no puedo siquiera imaginarlo.

¿Es una *eme*? Dedo para arriba. ¿Consonante o vocal? Me muestras con los dedos el signo de la victoria, es una vocal. "A, e, i…". Pulgar arriba, es una *i*. Luego una *ele*, una *a*, una *ene*. Lo escribo en la pizarra: MILAN. Lo digo, suspiras y llega un sollozo insonoro que mueve todo tu cuerpo.

Es el nombre de nuestro hijo, que no teníamos acordado cuando supimos, a las veintidós semanas de embarazo, que sería hombre. Nos dieron la noticia y nos saltaron las lágrimas, porque fue toda una sorpresa, pues pensábamos que sería una niña. Quizás teníamos esa idea porque desde antes de quedar embarazada ya habíamos acordado que si teníamos una hija, la llamaríamos Greta.

Para darle un nombre a Milan transitamos por varias posibilidades, pocas del mundo germano, aunque aposté por Ian y tú bromeaste con Hans y Helmut. Después aporté la idea de llamarlo Noah, pero te pareció muy religioso y lo tachaste en dos segundos. "Milan" había estado

flotando en el aire como esas pelusas blancas que llaman “cartas” porque se supone que envían un mensaje, aunque ninguno lo atrape ni lo entienda. Pero no te convencía demasiado y lo saqué de la lista.

–¿Y si le ponemos Leonardo?

–¿Por Da Vinci? –preguntaste, distraído en la televisión.

–Claro que no, ¡por Di Caprio! –me miraste y sonreíste.

Después, una noche cualquiera, cuando ya tenía unos seis meses de embarazo, veíamos un programa de talentos. Estaba junto a ti, de espaldas en la cama y con las manos en la panza. Durante los comerciales te miré y propuse:

–Oye, ¿y si le ponemos Milan? Ya lo había borrado, pero…

–No te dije que lo borraras.

–Pero no te tincó ese nombre.

–L., recién tenías veinte semanas, era muy pronto para decidir.

–Veinticinco semanas tenía, sí, y eso no es un “recién” –me enderecé un poco, busqué tus ojos–. ¿Te gusta “Milan”?

–Sí, me gusta. Es eslavo, además, de tu lado.

–Claro que es eslavo –dije entusiasmada–. Y también es el nombre de Kundera.

***

La segunda palabra que me pediste escribir en la pizarra fue el nombre de Greta. Cuando lo leí en voz alta no pasaron dos segundos antes de que empezaras a llorar en silencio. Las lágrimas te caían por las mejillas y yo buscaba un papel para secarlas con mis manos torpes por los guantes de látex.

Ahora me muestras cuatro dedos para referirte a nosotros: tú, Milan, Greta y yo. Después vamos a un largo dictado que no es dictado y llegamos a una oración: “LA FAMILIA ES LO MÁS IMPORTANTE”.

Hasta ese día te había visto llorar solo tres veces: cuando fuimos al sur a la ceremonia en que se esparcieron las cenizas de tu abuelo paterno por el campo, cuando nació Milan y, la tercera y última, más reciente, cuando estábamos comiendo algo de noche solos en el comedor, tu papá ya estaba hospitalizado y me contaste que tu mamá había quedado muy afectada por la visita de ese día.

–La sangre se le está espesando y los riñones empezaron a fallar –

dijiste, sin mirarme. Tomaste valor y soltaste, con la voz quebrada–: Mi mamá quedó muy mal porque él le pidió… le rogó que lo salve. "Sálvame", le dijo.

Tu rostro se desarmó y soltaste un par de sollozos, después tomaste aire y tu pena se detuvo. Me levanté a abrazarte, te besé en la sien. Intuí que las malas noticias iban a llegar.

***

Cada vez que me has pedido la pizarra porque quieres decirme algo se me aprieta el estómago. Que no me pregunte por su papá, por favor, que no lo haga. Tiemblo ante una consonante y mucho más si es una *p*, aunque lo cierto es que no me has preguntado por él y eso también es muy raro.

–Yo creo que lo sabe.

–¿Que Claudio está muerto? –me pregunta Cele, dudosa, mientras fumamos un cigarro en el patio de su casa–. No creo.

–Es que no ha preguntado nada. Su mamá ha ido a verlo una vez, pero su papá no. No me atrevo a preguntarle algo que lo lleve a ese tema, como qué es lo último que recuerda antes del accidente.

–Puede ser que lo de su papá lo tenga bloqueado, o que lo intuya y no lo quiera confirmar todavía. No sé, es muy difícil entrar en la cabeza del Flaco; lo era antes, imagínate ahora.

–Bustos dice que no sería bueno que lo sepa todavía. Podría afectarlo mucho, podría retroceder en la rehabilitación y deprimirse.

–¿Y qué harás si te pregunta?

–Supongo que mentir.

***

Voy de la casa al colegio, del colegio a la clínica, más tarde de vuelta a buscar a Milan, me quedo un rato con mis hijos y luego regreso a verte. "No vayas a verlo tanto, te vas a fundir", me han dicho. Pero no imagino perderme el verte, mirar tu ojo celeste libre del parche que tiene el izquierdo y sentir lo que siempre he sentido.

Pregunto por qué te taparon el ojo, pero no hay nadie disponible para responder. Mueves tu mano izquierda y señalas la pizarra. Seguimos usando el sistema de siempre: ¿es vocal? Dedo para arriba es sí, entonces digo: "a, e, i…"; dedo para arriba en la *i* y seguimos: "¿Consonante o vocal?". Cuando es consonante, nombro cada letra hasta que levantas el pulgar y de esa forma se va armando la palabra.

–¿Por qué te pusieron ese parche en el ojo? –pregunto por segunda vez y aprieto el timbre para que alguna auxiliar o enfermera aparezca y me lo explique.

Me pides escribir: "LO VOY A PERDER". La respiración se me corta y salgo a buscar al neurólogo de turno. Me acerco al mesón y la enfermera me dice que es la doctora Kunij, pero que no ha pasado todavía por ahí. Ella no puede explicarme lo del parche, tengo que esperar. "¿Pero va a perder el ojo?", pregunto alterada, mientras las enfermeras se miran con desconcierto y me sugieren nuevamente que espere a la doctora. No sé si eso es bueno o malo, pero intuyo lo segundo. Regreso a verte y tomo tu mano fingiendo calma, aunque en realidad mi corazón late tan fuerte que podrías escucharlo.

Tu mano se siente áspera cuando la toco, tienes la piel muy seca y los dedos se te han adelgazado. "Mírame", te pido, giras la cabeza y frunces la boca para lanzar un beso a medias. Te devuelvo el beso, aunque solo quiero llorar. Te quiero, te extraño. Los recuerdos, los buenos y los malos, son como balas.

La doctora Kunij aparece treinta minutos después, seria, vestida de astronauta, como decimos, por tanto plástico con el que hay que cubrirse.

–R. me dice que va a perder el ojo –digo, nerviosa.

–¿Perder el ojo?

Tú asientes. Te miro, después a ella.

–No, no es eso. Hoy pedimos que viniera a evaluarlo un oftalmólogo porque el ojo izquierdo estaba muy irritado, muy rojo. Como R. no puede cerrarlo debido a la parálisis facial, el ojo se seca mucho y ahora tiene una úlcera de córnea.

–¿Pero va a poder ver? ¿Va a perder el ojo?

–Si lo cuidamos no pasará nada, tranquila. El parche es para protegerlo y para que la lesión de la córnea no empeore.

Cuando la doctora se va, algo defraudada por la poca urgencia de mi pregunta, me cubro la cara con las manos y lloro.

–¿Por qué me dijiste que lo ibas a perder? ¡No hables de lo que no sabes!

Me observas con tu ojo libre, sorprendido. Mueves la mano izquierda como si fuera el pico de un pájaro.

–¿Quieres hablar? ¿Es eso? Asientes y me señalas la pizarra.

–Bueno, yo ahora no quiero hablar.

Sigues moviendo tu mano, pero estoy tan enojada que me voy de allí.

***

Una semana antes de que esto ocurriera, yo estaba leyendo *Sobre el duelo*, de Chimamanda Ngozi Adichie, una reflexión sobre la pérdida de su padre y la sensación de orfandad y el dolor profundo que se asoma en casi todo momento como pequeñas y continuas inyecciones. Ella escribe: "Nunca ha llegado para quedarse. 'Nunca' parece un castigo demasiado injusto. Durante el resto de mi vida, viviré tratando de alcanzar cosas que no existen".

Lo que nos ocurrió también me parece un castigo muy injusto y la vida que teníamos ya no existe. Ese es el duelo que estoy viviendo cuando ya no está mezclada la duda con aquello que pasa, con lo que se ve, con lo que padecemos. Noches que no son noches, sueño interrumpido, el estado de alerta permanente.

¿Cuánto de lo que fuimos antes podremos ser en el futuro?

¿Cuál futuro?

"El futuro se fue", le dije a mi padre esa noche del 14 de julio. Nunca tuve muy claro hacia dónde íbamos, pero al menos intuía que era juntos y sin grandes terremotos. Escribo esto reviviendo la ingenuidad de pensarlo, la estupidez de creer que con lo ya vivido era suficiente drama, al menos para mí. Pero no, desde arriba nos lo gritaron fuerte: no bastaba con los duelos previos, no bastaba con tus propios accidentes de niño y tres meses hospitalizado en coma después de que te atropellara un camión a los seis años; ni con tu padre internado y rozando la muerte. No era suficiente; desde más allá, más arriba o más acá, alguien/algo consideró que nos faltaba una cosa más para sumar a la pandemia mundial, a la incertidumbre y a una vida algo hostil: un paseo por el caos, un viaje a otro abismo.

Tantas cosas me han dolido en estos días, tantas me han tirado al piso. Una de ellas fue pensarme viuda después de que uno de tus amigos me tratara como si lo fuera, sugiriéndome hacer trámites, "reventar" tarjetas

para aprovechar el seguro de desgravamen, meterme a tus cuentas corrientes antes de que congelaran las platas, pensar en cambiarme de casa porque seguramente quedaríamos en la calle al no poder pagar más el arriendo.

Me lo dijo al teléfono al segundo día de tu hemorragia, cuando yo estaba a pasos de entrar a verte a la UCI. Me había llamado tantas veces que pensé que era una urgencia, y, claro, algo de eso era para él. Dijo menos de lo que parece, pero yo leí perfectamente el mensaje: R. se va a morir, por lo tanto, tienes que ser muy rápida y hacer cambios; no podrás seguir viviendo con tu sueldo de periodista, ¿tus papás podrían recibirte? Y el colegio de Milan, ¿cómo lo vas a pagar? ¿El jardín infantil de Greta? Se te vino la noche. Te tocó difícil este baile con la fea. Hazme caso, busca las tarjetas del Flaco y gástate todo.

–No voy a hacer nada de eso.

–Mi consejo es que es mejor que lo hagas ahora. Anda al supermercado, a un centro comercial y compra de todo hasta que ya no quede saldo.

–Estoy entrando a la UCI, tengo que cortar.

No estabas muerto y él me trató como si lo estuvieras. No estás muerto ahora y creo que solo podría borrar esa llamada lanzando contra el piso un vaso tras otro, luego cada una de nuestras copas, después plato por plato.

***

–Hola, vengo a la habitación 5423, soy L.

–Ah, es la esposa. Pase.

Han sido treinta y seis días siendo la esposa que pide autorización para entrar a verte. Treinta y seis días tomando aire antes de tocar el timbre y también antes de entrar a la habitación. La vida se volvió tan frágil, tan imprecisa y a la vez tan desgraciada que no he podido despegarme del desaliento previo a cada visita. No hay fecha de término, cada día es uno en el que puede pasar algo o no pasar nada, estar igual o avanzar un milímetro.

Te encuentro sin parche porque ahora la instrucción es quitártelo por un rato y después ponerlo de nuevo. Los oftalmólogos que te ven son todos distintos y no se ponen de acuerdo, llamo a la enfermera y pregunto

por qué cambió el tratamiento y no sabe qué decirme. Ni ella ni la que llega después, con el cambio de turno.

–Hola, Flaquito –te digo, como siempre, al entrar.

Al escucharme levantas la cabeza un poco más que ayer y también elevas tu ceja izquierda, un gesto que antes no hacías y que ahora me parece cómico y enternecedor. El televisor está encendido en un canal de lucha libre.

–¿No quieres ver noticias mejor que a estos guatones derribándose?

Niegas con la cabeza y estiras tu mano hacia mí. La tomo y te cuento de los mensajes que has recibido en tu teléfono: compañeros y compañeras de colegio, de la universidad, algunos clientes que supieron lo que te ocurrió y quieren saber cómo estás. Me escuchas con la vista fija en el televisor. Un ojo es más grande que el otro y en él no transmites nada más que miedo. El otro ojo, el izquierdo, muestra una pena infinita, como si estuvieras dividido entre algo de vida en un lado y tristeza en el otro.

Me muestras los dedos índice y del medio con la mano medio temblorosa.

–¿Los niños? –pregunto. Asientes.

–Están en la casa, con mis papás.

Señalas la pizarra. Suspiro cansada, porque el juego de las consonantes y las vocales me agota y me angustia; algunas veces, cuando estoy en eso, puedo mirarme desde afuera y se me hace imposible creer que soy yo y que quien asiente ante las letras eres tú. ¿Cómo toda esta mierda puede ser verdad? Entonces me enojo y freno la rabia, la aprieto como se reduce una hoja de papel hasta hacerla pelota y lanzarla al basurero, aunque no puedo tirarla lejos, sé que se queda ahí, entonces después exploto antes de llegar al auto, lloro, apoyada en algún pilar del estacionamiento, o manejo como una loca por la autopista, gritando sin parar hasta encontrarme a unas tres cuadras de la casa.

Me pides que escriba: “NO QUIERO QUE NADIE DUERMA EN LA CASA”.

–¿Quién va a dormir en la casa? Los niños y yo, nadie más.

Me miras con desconfianza y se te llenan los ojos de lágrimas. Te señalas a ti mismo y después tu dedo va hacia arriba, al techo, al cielo. Me muestras los dos dedos de nuevo y lloras. Te tomo la mano con las mías.

–Flaco, no pienses en eso. Ya no te moriste.

Niegas con la cabeza, una y otra vez.

–¿Tienes miedo de morir ahora?

Lloras y, aunque no puedo escuchar tus sollozos, sé que es un llanto

desesperado. Te abrazo apenas, nos separa el delantal plástico, la doble mascarilla, los guantes. Muestras los cuatro dedos: Milan, Greta, tú y yo.

–Pero si estamos los cuatro, estás con nosotros, te vas a recuperar y volverás a la casa.

Me pides la pizarra, ¿consonante o vocal? Estoy cansada, tan triste por verte así, por todo, en realidad. Escribo: "ESTÁS LOCA".

–¿Por qué me dices esto?

Te apuntas con el dedo a tu pecho. Entiendo que crees que estoy loca por estar contigo. Tu mano apurada me pide que escriba algo más. Volvemos al dictado y escribo: "TÚ ESTÁS CON OTRO".

–No digas huevadas –alzo la voz–. Estoy aquí y solo quiero estar contigo, no cabe nada más, ¿entiendes? ¡Nada!

Tu dedo forma círculos alrededor de tu sien. "Estás loca", entiendo.

–Siempre te han gustado las locas, ¿o no? –bromeo, aunque todo lo que quiero es llorar.

Estiras tu brazo izquierdo, rodeas mi espalda y me empujas hacia tu cuerpo, con fuerza.

Es la primera vez que estamos tan cerca desde que todo ocurrió.

***

–R. necesita ver a los niños –le pedí a Bustos–. Y ellos necesitan verlo a él.

Ha pasado demasiado tiempo y ellos preguntan mucho por ti. A veces me invitan a que recemos cuando los acuesto y piden por ti y por su abuelo. A esa hora del día, siempre entre las nueve y las nueve y media de la noche, lo único que quiero es poder bajar el telón y dejarme caer en el sillón a llorar, o tomar una copa de vino (o dos o tres) y fumar un cigarro en la terraza, para después tomar una pastilla para dormir e irme a negro. Después de las nueve de la noche todo lo que pasa me afecta o me duele más, como si la contención que he trabajado para proteger a mis hijos caducara hasta el sonido de la alarma antes de las siete de la mañana del día siguiente.

Milan se pasa la lengua por las comisuras de la boca compulsivamente y se le formaron boqueras. Greta está más enojona y llorona, con gritos que se escuchan a tres comunas a la redonda.

Quiero que regrese el papá.

¿Cuándo va a volver, mamá?

No tengo respuestas para esa pregunta, pero al menos conseguí que me autorizaran la visita.

***

La primera en ir a verte fue Greta, y en cuanto entramos a la habitación no pudiste dejar de llorar. Le pregunté varias veces si estaba bien; Greta, si quieres que nos vayamos no pasa nada. Tú no parabas de llorar y estiraste tu mano hacia ella, que se acercó unos pasos más cerca de mí, asustada. Iba yo a tomar tu mano para aportar en algo, pero ella se adelantó y acercó su manito envuelta en un guante que le quedaba grande y la posó sobre tu palma. Te miró unos segundos y después me miró a mí.

–Si quieres que nos vayamos, nos vamos –susurré.

–No –dijo de inmediato–. Me quiero quedar a cuidar a mi papá.

Nuestra hija, de tres años y medio, no dijo nada más después de eso. Mientras ustedes se miraban y ella soltaba unas sonrisas nerviosas, una lista de momentos se proyectó en mi cabeza como el *teaser* de una película: cuando Greta nació y la tomaste por primera vez en brazos; cuando la mudabas, cuando te quejabas de que lloraba como una loca en las noches y yo me reía primero y me enojaba después, porque así fue el puerperio, una montaña rusa constante. Te vi llevándola en tus brazos mientras caminábamos por la playa en nuestras últimas vacaciones, antes de la pandemia, y se quedó dormida aferrada a ti, rodeándote el cuello con sus brazos largos. Te vi llegando a la casa del trabajo y diciéndole, con tu tono suave de voz, “hola, mi reina”. Corriendo tras ella en un parque.

Ya de vuelta en casa, aún nerviosa, volví a preguntarle si estaba bien después de haber ido a la clínica.

–Estoy feliz de haber visto al papi –me respondió.

***

Al día siguiente, envolví a Milan en un delantal plástico de adulto, le puse los guantes y abrí la puerta. Ya no estabas acostado en la cama, sino que sentado en el sofá y afirmado por una sábana tirante y amarrada tras el

respaldo para que el cuerpo no se cayera hacia ningún lado. Nuestro hijo caminó pegado a mí y se quedó a unos metros de ti y de Sebastián, otro de los kinesiólogos, y de Carolina, la fonoaudióloga. No quitaba la vista de la traqueotomía y ella se dio cuenta, entonces le explicó que por ahí tú podías respirar y que más adelante te la sacarían.

La última vez que Milan te vio fue en la casa, vestido de oficina, tomando un café a la rápida en la mitad del pasillo después de almorzar. "Chao, guatón. Pórtate bien", le dijiste desde la puerta. No lo abrazaste ni le diste un beso. Por lo general nos despedíamos desde lejos, siempre ibas atrasado y después te devolvías a buscar el teléfono, que olvidabas día por medio. Poco más de un mes después, su padre, tú, está con una válvula en la tráquea y sin poder hablar, con la boca entreabierta, un ojo tapado y babeando como una guagua de siete meses.

Tal como lo hiciste con Greta, estiras tu mano hacia él, pero Milan no se anima a tocarte.

Se apega más a mí y pregunta, muy bajito:

–¿Por qué tiene ese parche?

–Tu papá no puede cerrar bien el ojo y se lo tapan para cuidarlo, para que no se le dañe –respondo.

–¿Está roto?

–No, está seco, porque no lo puede cerrar bien.

¿Cómo podría explicarle esa larga historia que conecta tu rostro desfigurado con la falla en el cierre del ojo? ¿Que se trata de un accidente cerebrovascular con importantes secuelas?

¿Un niño de seis va a entender qué es una secuela? No lo creo. Este niño necesita respuestas claras y ojalá positivas, algo como "mañana volverá a la casa" o "lo de la cara se le pasará pronto". Pero cada explicación que logro dar es más torpe que la anterior, demasiado literal o muy insuficiente.

Milan se nota tenso y Sebastián lo invita a jugar con los botones del monitor. Me acerco a ti, te seco un par de lágrimas con un papel y después tomo tu mano. Pero tú no me quieres en ese momento y estiras la mano hacia nuestro hijo, que luce lejano y concentrado en apretar botones, mientras pregunta qué significa cada número que aparece proyectado en la pantalla.

–Milan, ven, mira.

Carolina lo llama y le muestra el libro con letras y frases cortas que también usamos a veces para comunicarnos. Él se queda mirándolo por largos minutos y se ríe cuando ve la imagen de un hombre sentado en el

inodoro, mientras tú solo quieres tocarlo. Me pides la pizarra y empezamos el dictado. ¿Es vocal? ¿Es consonante? Bien, entonces b, c, d… Son tres palabras: "MILAN TE QUIERO".

–Mira, guatón, aquí tu papá dice esto.

Nuestro hijo me mira con sus grandes ojos, sonríe bajo la mascarilla y dice:

–Quiero la pizarra.

Se la entrego junto al plumón azul. Él dibuja un corazón.

***

La muerte se sentó sobre la cama. Llevaba semanas rondándonos, malvada y silenciosa. No la nombrábamos, no queríamos verla, pero ella nos tenía fichados y aún no sabía bien qué hacer con nosotros.

La muerte llevaba semanas dándole tregua a tu padre. Te preguntaban cómo estaba él y tú decías "mejor". Yo apenas te oía, miraba hacia otro lugar y pensaba que estabas negándote a lo evidente. No olía ni sentía la muerte, pero tampoco podía ver ni oler la vida, una nueva vida, una suerte enorme o aquello de salvarse por milagro, mientras tú te aferrabas a pociones alternativas no autorizadas por el hospital y a remedios desconocidos que no le pudiste dar. Te contactabas con grupos que promovían el uso del dióxido de cloro, hablabas horas con personas que te orientaban sobre qué podrías hacer para suministrárselo, porque, según ellos y según tú, sí le ayudaría con el covid.

–Su sangre sigue espesa –me dijiste–. Necesito dárselo.

–Estás loco. ¿Tú crees que sabes más que la gente que lo está atendiendo en el hospital?

–Sí –respondías convencido.

–¡Pero Flaco, por la cresta! –gritaba alterada–. Si te pillan no te van a dejar verlo más. No vas a poder entrar al hospital, ¿quieres eso?

–Le voy a proponer al doctor que se lo den como algo alternativo.

–Te va a decir que no.

–Lo voy a hacer igual.

Estaba segura de que era una mala idea, pero de todos modos hablaste con una de las doctoras, una que era más joven que el resto y que parecía más abierta a escuchar sobre el tema. No te dijo que sí ni te dijo que no, pero aseguró que por protocolo del hospital no podían darle a tu padre

nada que no estuviera indicado y que por el momento era mejor seguir con lo que estaban haciendo: cámara de oxígeno y observación. No te quedaste tranquilo con eso y días después entraste a la habitación con cinco milígramos de dióxido de cloro diluidos en agua dentro de una jeringa que guardaste en el bolsillo de tu chaqueta. La vaciaste en un vaso plástico con agua y pudiste darle unos sorbos a tu padre antes de que entrara una enfermera, que le quitó el vaso de las manos y lo tiró al basurero, para después llenar uno nuevo y dejárselo sobre el velador. Te dijo que no podías quedarte mucho rato más porque el paciente necesitaba descansar.

Imagino que Claudio debe haberse quedado más tranquilo después de tu visita. También era seguidor de las terapias alternativas y se dejaba llevar por las apasionadas charlas, muchas de ellas desinformativas, que encontraba en canales de YouTube que aún no se borraban, porque, según ustedes, a las personas que descubrían las propiedades sanadoras de esa sustancia para el coronavirus las querían silenciar.

Todo aquello me parecía una pelotudez.

–¡Están rayados! ¡Los dos! ¡Lo que tienen que hacer es vacunarse!

–Me voy a vacunar después, cuando salga una vacuna que esté más probada –decías.

No tocaba más el tema. Tú y tu padre estaban convencidos de lo absurdo.

Entonces se presentó la muerte, dura como un golpe certero, y se quedó por un tiempo más rondando, riéndose de nuestro miedo y de nuestra escasa capacidad de aceptarla.

***

Han comenzado a probar una válvula de fonación donde va el filtro de la traqueotomía para que puedas decir algunas palabras. No estuve a tu lado cuando eso ocurrió y Carolina me envió un video. Te dejaron usarla cinco minutos y lo primero que dijiste fue el nombre de nuestro hijo. Observarte en esa grabación me recordó esos videos que aparecen en internet en los cuales un niño con discapacidad sonora puede escuchar por primera vez gracias a un audífono.

Has vuelto a hablar y es como verte renacer lentamente. Ahora puedo oír tu voz, aunque es distinta, mucho más grave y profunda, una voz

metálica y salida de las cavernas del tú sobreviviente.

Cuando coincido en mis visitas con la postura de la válvula, entro y, sonriendo, te digo:

–¡*Hello*, flaquito!

Tú me miras fijamente, girando la cabeza como si te pesara más de lo normal y exclamas:

–¡Hol-a, bru-ja!

***

Hace unos días Beatriz me tomó de la mano y me llevó a una sesión de reiki y canalización.

–Gorda, tienes que estar bien para R., tienes que estar bien para los niños. Tú también debes cuidarte –fue lo que dijo para convencerme.

Llegué a la consulta de Javiera, que ya sabía lo que me había pasado, así que no tuve que detallar mucho más. Me recosté en la camilla de una habitación tibia y silenciosa sabiéndome flaca, triste y reducida en muchos sentidos. Me obligué a parar la mente, a dejar de saltar del recuerdo a la proyección, de la cuenta impaga a la tristeza más profunda, de la rabia al escaso optimismo y del odio a la calma. También despejé la autocompasión. Esto no me pasó solamente a mí; te ocurrió a ti, a los niños, a tu madre, a tu hermana, a mis padres, a un sistema completo. Nuestro sistema colapsó, nuestra familia reventó.

Me pidieron que pensara en una sola cosa, que pensara en una playa. Olas, rocas, tú, una asociación inevitable. Salté del mar color turquesa de México en nuestra luna de miel, y después con Milan de ocho meses en ese mismo lugar, a las olas de mi infancia y juventud en Cavancha, en Iquique. Viajé a mis primeros paseos contigo a Puertecillo, antes de que se convirtiera en un lugar tan concurrido, cuando íbamos con el auto cargado de bolsos, comida, cafetera, tu tabla, tu traje, unos batidos por los que gané varios kilos y tanto, pero tanto amor empezando. Después la memoria me llevó nuevamente a Iquique, a la playa de toda mi vida, a las vacaciones familiares en casa de la abuela que me quería poco y cocinaba mal; a las tardes con mis primas deambulando bajo el sol aplastante y a esos días ansiando comprar unos chocolates Garoto en la Zofri o un helado de El Rey del Helado de Mango de la calle Vivar. Los paseos familiares a Pica; el almuerzo en el Hotel San Andrés, con cazuela, plato de fondo y

postre; los chapoteos en la Cocha y después el frío que nos daba al salir; los camarines de madera, siempre con olor a meado; los mangos y las naranjas que comprábamos al regreso; la piel irritada por el sol; el sueño que nos embriagaba después del largo baño termal. Segundos después me deshice de todo eso y te busqué en la playa a las cinco y algo de la tarde de un verano del año 1992, la primera vez que te vi.

Tenía doce años y estaba con mi prima Danica y sus amigas, que conversaban, fumaban y reían con sus cuerpos ya definidos y amables de los dieciocho años. Hablaban de alguien, de un tipo muy, muy blanco al que apodaban "Gasparín" y "Lamparita", que no estaba saliendo con nadie y a quien varias perseguían.

–Oye, L., mira a ese que está ahí, ¿cómo lo encuentras? –preguntó mi prima.

Yo seguí su mirada con disimulo y te vi unos metros más allá, cerca de la choza de madera y techo de paja donde vendían bebidas y cigarros. Estabas de pie, abrazado a una tabla de surf enterrada en la arena. Tenías mucho más pelo que ahora, con unos rulos abiertos de color castaño claro. No llevabas anteojos de sol y tu mirada celeste estaba fija en el mar. No te movías, no te distraías, estabas solo y concentrado, mientras cuatro mujeres te mirábamos con descaro.

–¿Y? –preguntó una de las amigas de Danica.

–Es bonito, pero a mí no me gustan los hombres tan bonitos –respondí.

Reviví ese momento una y otra vez en la sesión, aunque cambié el final de esa tarde, en la que realmente no pasó nada más. Me visualicé subiendo a la choza a comprar una bebida; la que fui yo a los doce años se levantaba de la toalla y caminaba hacia donde estabas tú, compraba una bebida y después regresaba con su prima y sus amigas, pasando junto a ti, sin verte y sin ser vista, como ocurre muchas veces. Y aunque no pasaba realmente nada que nos conectara, moverme dentro de ese recuerdo retocado me trajo algo de calma y me hizo creer en una especie de fortuna que nos fue acercando lentamente hasta juntarnos a mis treinta años.

–Lo que le pasó a tu marido iba a ocurrir sí o sí –dijo Javiera–. ¿No tuvo algún accidente menor antes? ¿Algún golpe en la cabeza?

–No. Nada.

Cavancha. El destino. Un cavernoma. Aquello que de todas formas iba a ocurrir.

***

Me siguen diciendo que es muy duro lo que me tocó. Que es una prueba muy difícil.

Que me admiran por estar como estoy, a pesar de todo.

Yo no quería que me pusieran a prueba. Yo no quiero que me admiren.

***

Llevo cuarenta y ocho noches durmiendo sola. Cada vez que abro los ojos siento unos enormes deseos de llorar que freno con la mitad de un ansiolítico o con la aparición de alguno de mis hijos en la habitación.

Escuché dos veces "Amiga mía" de Los Prisioneros en el auto hoy, camino a la clínica, y canté a un volumen nada de moderado, consciente de que tener buena voz no es una de las virtudes que recibí.

Cómo puedo comer, cómo puedo escribir
Cómo puedo sufrir, escapar o mentir
Si lo único cierto, y lo único claro
Es tu firme, salvaje y bendito amor

Tal como escribe Bonnett al describir el duelo por aquello inconcebible que es perder un hijo: "Sé que en determinados momentos mi dolor me acerca a la locura. También hay brevísimos instantes de lucidez, de comprensión: no, Daniel no volverá *jamás*. Es como si esta palabra afectara una parte de mi cerebro, que hace que me abisme a un estado desconocido, imposible de describir con palabras exactas".

***

Ha empezado septiembre, la fecha está escrita en la pizarra de tu habitación, donde también te han dibujado una copa de vino y un vaso de cerveza.

Me pides que escriba en la pizarra blanca: "¿QUÉ ME PASÓ?".

No es primera vez que lo preguntas, pero creo que será la definitiva, la que no podré evadir, como sí he podido hacerlo antes, gracias a que en este lugar entra una persona cada cinco a ocho minutos: un auxiliar a revisar los signos vitales que muestra el monitor; la enfermera a limpiarte con un algodón bañado en alcohol la gastrectomía; la fonoaudióloga; la terapeuta ocupacional o el kinesiólogo porque es hora de terapia; el doctor Bustos o la doctora Kunij en una visita concisa; la señora que retira la basura, y así suma y sigue.

Me miras fijamente con tu ojo libre de parche y levantas la ceja. Tomo aire.

–Tuviste un accidente cerebrovascular. Estábamos durmiendo, te levantaste y te caíste. Te pegaste en la cabeza, aquí –pongo mi mano sobre tu sien y me doy cuenta de que tienes una cavidad. Tu sien está hundida, lo que me produce un escalofrío que activa un ligero temblor en mi mano–. Después perdiste el conocimiento.

Me salto lo de la segunda caída sobre la estufa apagada, el desplome posterior desde la cama al piso, los vómitos. Me miras atentamente, te ves tranquilo, pero no sé lo que puede estar pasando por tu cabeza.

–Estuviste en coma tres días. ¿No te acuerdas de nada?

Niegas con la cabeza.

–¿No recuerdas nada de antes de estar aquí? –pregunto, consciente de que es una pregunta peligrosa–. ¿Nada de antes?

Niegas nuevamente, esta vez con la mano izquierda. Me asusta que hayas perdido la memoria y no insisto, porque tu respuesta es conveniente para mí.

***

Desperté como despierto desde hace muchos días: con la sensación de no haber dormido nada. Un peso enorme se posa sobre mi cuerpo y me empuja contra el colchón. Son las siete de la mañana y debo llevar a Milan al colegio. Son las siete de la mañana de un nuevo día en esta rueda interminable de sentirme sola, triste, desganada, al mismo tiempo que agradecida a segundos de la vida y decepcionada de casi todo. Salto de nuevo de una emoción a otra, así como de una taza de café a otra para dejar de bostezar y concentrarme cuando dicto clases o cuando estoy en una reunión.

No hay días maravillosos y hay algunos que son horribles. Y, aunque no lo esperaba, hoy fue uno de los buenos, pues al fin te quitaron la traqueotomía. Nos lo habían anunciado, aunque sin certeza, porque hacerlo dependía de una consulta previa con el otorrino, que se asomó a la habitación cerca de las cuatro de la tarde y te revisó en medio de un silencio tenso.

–Estás muy bien, Rodri –dijo el doctor. Todos en el piso te llaman así ahora–. ¿Saquemos esto, te parece?

Asentiste y se escucharon nuestros suspiros de alivio. Quitarte la válvula le tomó un segundo. Un segundo que te devolvió la voz.

–Habla ahora. Dinos algo.

Titubeaste. Nos miramos. Volviste al doctor, buscando una confirmación. Entonces dijiste, cavernoso:

–Ho-la. Ho-la, bru-ja.

***

En la noche vi una de las historias de *Modern Love*. Una chica se enamora de su amigo del colegio, su mejor amigo; él algo intuye, pero lo deja ir, como yo escondo mucho en algunos rincones para no enredarme. Al final terminan encamados y todo sale mal; se dejan de ver y el tiempo les muestra que es mejor quedarse como estaban.

Me costó ver la escena de las ropas que vuelan por la habitación, los besos y el sexo que se insinúa.

¿Qué va a pasar con el sexo?

¿Volverá el goce?

¿Volverás a sentir placer?

¿Volveré a sentirlo yo?

***

–Tienes tapado el chacra de la sexualidad –me dijo ayer Javiera–. Estás preocupada de lo que va a pasar con eso, contigo como mujer.

–Creo que estoy más preocupada de cuándo podré volver a ser persona

–comenté.

No mujer, no sexual solamente, ni mina ni rica ni algo atractiva, sino que persona. Me pregunto cuándo podré volver a leer sin que los pensamientos me corten el aire o las historias me traigan a mi propia historia y me frenen, como diciéndome que se acabó, que no hay planes, tampoco proyectos ni tiempos para improvisar. Un sablazo que llega para recordarme que esta es la realidad, la de un marido enfermo, muy enfermo, que tardará mucho en sanar. La imagen de tu cuerpo desarmado sobre el piso me sigue estremeciendo, y es una escena que aparece, aparece y aparece. No se gasta como las cintas de una película vieja, no pierde el color, no se vela como los antiguos rollos de fotos. Me cuesta verme ahí, en ese momento, me cuesta ubicarme en ese dormitorio como un personaje más. Todavía estoy ante ti, con la voz hundida, llorosa y torpe ante la pantalla de un teléfono, preguntándote qué debo hacer.

***

–Le estaba pidiendo a él que me ayudara a pensar, ¿te das cuenta de lo tonto que es eso? R. estaba tirado, vomitando, sin entender nada de lo que le estaba pasando.

–Pero supiste qué hacer –me dice Beatriz–. Llamaste a los conserjes, a Seba, a la ambulancia. No te quedaste congelada, al contrario, ejecutaste.

Me cubro la cara con las manos, tomo aire. Estamos sentadas en el sillón, mis hijos ya están durmiendo y no hemos comido nada porque no hemos dejado de hablar.

–Me cuesta sonreír –digo de repente–. El otro día estaba con mi prima tomando algo y quiso que nos sacáramos una foto. “Sonríe”, me dijo, y yo no pude. Apenas moví los labios sentí un tiritón raro, como si estuviera mal que salga a la calle, que me ría o que parezca que disfruto algún momento mientras R. está hospitalizado.

Beatriz se revuelve el pelo, entrecierra los ojos, levanta las cejas.

–Estás triste, eso es, pero no olvides que a ti no te dio el accidente cerebrovascular. No puedes sentirte culpable de querer estar mejor o de disfrutar algún minuto en el día.

–Es que no disfruto.

–Gorda, ¿quieres que me quede contigo hoy, mejor? Para que no estés sola.

–No, no te preocupes, cuando estoy sola aprovecho de llorar.

***

He pensado mucho. He pensado más de lo que debería y más allá de lo que puede ser sano. Un poco en el presente, quizás algo en el futuro, un poco menos en el pasado.

¿Estábamos bien? ¿Éramos felices cuando la sangre corrió dentro de tu cerebro con esa rapidez demoledora que convierte cada segundo ganado en una posibilidad de sobrevivir? No lo sé. No estoy segura.

¿Qué es ser feliz, finalmente? ¿No pelear, no discutir, llevar la fiesta en paz? ¿Ser feliz es necesitarse, es tocarse, es abrazarse? ¿Ser felices será poder vernos el uno al otro y entender que esto, lo que sea que hemos armado, ha sido una buena idea?

Cuando pienso en momentos felices pienso en nosotros abrazados sobre la cama viendo un capítulo de alguna de esas series que nos gustaban. Veamos otro capítulo, traigamos algo para comer; son las dos de la mañana, ¿vemos al menos cómo empieza el siguiente? También pienso en caminar de la mano, no con los dedos entrecruzados como lo hacen muchos, sino tocando nuestras yemas de los dedos, o con tu brazo derecho rodeando mi cuello para avanzar sintiendo el roce de tus dedos en mi clavícula. Reírnos por alguna genialidad de Milan, como cuando salimos a almorzar con él de dos años y te dijo, cuando el garzón trajo la cuenta: “Pero, papá, primero termina tu vino”. Caminar largas horas por las calles de una ciudad desconocida. Recorrer ciudades calurosas con la ropa pegada al cuerpo, aunque ansiosos por conocer más y más.

Y si tengo que pensar en una sensación profunda y buena que ha dolido que me despojen, es que estés conmigo como si estuvieras tatuado en mi piel. Es difícil de explicar, pero lo pienso de esta forma: cuando llevábamos pocos días juntos no nos separábamos nada más que para ir a trabajar, con esa dependencia propia de algunos comienzos. Sin embargo, es sabido que muchos principios como el nuestro se van diluyendo y a veces terminan en desapariciones que solo dejan preguntas; no más llamados, no más encuentros, no está, no responde, cambió de número. En nuestro caso, el tacto siempre fue fundamental: besarnos, rozarnos, poner una mano sobre tu pierna, una mano tuya sobre la mía. Fundamental, aunque no necesariamente suficiente. Hasta que ese tope, ese momento

llega de forma genuina cuando dejas de preguntarte si el otro llamará o no, vendrá o no, porque sabes que lo hará.

Cuando llegó el momento en que dejé de preguntarme por la cantidad de días y horas de lo nuestro, cuando confié, ese día se instaló una sensación de concreta felicidad.

¿Cuándo nos sentimos menos felices? Bueno, muchas veces. Más de las que podemos contar, compartir entre nosotros o quizás recordar. El cansancio de las primeras noches con hijos, de las siguientes y de las recientes, también. El tedio de los días, que con el tiempo se vuelven iguales al anterior. Las conversaciones interrumpidas, las comidas a medias y frías, los dolores de cabeza por exceso de trabajo y de demandas de la casa, de la familia externa, de las deudas; el sexo postergado por los partos, las lactancias, por el agotamiento. Los respectivos lazos familiares infiltrándose como tentáculos. Las discusiones por nuestras diferencias en las formas de criar, porque fuimos formados de maneras muy distintas, y la verdad es que ninguna es mejor que la otra y probablemente se pueden superar entre sí por varias negligencias de nuestros respectivos padres, que hoy ellos mismos comentan como si fueran actos graciosos y ocurrentes. Yo, más rígida y buscando poner límites y rutinas; tú, con ánimo de soltar a los niños a correr libremente, confiado siempre en que el peligro se mantendrá lejos. Yo, desconfiando de todos los peligros. Tú, diciéndome que así no se puede vivir tranquilos. Que las cosas las haremos a mi modo; no, será al tuyo. Quién habla más fuerte (yo), quién interrumpe más (yo). No me estás escuchando. No me dejas hablar.

No consigo dimensionar el tamaño de tu temor en este momento, menos su profundidad, aunque puedo hablarte del mío, siempre desde la orilla. Es un miedo muy grande que a ratos consigo guardar en un cajón, pero que se asoma de todos modos. Es como la nube negra que representa la maldad en los cuentos animados que ven los niños, esa nube que crece y se expande por el espacio, mientras mi cuerpo se contrae imaginando y al mismo tiempo negándome a aceptar todo aquello que ya no puedo tener.

¿Podrás caminar? No sabemos.

¿Podrás hablar como antes, con tu voz suave y delicada, y dejar atrás, casi como una mala anécdota, el tono robótico de hoy? Dicen que es posible.

¿Podrás…? ¿Podrás…? Hay tanto que no sabemos. Todo es muy incierto. Y es difícil pasar de un día a otro fumando un cigarrillo en la terraza cada noche, cuando los niños ya están dormidos, con la mirada en la nada.

“Deja de pensar tanto”, me han dicho también.

***

–Tengo un audio de tu prima. ¿Lo pongo?

Sacudes la cabeza y después pronuncias un rotundo no.

–¿Y por qué? Está preocupada por ti, escúchalo.

–¿Para qué? ¿Para que me diga que me mejore? ¿Para enviarme mucha luz? –preguntas con tu boca chueca, fastidiado.

Sonrío, tu prima me cae bien y sé que te envía luces varias porque te quiere y espera que te recuperes, pero también sé que las diversas luminosidades, los amores que me mandan, los corazones y los “estoy pensando en ti” se disuelven ante tanta complejidad. En mi caso, nada de eso sirve cuando estoy sobrepasada un fin de semana sola con nuestros hijos, cuando ellos lloran en las noches pidiéndome que traiga a su papá “ahora ya”; cuando me preguntan por qué tengo cara de “haber llorado”, y cuando siento que mi casa se reduce a una de cinco metros cuadrados de cemento forrado en papel mural sucio y gastado. Las paredes me tragan, me aprietan, me consumen, a pesar de los buenos deseos y de las buenas palabras.

–Mira, amiga, a todos los “jedi” que te mandan mucha luz y que la fuerza esté contigo, chao. Acá necesitamos cosas concretas: o te ayudan en la logística familiar o te depositan plata –sentencia Dani cuando me visita con Seba. Se empina la copa de vino y mueve la cabeza de un lado hacia el otro, le suena el cuello–. Además, la ayuda después decrece, estamos todos aquí abrazándote, ayudándote, pero créeme que en un tiempo más nos va a absorber la vida y, cuando eso pase, no queremos que la plata te falte ni que te angusties por eso. Todo ya es demasiado para ti.

Dani va de la risa a los ojos húmedos y viceversa, como yo y la mayoría de los que nos pasamos horas en las tardes y en las noches en mi casa intentando entender lo imposible y tan, pero tan asustados. Después de restregarse los ojos me pide un cigarro, aunque oficialmente dejó de fumar después de tener a su primer hijo, una década atrás.

–¿Recaíste?

–No, huevona, es por la manda. Una cosa por otra.

–¿Cuál manda?

Me mira fijamente con sus ojos verdes y se revuelve el pelo entrecano

que se está dejando desde la cuarentena. Sonríe.

–Quiero tanto al Flaco, tanto, pero tanto, que no voy a tomarme una piscola en un año.

¡Un año completo!

–Me estás hueveando.

–No te estoy hueveando. Cuando ocurrió el accidente me encomendé, y acá estoy, sin piscola. ¡Por un a-ño! Así que este huevón no puede hacer nada más que mejorarse.

–Le voy a contar de tu manda –digo, sonriendo–. Se va a reír.

–¿Tú sabes por qué quiero tanto al Flaco? Porque el Flaco es noble. Es bueno –se echa atrás en la silla y cierra los ojos, recordando–. Cuando se murió mi abuela, el día del funeral, me acuerdo de haber estado en una iglesia llena de gente. Y cuando te digo llena, es lle-na. No nos conocíamos tú y yo todavía, este Flaco andaba con alguna que no recuerdo.

–De seguro una que no valía la pena.

–Seguro.

Ella calla unos segundos, aspira el tabaco, mientras yo la espero atenta. Suelta el humo y me apunta con el cigarrillo, muy seria:

–Subí al altar a decir algunas palabras, ¿y sabes a quién vi apenas miré al público? Vi al Flaco, que estaba de pie por allá atrás, con su terno de siempre, un abrigo oscuro, la pelada incipiente. Fue a la primera persona que vi ese día tan triste para mí, y eso nunca se me olvidó.

–R. es así. Siempre se las arregla para estar.

–Exacto –me dice, muy seria y apuntándome de nuevo con el cigarrillo–. Por eso Seba se pasó todas las luces rojas para llegar esa noche. Porque se trataba de él. Del Flaco.

***

Por las noches saco cuentas. Tengo una libreta destinada especialmente a ordenar los gastos que han surgido ahora que no hay otro con quien dividir la carga. Fernando me dice que use Excel y yo respondo que tengo una planilla y que también uso el papel.

¿Cuánto dinero necesitamos? ¿Cuáles serán esos gastos? No tengo idea y realmente no lo quiero saber todavía.

Me angustia poner cada cifra en cada celda del documento y en cada línea de mi libreta. Cuesta pensar en el valor de una cosa o de la otra. Soy

una periodista que trabaja medio día y que hace clases en la universidad; tú eres un abogado tributario independiente que nunca ha querido asociarse con nadie y que empezó a cotizar en la AFP hace muy pocos años. No tienes licencia médica, no tienes seguro –salvo el de la clínica en la que estás–, y desconozco si tienes algún ahorro. No tengo tus claves, solo me sé la combinación que desbloquea tu celular. Desconozco si hay dinero en tus cuentas bancarias.

De pronto, un corte directo revela que sé muy poco de la persona con la que me casé.

***

Voy a almorzar a la casa de Fernando y trabajamos en la planilla de gastos. Asumimos una cifra inventada de terapias que necesitarás cuando regreses a casa, sumado a todo lo fijo que hay que pagar: arriendo, colegios, empleada, comida, gastos comunes, ropa para los niños, contribuciones del departamento que arriendo y un ítem agregado por él: varios.

–¿Y qué es eso?

–Diversión, evasión, lo que tú quieras.

–¿Vino, por ejemplo?

–Exacto.

Nos reímos y ponemos un valor. Cuando vemos la cifra mensual que necesito para mantener la casa y la vida mientras estás hospitalizado, dejo de respirar. No tengo cómo conseguirla.

–Es que ni aunque me prostituya lo logro. Además, ya estoy vieja para eso, tampoco en forma.

Fernando ríe. Sigue mirando la pantalla y dice:

–No es necesario que vendas tu cuerpo. Hay que pedir ayuda.

–¿A quién?

–Bueno, primero a tu familia, tus viejos, tus hermanos. Después a la familia de R. A todos los amigos, en el colegio de tus hijos, en todas partes.

–Fernando, sabes que soy pésima para pedir ayuda.

–Bueno, tendrás que aprender. Nosotros, tus amigos, obviamente te vamos a ayudar a conseguir más apoyo, tranquila. Además, yo soy muy bueno negociando y peleando, así que déjamelo a mí.

–Esto es una cagada. No sé cómo avanzar.

–No dejes de avanzar, punto. Camina y no te aísles.

Ese día volví a casa con una lista de deberes: pedir una rebaja en el arriendo hasta marzo y sentarme a hablar de lo que no me gusta (plata) con muchas personas, tanto de tu lado como del mío; pedir en el colegio de Milan que congelen los cobros automáticos a tu tarjeta de crédito y preguntar qué tipo de ayuda podríamos recibir como familia. Además, ir a la municipalidad a averiguar qué beneficios tenemos en salud.

Llamé a todos los números que tuve a mano, fui a todos esos lugares y más. Repetí lo que te pasó unas cincuenta veces.

***

–¿Sigue siendo el mismo? –me preguntó Vivi, mientras fumábamos un cigarro y bebíamos una copa de vino a las cuatro y media de la tarde en un restorán en Providencia.

–Sí –respondí poco convencida.

Lo cierto es que no eres el mismo, no sé si volverás a serlo, o si algo volverá a ser lo que era.

Después de dos copas de vino y unos seis cigarros por mi lado, caminé de vuelta a casa por unos cincuenta minutos. Pasé por el parque que recorrimos tantas veces y lloré. Ahora ocurre que, cada vez que veo a una pareja de la mano o a una familia paseando en bicicleta, se me afiebra la nariz y empieza el goteo de las lágrimas y de los mocos acumulándose en la mascarilla. Nosotros no andábamos siempre de la mano y no paseábamos en bicicleta con nuestros hijos tan seguido, pero de todos modos siento que me arrebataron esa postal familiar.

También me quitaron la imagen de nosotros saliendo apurados de casa, con escasas dos horas para comer y tomar algo antes de regresar a hacer dormir niños o a caminar sin zapatos para no despertarlos.

¿Quién me robó eso? ¿A quién puedo culpar? Es muy difícil vivir sin buscar responsables.

***

Terminé de leer uno de los libros que me pasó Fernando, *Enquiridión* de Epicteto, que aconseja no hacerse cargo de aquello que no podemos manejar. Es imposible retener, transformar o devolver a otro que ya se ha ido. Las vidas y las muertes ajenas no nos pertenecen. No disiento, pero es difícil no hacerse parte del sufrimiento, de la enfermedad o de la pérdida de alguien que era o es parte nuestra. Acá la muerte se metió en mi casa, se llevó al abuelo de mis hijos y a R. Cargo dos duelos en la espalda en menos de dos meses y solo puedo concentrarme en los efectos del segundo.

Tengo mucho que hacer y muy poca paciencia. Al mismo tiempo, siento una rabia inmensa cuando leo mensajes que dicen que me cuide y que no puedo bajar la guardia porque la familia se sostiene por mí y que los niños me necesitan de pie. Es una rabia que me hace imaginarme tirando vasos al suelo, chocando el auto contra un muro, rompiéndome los puños contra una pared. Sin embargo, no lo hago. Respiro profundamente y espero, como cuando siento el corazón acelerado por una taquicardia creada por mi mente, o cuando siento náuseas por el solo acto de respirar. Espero que el impulso pase, que el síntoma se desvanezca.

Tampoco tolero que me comenten que lo que estoy viviendo será, a la larga, un mero recuerdo y un gran aprendizaje. No sé si olvide muy rápidamente que vi a mi marido casi muerto y con un tubo atravesando su garganta, que vi su cuerpo agitarse por las aspiraciones de las secreciones en la traqueotomía; que lo vi llorar como nunca pensando que iba a morir; que no camina y tiene una parte del cuerpo “torpe”, como él la llama; que tuve que limpiarle el trasero bastantes años antes de lo que creí posible; que le he dado la papilla en la boca tal como hice con mis hijos; que fui testigo de cuando le quitaron una sonda del pene y después le pusieron otra porque no podía orinar. Que lleva puesto un pañal y, aunque controla esfínter, las posibilidades de que lo lleven al baño son escasas por falta de fuerza y personal; por lo tanto, lo han mudado frente a mí, que desvío la mirada, aguanto la respiración y trituro la tristeza, mientras a él le corren las lágrimas por las mejillas. He palpado su miedo, su frustración, su propia ira, así que, por favor, no me digan que saldré adelante si no han pasado por alguna de estas experiencias. Las frases hechas se las pueden meter por donde mejor les quepan.

***

En la sesión con Sol confirmé que me lo he llevado escribiendo casi siempre desde el duelo y la sobrevivencia. Tras el diagnóstico de esclerosis múltiple y un corazón muy roto a los veintiséis años, escribí una novela sobre el abandono y la enfermedad. Más tarde, en una crisis de los cuarenta años y guiada por el trauma de un abuso infantil mal manejado por mi familia –sumado a una pandemia mundial por covid que destruyó nuestra rutina diaria–, trabajé frenéticamente durante el año completo en una novela que abordó ambos temas.

Hoy, aquí, escribo sobre la muerte y el duelo. Sobre la fragilidad. Sobre lo sola que me siento, sin saber qué haré con esto, si será algo que guardaré en el armario o en un disco duro, o si dejaré que alguien más lo lea, activando el freno. No cuentes todo, no puedes contarlo todo, no puedes describir tu rabia, tu terror, tu frustración; no puedes hablar de quienes te dieron la espalda, esos que no te llamaron aunque saben lo que pasó, o de esos otros que te dijeron que no cuando les pediste ayuda llorando a mares, o de los que miran hacia otro lado cuando te los cruzas en la calle y después, cuando los abordas, mienten diciendo que no te reconocieron, que la mascarilla dificulta todo, escondiendo así su egoísmo, su bienestar o el miedo que les produce contagiarse de tu mala suerte.

Si me propongo que alguien lea esto, también cabe preguntarme si no será mejor traicionar la verdad, no porque esta sea poco sustanciosa o carezca de un hilo dramático atractivo, sino porque, en algunos fragmentos, lo que ha ocurrido es insoportable de aceptar como una ficción. Por otro lado, podría narrarlo todo y hacerle honor a aquello de que una escritora siempre será una piedra en el zapato para su familia, porque escribe sobre lo que muchos se niegan a aceptar.

Como una forma de evadir mi propio sufrimiento, divago varias veces en la semana sobre el destino de este ejercicio que realizo casi diariamente, del registro de lo que estoy viviendo, porque si bien es horroroso, no quiero que se me olvide ningún día, cuando pueda poner muchas cartas sobre la mesa y conversarlo con R. ¿Eso es lo que quiero? ¿Que él sepa lo difícil que fue? ¿Lo mucho que detesto a algunas personas que antes me caían bien?
¿Lo mucho que lo necesito y que lo quiero? ¿Quiero realmente que él conozca todas las preguntas que me he hecho y las dudas que tengo?

Escribir cada una de estas páginas ha sido una mezcla de moho y aire fresco, de pestilencia y autoflagelación, de descarga y de amor. Entonces me pregunto: ¿no será mejor dejar de escribir? Y si ya no lo hago, ¿habrá algo de normalidad en esta vida o será peor aún y me enterraré

definitivamente bajo el barro?

No puedo responder estas preguntas ni sé tomar distancia ahora de lo que estoy viviendo ni de lo que escribo. Estoy en la mitad del mar y las olas vienen, me golpean, una tras otra. No puedo retroceder, tampoco puedo avanzar. La ola me atrapa y me arrastra. Yo me suelto, me dejo, me entrego.

PRIMAVERA

Hace un año celebramos dos hitos un día como hoy: la llamada de la Policía de Investigaciones y el cumpleaños de mi amiga Celeste. Recuerdo que tú y yo tomamos una copa de vino y brindamos porque la jueza pidió que se iniciara la investigación de un hecho ocurrido hace treinta y algo de años a una niña muy pequeña que soy yo. Una noche parecida, en medio de otra conversación en nuestra casa después de que los niños se habían dormido y podíamos al fin saber algo el uno del otro, yo me quejaba de que un sacerdote acusado de abusos sexuales había muerto sin ser siquiera investigado. Me indignaba que, de ser ciertas las denuncias, él se había llevado la responsabilidad y la maldad a la tumba, sin responder por sus acciones en esta vida, en la cual supuestamente todo se paga.

–¿Te das cuenta de lo que esto significa para las víctimas de ese desgraciado? ¿Te imaginas su frustración, su impotencia, su sentido de no justicia?

–No te enojes tanto. Sé que da rabia, pero no siempre se hace justicia.

–¡Es que eso es lo que me empelota! ¡Que no pase nada! –tomé aire, consciente de que estaba gritando–. Porque eso va a pasar con el huevón que me lo hizo a mí y quién sabe a cuántos niños más. ¡Nada!

Me miraste fijamente y dijiste:

–Entonces denúncialo.

–Ya sé que no se puede, está prescrito.

–Da lo mismo que esté prescrito, denúncialo. Si le prueban más casos podría ser otra la historia, y si no y tienes suerte, puede ser que, por lo menos, el huevón tenga que sentarse a declarar, aunque mienta. Ese mal rato no se lo quita nadie.

–¿De verdad se puede denunciar después de tanto tiempo?

–Denunciar siempre puedes, aunque esté prescrito –dejaste el tenedor sobre el plato y tu tono de voz cambió–: L., tienes que sacarte este trauma de encima y confiar, porque de lo contrario no vas a poder respirar cuando no estés con los niños ni los dejarás respirar a ellos.

–Es que no sé cómo hacerlo.

–Podemos preguntar.

Buscaste contactos entre tus compañeros de universidad, hiciste averiguaciones y me diste un nombre al día siguiente. Tuve una reunión con la abogada y su socio, después un bajón a escala media porque no

podía pagar tantos millones para sacarme ese peso del cuerpo y de la mente, pero seguimos, tú me dijiste que siguiéramos. Me recordaste que alguna vez había participado de un seminario sobre medios de comunicación y cobertura del abuso sexual para una fundación, entonces escribí, llamé y después me reuní con un abogado a quien le quité dos horas de su día contándole lo que me había pasado a los seis o siete años, siempre poco convencida de que fuera realmente importante.

Hoy, un año después, celebramos otro hito: te han quitado la sonda del estómago y eso de que la vida cambia en un instante se implanta sin anestesia. Nos emocionamos, sentimos que hay otro avance, te abrazo. Ya no habrá más de esa comida por sonda que tanto te hinchaba, todo lo recibirás por la boca, y para eso debes partir comiendo licuados. Aprenderás a tragar, aquello en lo que no pensamos cada vez que nos echamos algo a la boca, es algo que tú no sabes hacer. Después, si logras tragar sin aspirar ni ahogarte podrás avanzar con otras consistencias.

–Lo que más quiero es un crudo con una cerveza –dices de inmediato.

–Vamos a partir con papillas, Duque –te explica Carolina–. Crema de verduras, después puré.

–Lo que sea me va a gustar –dijiste–. Necesito sentir el sabor de la comida.

Redacto en mi teléfono un mensaje para nuestros amigos y familia. Les cuento que te han quitado la cánula porque ya has avanzado en la deglución y que podrás empezar a comer de a poco. Después pienso: “No puede ser que esté contando esto”.

***

He soñado con otros hombres: con actores que no me gustan y con otros que sí me gustan; he soñado con mi ginecólogo teniendo un encuentro apasionante y prohibido en su consulta, también me he visto con desconocidos y con alguno que otro de un pasado muy, muy lejano. Con todos ellos se plantea una especie de relación inapropiada y, en la mayoría, bastante innecesaria. Probablemente, salvo alguna honrosa excepción –como cuando soñé que tenía una aventurilla con Charly Alberti–, lo mejor de estos sueños ha sido verme arreglada. Bien vestida, maquillada. Linda. Deseosa y deseada.

–Soñé con B., el actor –le cuento a Beatriz al teléfono.

–¡Pero eso es una pesadilla para ti! ¡Si nunca te ha gustado!

–Lo peor es que en el sueño no me gustaba, me encantaba –comento con algo de vergüenza–. Estaba fascinada con la idea de que nuestros hijos se conocieran.

–Eso es un familión. ¿Y te pedía una guagüita? –me pregunta soltando carcajadas.

–No, pero de que estaba dispuesta, lo estaba –ahora soy yo la que río, paseándome por el pasillo del departamento mientras Greta me sigue. Bajo la voz y digo–: ¿Te das cuenta de lo cagada que estoy? ¡Con B.!

–Cierto, tiene cara de guagua y es sagitario. Entiendo que tus fantasías son más del tipo Javier Bardem.

–Bea, tú sabes que ahora no pienso en esas cosas. No es tema para mí. Estoy como muerta por dentro.

–Mira, Gorda, yo no sé interpretar sueños, pero por algo está apareciendo el deseo.

–Me cuesta creerlo.

–L., escúchame bien: tú no estás muerta.

***

Me pierdo en una cotidianeidad repleta de deberes. Mi frase más reiterada es: "tengo que". Tengo que dejar lista la ropa del colegio de los niños en la noche; tengo que preparar las colaciones y mochilas; tengo que levantarme en la mañana, vestir a Milan mientras él se resiste y en mí se activa una impaciencia excesiva. Tengo que llevarlo al colegio, tengo que ir a trabajar; pocas horas después tengo que ir a buscarlo al colegio y a Greta al jardín infantil; tengo que comer; tengo que tomar vitaminas; debo fumar menos; debería tomar menos vino en la noche (o solo una copa a partir del viernes). Tengo que estar sana. Tengo que cuidar, contener y proteger a mis hijos. Tengo que contener a R. Tengo que estar contenta y agradecida, porque esto pudo ser peor. Tengo que hacer las compras del supermercado. Tengo que pagar muchas cuentas. Tengo que buscar disfraces para Halloween. Tengo que generar más plata.

Tengo que. Tengo que.

Y a veces solo quiero tener tiempo para leer, ver un nuevo capítulo de *Succession* y escribir.

A veces solo quiero estar sola y que nadie me necesite.

A veces me gustaría no necesitar más que un momento de silencio. No desear que las cosas sean distintas.

A veces solo quiero perder la memoria.

***

Fernando gestionó que hoy una notaria fuera a la clínica a obtener tu huella dactilar para un mandato general para mí. Me había escapado de casa, aprovechando que tenía con quien dejar a los niños, para tomar un café y leer en paz. Me senté en una cafetería que está a pocas cuadras, pedí un capuchino y abrí *Si la muerte te quita algo, devuélvelo*, de Naja Marie Aidt. Llevaba leída la mitad cuando Fernando me llamó de nuevo para contarme que la notaria no me iba a cobrar, que se había conmovido al verte, que eras un colega y por eso haría este trámite probono. Se me llenaron los ojos de lágrimas y, cuando corté la llamada, el llanto se dejó caer sobre mí.

He perdido el pudor de llorar en espacios públicos. Esta mañana lo hice agradecida, pero también lo hice porque esto que estamos viviendo no lo puedo creer. Lo veo, lo vivo diariamente, lo huelo y lo llevo en mi espalda día tras día, pero, aun así, no lo puedo creer. Y cada vez que lo narro, cada vez que se lo cuento a alguien –en partes, como una historia completa, como sea–, me parece que es una situación enorme, indecible, desgraciada. Cada repetición es sufrimiento. Cada palabra es sangre que me quitan, vida que se va.

Nuestros hijos también me han visto llorar, y cuando me preguntan algo balbuceo que tengo pena y no puedo parar. No puedo decirles ni tampoco entenderían que la pena no me ha querido soltar y que estoy exhausta. Que improviso cada día y a veces sale bien, a veces más o menos y muchos días sale muy mal.

Me duele el pasado y probablemente más me duela el futuro. He tratado de ser optimista algunos días, a ratos. Centrarme en tus avances y no en la sensación de una vida quebrada. Pero cuesta. Todo cuesta. Abro los ojos cada mañana, los cierro nuevamente y murmuro que esto no puede ser.

“Te admiro”, me siguen diciendo.

***

Hoy te hicieron una angiografía y dijeron que salió bien. No tienes ninguna malformación venosa u otro asunto que pueda preocuparnos o hacernos pensar en un nuevo accidente cardiovascular, pero aún no se sabe si lo que ocurrió fue por un cavernoma que reventó, si eres hipertenso.

–No soy hipertenso –me aseguras–. Todos creen que lo soy y nunca lo he sido.

–Imposible saberlo si nunca te controlaste. La resonancia que te hicieron igual mostró unas lesiones en la carótida, Bustos dice que pueden ser eventos antiguos que no notamos.

–No soy hipertenso –insistes.

–Eso no lo decides tú.

–L., no puedo empuñar la mano –dices, nervioso.

–¿Cuál mano?

–La buena.

Levanto la sábana y veo tu mano abierta y apoyada sobre el colchón. Siento una pulsión extraña en mi nuca, pero la apago.

–¿Será la anestesia?

–No sé. Pero no siento esta mano.

***

El hijo de Naja Marie Aidt murió al lanzarse desde una ventana. Estaba desnudo. No se suicidó, sino que estaba bajo los efectos de unos hongos alucinógenos a los que reaccionó mal; el resto es sufrimiento, sangre y pérdida. Se llamaba Carl y la suya fue una muerte tonta, como dicen las abuelas, porque no tiene razón de ser, porque si alguien lo hubiera contenido y lo hubiera bajado de ese estado febril y psicótico probablemente no estaría muerto, como piensa su madre.

Aidt escribe:

“NO TENGO VALOR PARA PENSAR EN TI CUANDO ESTABAS VIVO PORQUE ES COMO CLAVARSE CUCHILLAS EN LA CARNE”.

Yo pienso y escribo:

NO PUEDO VER FOTOS NUESTRAS SIN LLORAR NI PUEDO
RECORDAR CÓMO ERAS
ANTES DE TODO ESTO
SIN SENTIR DOLOR FÍSICO.

Están los dos dolores presentes: el emocional y el físico. Es como uno solo, en realidad. No me suelta, se adhiere a mí y sus tentáculos se enredan en mi cintura.

"La pena es una puta cárcel", como escribe Aidt.

***

Horas después, cuando regreso a verte a la clínica, me encuentro con dos auxiliares saliendo de tu habitación con una máquina. Me miran y algo ocultan, porque se van rápidamente. Pregunto qué pasa en voz alta, a nadie en particular, a la nada. Subo el tono de voz, insisto, grito, hasta que la enfermera del turno se me acerca. No la miro, no sé quién es, pero escucho claramente:

–El doctor Bustos viene en camino a hablar con usted.

–¿Qué le estaban haciendo? –murmuro sin mirarla.

–Un electroencefalograma, por el resultado de la resonancia de la mañana.

Al fin la miro, siento que mis ojos bailan cuando trato de enfocarme en ese rostro juvenil que no había visto antes.

–¿Le hicieron otra resonancia? ¿Y por qué yo no sabía nada?

–El doctor Bustos la pidió.

–¡Yo no sabía nada! ¡Por qué yo no supe nada! –grito.

Cuando aparece Bustos dando pasos muy rápidos con sus piernas cortas, mi cara está roja y por la expresión de culpa que me dejan ver sus ojos, confirmo que algo no está bien.

***

–Tenía independencia y ahora no –te lamentas entre sollozos.

Me quito los zapatos y me acuesto de inmediato junto a ti en la cama, te abrazo muy fuerte, hundo mi cara mojada en tu hombro.

Hace unos minutos Bustos confirmó que el procedimiento de ayer te produjo un nuevo accidente cerebrovascular isquémico que compromete tu brazo y tu mano izquierda, la que aprendiste a usar desde que no sientes la derecha; la mano con la que comes, tomas el café que nos autorizan a comprar en la cafetería de abajo los fines de semana, con la que comes lentamente la papilla. La mano que usabas para apretar el botón del teléfono y llamarme.

–No quiero que pases por lo mismo de nuevo. No quiero que los niños lo pasen mal de nuevo. ¡Me quiero ir a la casa! –dices.

En momentos como este, en las películas, alguien entra a calmar la angustia del paciente, le inyecta algo y deja que la rabia se apague, que el dolor se desvanezca. En nuestra película eso no pasa y nos aferramos el uno al otro llorando sin consuelo.

Bustos dijo que podrías recuperar la movilidad en un par de semanas, que los eventos isquémicos son de más rápida rehabilitación. Pero no nos parece suficiente. Y siento miedo, un nuevo miedo que crece y que no estaba invitado ahora, cuando veíamos que todo iba para mejor.

–Flaco, todo esto es una mierda, pero dijeron que vas a mejorar.

–No quiero más de esto. No puedo más.

–Te quiero –digo, pegada a tu cuerpo.

–Te creo –dices. Y me besas en la cabeza.

***

“Esto nos golpeó a todos”, me escribió Dani anoche, después de que repartí la noticia a nuestros amigos en un audio genérico, incapaz de repetir una y otra vez lo que había pasado.

Justo en estos días leía a Aidt hablar de la comunidad, de lo que se construye a pesar de la tragedia, en la belleza de esa unión espontánea de quienes nos aman, e incluso de aquellos que ignorábamos que nos daban algún grado de importancia o de valor en sus vidas: “Ahora estamos más allá de días y noches, días y noches no guardan relación alguna con nosotros, ya no entendemos la diferencia. No tenemos esperanzas de futuro, ya no nos imaginamos ni percibimos el futuro. No vemos el día, la

hora, el minuto siguiente. No somos capaces de planear nada. Nos hallamos en un tiempo sin futuro".

Incluso así no dejamos de acercarnos. Los amigos, las amigas, las primas, todas y todos llaman, escriben, se ofrecen a venir a acompañarme. Los "estamos contigo" se multiplican y me doy cuenta de que ninguno de ellos sobra. También descubro que, aparte de contarles a mis padres, no compartí la frustración del angiograma con nadie más de mi familia ni de la tuya.

Es que mi comunidad, mi familia ahora y la familia de nuestros hijos son todos estos amigos que no nos dejan, que se alertan con nuestra pena, que sostienen nuestra vulnerabilidad con un abrazo, un chiste, un paseo, una botella de vino para compartir, llevarme a la clínica o a la consulta de la sicóloga y después traerme de vuelta; una tarde en la playa para que mi mente no mate a mi cuerpo; llamados, audios, conversaciones, borracheras y cafés compartidos en la clínica. Mensajes, stickers, ironías, sarcasmo, ternura, risas, lágrimas.

Y otra vez Aidt, que escribe:

"Somos como niños. Desvalidos.

Nuestros amigos nos ayudan en todo.

Nuestros amigos acuden en nuestro auxilio.

Nos hacen avanzar a empujoncitos, de un momento hasta el siguiente. Estas semanas sombrías y veladas".

Me siento y me sentiré desvalida muchas veces, pero los pequeños empujoncitos sirven de algo, porque se suman, se unen y son como una rueda que me topa la espalda, sin palabras, sin ninguna orden, mientras yo me digo, en medio de esta película de Lars Von Trier de los años noventa: "Muévete, sal de ahí. Camina".

***

Situaciones que se han repetido en estos meses:

- Preguntar más de una vez por algo que ya me habían respondido.
- Bajar del auto y dejar el motor encendido.
- Bajar del auto y dejar las ventanas abiertas.

- Bajar del auto y ver cómo se golpea mi teléfono contra el piso, pues lo tenía sobre los muslos.
- No saber qué día es.
- Olvidar el día y hora de la entrevista con las profesoras del colegio.
- Olvidar el cumpleaños de una persona importante.
- Fumar tres cigarrillos al hilo.
- Perder el ticket de estacionamiento.
- Perder la mascarilla.
- Quedarme sin voz de un momento a otro.
- Lumbago.
- Olvidar(me).

***

–¿Sigue siendo el mismo? –me preguntó Vivi nuevamente, en otra de nuestras salidas.

–No. Hay mucho de él que ya no está.

–Qué fuerte, L. –comenta desconcertada–. No me lo puedo imaginar.

–Es que eso es, Vivi. Algo inimaginable.

***

Bustos y la doctora Kunij están de acuerdo en que podrían darte el alta en veinte días. “Pasarás la Navidad en la casa con tu familia”, dijo Bustos con real entusiasmo, mientras tú y yo nos tomábamos de la mano. La doctora

Kunij aprovecha que Sebastián te lleva al gimnasio para hablar conmigo. No habíamos estado a solas nunca, la verdad es que siempre hay demasiadas personas en tu habitación.

–Creo que no te lo dije, pero a R. yo lo recibí en la UCI.

–No me acuerdo –digo honestamente desde hace un tiempo olvido todo con mayor facilidad–. Quizás me lo dijo, no sé.

–Estaba muy mal cuando llegó. La verdad es que no pensamos que sobreviviría.

–Sí, muchos me lo dijeron.

Me mira unos segundos, se acerca un poco más, descubro algo distinto en su mirada, como si dejara de ser la doctora Kunij y fuera solo su nombre de pila, esa M. bordada en su delantal.

–Lo que quiero que entiendas es que R. es un paciente inusual. Es impresionante cómo ha avanzado.

–¿Cree usted que podrá avanzar más?

–Claro que sí. Tiene una cabeza muy potente, es muy disciplinado y quiere recuperarse. No siempre se juntan todos esos factores. Además, volver a su casa le hará bien.

Sonrío, aunque estoy triste. Ella se lava las manos, se las seca, toma otro papel y lo apoya en la manilla de la puerta antes de salir, como hace siempre.

–Es muy bonito lo que tienen ustedes. Tú eres bien impresionante, también. No te imaginas la cantidad de hombres y mujeres que he visto abandonar a sus parejas cuando les ocurre algo así.

***

Esta misma tarde voy a buscar la silla de ruedas que me prestaron en la municipalidad. Arrastro una caja enorme hasta la casa, asumida, y al llegar no espero ni un solo minuto antes de acuchillar el cartón y sacarla.

Una silla de ruedas en nuestra casa. Una silla que usarás tú.

La abro y paseo a un paciente imaginario por cada espacio del departamento para chequear por dónde se puede pasar con ella y por dónde no. Me encuentro con los primeros obstáculos: la cocina, que es estrecha; la puerta de nuestro baño, que es justo del ancho de la silla y, aunque pases, no hay espacio para ayudarte a llegar a la ducha o al inodoro. Pienso que tendrás que usar el baño de los niños, porque es más

amplio, y que no podrás entrar al dormitorio de nuestros hijos, porque la silla pasa, pero a un metro está el radiador de la calefacción y es imposible avanzar.

Puedo verte sentado en la cama de Milan, haciéndolo dormir cuando podías moverte. Clac.

Este inminente regreso a casa me entusiasma y al mismo tiempo me aterra. Me siento como cuando fui madre; estar en la clínica era un espacio seguro para mí y para las guaguas, me sentía resguardada, presionaba un botón y alguien me asistía; las visitas renovaban mi ánimo y me sacaban de esos minutos tensos de leche acumulada en los pechos, de las venas hinchadas y de la angustia de ver que el recién nacido no lograba el "acople". Dejando fuera esos momentos –tal vez muy seguidos– en los cuales era interrumpida por alguien que tomaba mis pezones y los apretaba como si no oyera mis quejidos de dolor, estar ahí internada me hizo sentir segura. Pero cuando regresamos a la casa con Milan en los brazos y crucé el umbral de la puerta pensé que nunca más saldría de ahí.

No tenía idea de nada cuando crucé ese punto y eso es exactamente lo que siento ahora. Entraba con una persona nueva, esperada, aunque desconocida, a un lugar que por tanto tiempo fue solamente de los dos. Y no entendía cómo ni cuándo dejaría de sentir tanto miedo.

El hombre que vuelva a esta casa no será el que salió aquella noche sostenido por varios hombres. Nada volverá a ser como antes. Ni tú ni yo. Soy bastante parecida a la mujer del 14 de julio, pero al mismo tiempo estoy a una imprecisa distancia de ella.

Miro la foto familiar que tengo de fondo de escritorio en el computador y comienza a repetirse un pensamiento que me ahoga: cambia la foto, ese hombre ya no está.

***

Milan te escribió dos cartas. Una de ellas dice: "Hola papá. Te quiero mucho". La otra: "Hola papá. Vuelve pronto. Por favor".

Pegué ambas hojas en la pared que está frente a tu cama en la habitación, donde también hay unas mandalas a medio pintar por los niños, una cartulina morada con mensajes de ánimo que mandaron Celeste y Pablo; una fotografía de nuestros hijos sentados en la arena de Puertecillo con una estampita de la Virgen que me entregó Beatriz, y otra

foto de los cuatro en la viña Montsecano, en uno de esos pocos días libres del verano de este año miserable.

No he dejado de repetirlo: año miserable, año miserable. No sé a quién culpar. Se enciende el fuego en mis tripas y la indigestión me ha acompañado por más de una semana. Mirando el vaso medio vacío: estoy somatizando y enfermando con esto. Mirando el vaso medio lleno: estoy botando toda, pero toda la basura que se ha acumulado en mí.

Perdí la voz de nuevo. Ya sé que la disfonía se explica por tanto que no me atrevo a decir. Desarmaría almas con algunos de mis pensamientos y hablar sería como balear a alguien, a varios, a muchos. Aunque también encuentro bondad en personas que ni siquiera me conocen y la siento como un algodón, como un grupo de amigos de Fernando y su esposa, Daniela, que nos compraron la silla de ruedas que necesitas ahora que el kinesiólogo me dijo que la de la municipalidad no sirve porque le sobran un par de centímetros y, además, no tiene pedales desmontables. O los apoderados del curso de Milan, que organizaron una rifa para ayudarnos económicamente, aunque es probable que no te hayan visto más que en el primer día de clases.

***

Llevas hospitalizado casi cuatro meses. Son más de ciento treinta y seis días. Es mucho tiempo y a la vez es poco si pensamos en cómo estabas en julio y cómo estás ahora.

Hoy hablas, comes, mueves las piernas y los brazos, te ríes, bromeas con todo el mundo; me invitas al baño para que nos saquemos la ropa; me pones la mano en el culo y dices que es la mano torpe, que no sabe lo que hace. Nos reímos de nuevo. Me tiras besos con tu boca chueca, me aprietas contra tu cuerpo cuando te abrazo; me llamas por teléfono y me deseas que tenga un buen día. Me dices que me quieres, así como yo lo hago casi a cada rato, porque da igual, porque nadie sabe lo que puede pasar, porque la vida puede cambiar (más) en un instante y todo lo que conocíamos puede desaparecer.

Podemos desaparecer. Por eso es mejor no guardar ni guardarse nada. Quizás por lo mismo es que me he bebido los vinos reservados para ocasiones especiales. Esas ocasiones ya se fueron, y el vino se avinagra, así como la vida pasa muy rápidamente y nosotros nos marchitamos.

He eliminado las palabras “postergar” y “procrastinar” de mi mapa. Mi lenguaje también cambia y se desordena, agoniza, muere y después renace; de a poco, como nosotros.

***

Estoy viendo la película *Call me by your name* por partes, cuando puedo. La dejo, la retomo, me detengo en escenas, en los paisajes de Lombardía, en los días de vacaciones en un lugar de ensueño de la familia de Elio, donde llega un americano hermoso e impredecible de visita: Oliver. Admiro la belleza de los escenarios, los silencios y las miradas entre los personajes; admiro ese amor juvenil, que siempre duele, que tanto nos marca. Siento la ansiedad de los personajes por rozarse, por estar juntos, por besarse de una vez, después de resistirse tanto a vivir lo que quieren.

En una de las escenas, a Elio le ha sangrado la nariz y se esconde en un rincón de esa casa hermosa para ponerse hielo, avergonzado. Aunque aquello le suele pasar, sangró frente a Oliver y eso hace una diferencia. Oliver lo sigue, se sienta junto a él, le acaricia la pierna y después toma su pie; le hace un masaje y aprieta sus dedos. Elio se queja, le duele, pero Oliver le dice que aguante, porque su abuela le hacía lo mismo cuando enfermaba y siempre funcionó. Después Oliver le besa el empeine y la ternura te inunda.

En un diálogo que considero de los más hermosos que he visto en el cine, el padre de Elio le dice a su hijo, entre otras cosas:

> “La ausencia puede ser algo terrible si nos mantiene despiertos toda la noche, y ver cómo alguien nos olvida antes de lo que hubiésemos deseado no ayuda. Nos desprendemos de tantas cosas propias para poder curarnos lo más rápido posible, que a la edad de treinta ya estamos en bancarrota y cada vez tenemos menos que ofrecer cuando empezamos una nueva relación con alguien. Sin embargo, no sentir nada por miedo a sentir algo es un desperdicio”.

Esta película es una historia de amor y no dejo de pensar en ti mientras la veo. Recuerdo a un escritor que conocí cuando era una adolescente y que una vez me dijo que no escribiera sobre el amor, que eso a nadie le

importa. Como era más joven e insegura, me avergoncé de mis propias historias de afectos ya publicadas. Pero lo cierto es que no creo que las historias de amor no sean importantes. Muchos y muchas queremos vivir una, aunque dure veinticuatro horas en lo concreto y la obliguemos a permanecer por meses o años en nuestras cabezas.

Estos párrafos que empecé a escribir el mismo día que sufriste la hemorragia cerebral nacen de una historia, la nuestra. Y, como sea, estas páginas son un fragmento de nuestra historia de amor.

***

"La familia, a veces, es puro título. Bueno, lo sabemos bien todas nosotras", me escribía Swann. El "nosotras" somos ella, su hermana mayor y yo, que de roles afectivos fallidos e hipócritas sabemos bastante.

Aquel "puro título" de las familias me nubla cada cierto tiempo. Porque el tiempo pasa, la bomba ya explotó, nuestras vidas cayeron al suelo y ha sido difícil levantar algo nuevo sin dejar de pensar en que parte importante de la sangre que se supone que nos une no está disponible.

"Es increíble que en instancias así algunos desaparezcan", agregó mi prima. A mí no me parece tan increíble, pero, en el caso de algunas personas específicas, sí me parece una ausencia muy despreciable. Me resisto a los vínculos con tope y a escribir sobre ellos ahora.

***

Es lunes. En tres días te darán el alta y volverás a casa.

***

Se concluye que finalmente la etiología del hematoma del paciente es puramente hipertensiva. Se logra manejar su presión con polifarmacia, y del punto de vista funcional

logra alimentarse con ayuda parcial, vestirse con ayuda parcial, WC y ducha con ayuda casi completa, desplazamiento con silla de ruedas y bipedestación supervisada.
El paciente actualmente tiene una pérdida severa de su capacidad funcional y laboral, por lo que se estima que su proceso de rehabilitación se extenderá por al menos 12-18 meses a partir de la fecha.
Dada la buena evolución y red de apoyo en casa, se decide continuar tratamiento de rehabilitación en forma ambulatoria.

***

Una ambulancia te llevó de aquí hace cuatro meses y cuatro días, intubado, en coma. Una ambulancia te trajo de vuelta hoy a las tres de la tarde, consciente, en una silla de ruedas, con parálisis facial en el lado izquierdo y el ojo cubierto con un parche color piel.

Has vuelto vivo a la casa y te esperamos con mucha ansiedad, flores, una torta de chocolate y una pizarra con el mensaje "Bienvenido papá" escrito con tiza en la entrada. Bajamos a buscarte los niños y yo, muy emocionados, aunque yo con algo de miedo. Te acompaña una auxiliar de enfermería de nombre más raro que el mío.

–Bienvenido, Flaquito –digo y te beso en los labios después de exactos cuatro meses y cuatro días sin hacerlo.

Los niños revoloteaban alrededor de la camilla en la que te llevaron hasta el ascensor del edificio, allí te bajaron y te sentaron en la silla de ruedas. No dijiste ni una sola palabra, entraste a la casa, observaste un poco a tu alrededor y estiraste la mano izquierda apuntando a la pared.

–Colgaste los cuadros.

–Los famosos cuadros. Quedaron bien, ¿no?

–Y cambiaste cosas de lugar. Esa lámpara no estaba.

–No. La puse mientras estuviste hospitalizado.

–¿Y nuestra cama sigue aquí o la cambiaste también?

–La cama está, tranquilo.

–Quiero ir a confirmar eso. ¿Me llevas?

Cuando me acerco a la silla, la auxiliar se adelanta y me pide que la guíe. Asumo que lo hace para ayudar, pero de todos modos siento que me ha puesto un pie encima. Avanzamos todos hacia el dormitorio donde todo ocurrió. Tu lado de la cama es el que fue mi lado, al costado hay una barra metálica que se puede subir y bajar. Los pernos que la sostienen son

demasiado largos, tanto que podría volarme un ojo si me descuido.

La auxiliar extranjera te ayuda a recostarte en la cama. Eres un cuerpo largo y más macizo que antes, con poca firmeza. Tus piernas se doblan como jalea y tu lado derecho se queda atrás.

–La mano derecha –te digo–. No te olvides de la mano.

–Si no la miro, no la puedo mover, L. No la siento.

Los niños corren a ver televisión a la sala de estar. La auxiliar se sienta junto a la cama, esperando no sé qué. Quiero pedirle que nos deje solos, pero tú te adelantas, estiras la mano izquierda y das unos golpecitos suaves con la palma sobre el colchón. La auxiliar entiende y dice que irá a revisar la ficha y a buscar la lista de medicamentos que debo comprar. Me recuesto a tu lado, apoyo mi cabeza sobre tu pecho y me rodeas con tu brazo.

–Estoy contento de estar aquí –me dices.

–Yo también.

"Que viva. Yo quiero que R. viva. Después vemos el resto", dije hace más de cuatro meses.

Ahora empieza ese resto.

***

Tu primer fin de semana en casa me dejó exhausta y llorona, como la llegada de un nuevo hijo. "Tienes tres niños ahora", me dijiste medio en broma, aunque sé que era bastante en serio. Entonces llegó el clac, se me apretó la tripa y se activó la pérdida de oxígeno.

Otras frases que traen el clac:

- Qué difícil lo que te tocó.
- Ahora serás cuidadora y serlo es muy duro.
- No seas cuidadora, eso delégalo, o tu matrimonio va a desaparecer.
- ¿R. ya camina?
- Pucha, L., qué mala suerte.
-

¿Cómo estás tú?

•

¿R. ya camina?

•

¿Cuándo va a caminar?

•

Esto es muy lento.

•

Te cambió la vida.

•

¿R. ya camina?

***

Fumo un cigarrillo en la terraza y pienso que las sensaciones son muy contradictorias, porque quería que vinieras a casa y de todas formas iba a cuidarte, pero al mismo tiempo me da mucha tristeza hacer lo que hago diariamente y descubrirme ejecutando, organizando y planificando la cotidianeidad como si esto que estamos transitando fuera normal, casi como si hubiera sido llamada a hacerlo porque tengo tanta "fortaleza".

Lo que estamos viviendo es real, pero no es normal. Aun así, me levanto cada mañana, te llevo el pato para que orines, te cambio la ropa, te doy muchos besos; limpio tu ojo derecho dañado por la úlcera de córnea, nos tomamos de la mano para ver una serie, hablamos de los niños; te ayudo a comer, ya sea juntando los alimentos en el centro del plato o dándotelos directamente en la boca, y hablamos de la actualidad.

Vivo en un desequilibrio plagado de clacs.

***

Voy a una sesión de reiki y canalización porque ya no me queda energía. Si no me cuido caeré, y sé que, si caigo, si me desplomo, si efectivamente me dejo ir, el daño para mis hijos será mayor. Incrementar su pena me corta la respiración. Lo que estamos viviendo también, pero creo que en el caso de ellos no puedo permitírmelo.

–Tu suegro está aquí –dice Sandra, la canalizadora.

Pienso en él, pongo su rostro en un primer plano de mi memoria y espero, mientras Javiera posa sus manos cerca de mi pecho, de mis piernas, sobre mi cabeza. Minutos después mi cuerpo se separa levemente de la camilla y doy un salto, como si una piedra se hubiera desintegrado en mi abdomen. Me suenan las tripas, palpo mi estómago con las manos y después poso cada palma sobre mis caderas, rozando los huesos sobresalientes, que solo reflejan desazón.

–Tu suegro te dejó un mensaje –escucho la voz de Sandra.

–¿En serio? –pregunto al abrir los ojos.

–Él te quería mucho.

–Sí, lo sé. Yo también –digo, con la voz quebrada.

La canalizadora escribió en una hoja de cuaderno universitario cuadriculado lo que Claudio le dijo y me lo lee: que sanarás, que esto es el resultado de algo malo que hiciste en otra vida y que a él le cuesta aceptarlo. Que yo tenga paciencia, aunque es difícil. Paciencia, paciencia. Aguante. También bendice a nuestros hijos y me transmite que no debo preocuparme porque esta experiencia solo los ayudará a crecer creyendo en la superación y en el amor. “Tú decidiste cuidarlo”, es su mensaje. “Tienes que repetir, L: esto yo lo decidí, yo lo acepto, yo lo logro”.

En otro momento de mi vida una sesión como esta me habría parecido absurda. Ahora no.

***

Esta noche, al acostar a los niños y mientras escuchábamos por enésima vez *El hilo rojo del destino* en audiocuento, Greta me dice:

–Mamá, quiero que el papá ya no esté en silla de ruedas para que me abrace acá en la cama.

Le acaricio su pelo suave y la beso en la cabeza.

–Greta, tu papá se va a recuperar y podrá acomodar su laaaargo cuerpo en esta cama chiquitita, como antes.

–Va a quedar todo doblado –sonríe y me muestra sus paletas separadas–. Le va a doler la espalda, como a ti.

Si a mí me cuesta todo esto, no puedo imaginar lo difícil que debe ser para nuestros hijos. Decirles la verdad y hacerlos parte ha sido mi mejor forma de no subestimarlos, porque sé que los niños se dan cuenta de todo,

absorben la energía, detectan el peligro y reconocen el sufrimiento. La incerteza no les hace bien. Cuando yo era niña me daba cuenta de mucho, y lo que no sabía, aquello que no lograba comprender, lo podía completar sin fallas. Como cuando una mujer de mi familia abortó, o cuando mi hermana estaba embarazada del hombre más peligroso que he conocido; o se cruzaban límites que nadie más quería ver. En medio de la negación de la mayoría, yo podía ver mucho. Por lo mismo y sin poder delegarlo a otra persona, fui yo quien les contó una tarde, mientras aún estabas en la clínica, que Claudio había muerto.

Sol me había dicho en la última sesión a la que asistí que ya era el momento de que tú supieras que tu padre ya no estaba y también que los niños supieran la verdad. Hablé con ellos primero, consciente de que no los llevaría a visitarte hasta que pudiera hablar contigo. Y aunque me dolía por adelantado solo imaginar la tristeza que sentirían, fue cuando almorzábamos solos los tres que les conté la verdad. Milan lloró de inmediato y Greta quedó congelada. Cuando me levanté a abrazar a Milan me tropecé y caímos al piso los dos, llorosos y moquillentos. Greta se acercó y dijo que no entendía por qué su Tata no podía volver. "Quiero que vuelva, haz que venga", me pedía, y yo no sabía cómo sacarnos de ese resorte de pena y llanto hasta que pensé en *Coco*, en el mundo de los muertos, en el altar con flores y fotos. Y les dije: "Busquemos una foto del Tata, busquemos las velas y traigamos flores, para que no nos olvidemos nunca de él".

***

El día que te conté sobre la muerte de tu padre sentí alivio. Llevaba meses guardándome un secreto que me hacía sentir que te estaba traicionando, aunque al mismo tiempo debía cuidarte y me negaba a verte sufrir más.

–¿Recuerdas ese día, cuando pasó esto?

–No.

–Pero antes del accidente. ¿Te acuerdas adónde habías ido?

–Había ido al hospital, a ver a mi viejo.

–¿Y cómo lo viste? ¿Te acuerdas?

–Lo vi dormido –piensas por un segundo, titubeas–. Bien.

–Flaco, tu papá no estaba bien.

–Bueno, estaba un poco complicado, pero ¿cómo está ahora? –buscas

mis ojos y entreabres la boca. Tus pupilas se quiebran.

Después, cuando logramos calmarnos, le escribo a tu madre que ya sabes lo de Claudio y que es mejor que venga a estar contigo porque estás muy afectado. Ella me responde que no puede hacerlo, que no es capaz.

***

Hace unos días, una tarde me fui a llorar al baño porque no me daban más la cabeza ni el cuerpo. Estaba ahogada entre el cuidado, la crianza, la casa y el futuro que no está. Greta me vio salir después con los ojos llorosos y me preguntó por qué estaba triste si el papá ya había vuelto. No supe cómo explicarle que tu regreso es un regalo, pero también un sufrimiento, porque en tu vulnerabilidad yo me deshago. Como cuando quieres hacerme cariño en la cabeza y tu mano (la "torpe") me da un golpe suave y no se acomoda a la orden; o como cuando me toca ayudarte a orinar, cambiar sábanas sucias o intentar descifrar lo que me quieres decir.

Estás y, al mismo tiempo, no.

Yo estoy demasiado y quiero evadir, pero no tengo adónde escapar. No puedo escapar.

Esto yo lo decidí, yo lo acepto, yo lo logro. ¿Es así?

***

–¿Cómo estás? –me pregunta Cele. Me llama diariamente y bromeamos con que lo hace para "tomarme la temperatura".

–Estoy enloqueciendo.

Es un diálogo recurrente. Ya no me engaño ni engaño a nadie diciendo que estoy bien. No conozco a alguien que lo esté realmente, y el que menos se queja es el que se acerca a poder dormir tranquilo, aunque no por eso es feliz. Claro que entre estar bien y ser feliz hay un mundo entero y, al mismo tiempo, puede que no haya tanta distancia.

–Salí con los niños hoy y fue horrible –agrego.

–Pero ¿por qué haces eso? ¿Por qué te exiges de más? Con las miles de huevadas que haces te agregas otra más.

–Es para hacer algo distinto con ellos.

–No, eso es una recaída.

Cele tiene razón, suelo exigirme cuando estoy peor. Subir el cerro dos veces, caminar veinte cuadras, jugar a la mamá lúdica cuando solo quiero dejarme caer al suelo y dormir vestida. Por eso esta tarde salí con mis hijos a comprar un basurero y terminé gastando en juguetes para cada uno y con una pataleta a cuestas de Greta, que, pese a que tenía un peluche y un pato de plástico que, se ilumina en el agua, quiso a última hora una libreta con un arcoíris. Mi negativa a comprársela me significó un llanto en escalada y un griterío interminable por seis cuadras que se me hicieron eternas. Seguí caminando y repitiendo "basta" entre dientes, con mis manos muy lejos de tocarle siquiera una oreja, porque lo único que me faltaría sería enfrentarme a alguna madre de catálogo que amenace con denunciarme. A todo lo anterior se sumó un pataleo descollante en el ascensor y uno que otro arañazo que me lanzó.

Me sentí más frustrada de lo que ya estaba.

***

No sé si estoy navegando en la autobiografía o en la autoficción. La única distinción inmediata que puedo hacer entre la una y la otra es que intento ser honesta con esta historia, pero mi propia deformación de escritora me traiciona y creo que la voy acomodando de alguna manera, dándole un ajuste. Por ahora no busco giros ni grandes remates, pero sí me guardo detalles y sensaciones inenarrables, probablemente porque me parecen invivibles e inhumanas. Y porque, además, me persigue el lenguaje como un lobo en medio de un bosque oscuro, tanteando, oliéndome, acercándose sigiloso con la dureza de un padre autoritario.

No me gusta escribir sobre esto quizás porque no quiero verme en cada párrafo. O porque no quiero que te veas después y te derrumbes. Quisiera que en algún momento podamos olvidar, borrar, dejar esta historia como una mala experiencia. Aunque no es solo una mala experiencia, es un corte. Nos atravesaron metrallas y creo que estaremos un buen tiempo tratando de quitárnoslas de la carne.

Pienso en las marcas que te quedaron después del atropello que viviste a los seis años: una en la sien, varias en la cabeza, una muy larga en la pierna, otra un poco más pequeña a un costado del labio superior de tu

boca. Estuviste tres meses en coma, tu rostro estuvo desfigurado y te encontraste al borde de la muerte por primera vez. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de lo que me contaste varias veces y que tu padre confirmó: el chofer del camión que te atropelló creyó que te había matado y se azotaba la cabeza contra el cemento cuando él llegó.

Me hablaste de ese trauma como si no fuera tal, me aseguraste que no te afectó en lo físico ni en lo mental y que solo despertó en ti un desagrado por el olor de los hospitales y por los delantales blancos.

–¿Qué me pasó? –vuelves a preguntarme como si fuera la primera vez.

He averiguado si es normal que esto ocurra y me dicen que sí, que tampoco es inusual que me hayas dictado frases en inglés o que a veces digas incoherencias.

–Tuviste un accidente cerebrovascular, te caíste y te pegaste en la cabeza.

–Ah. Me caí, entonces.

–No. Te caíste porque algo se reventó en tu cerebro y eso produjo una hemorragia.

Me miras, pero no me miras. No entiendes todavía lo que te ha pasado. Y yo solo pienso que sobreviviste a los seis, y ahora, a los cuarenta y ocho.

***

Estoy enloqueciendo, he dicho. Estoy enloquecida, he escrito. Estoy loca, comento. Suena natural y hasta cotidiano en años tan negros que nos han tocado; primero con un estallido social, los milicos en la calle, personas maltratadas, ojos perdidos, balines locos, lacrimógenas lanzadas sin control, colegios y jardines infantiles cerrados, toque de queda. Después una pandemia, mostrándome los primeros síntomas de la locura en el encierro, el desorden, la crianza, la presión, la enfermedad y la muerte. Y ahora esto.

En mi caso, estar enloquecida es literal. Vivo días en los que siento que voy a reventar, y eso también en lo concreto. Una explosión y las paredes y el piso quedarán con restos de mi sangre, de mucosas varias, de trozos de músculo, de huesos, un ojo por aquí, el otro por allá, y fin.

He pensado en morir, en desaparecer, en matarme. En azotarme la cabeza contra la pared para no golpear a mis hijos cuando superan mi resistencia; en ahogarme en la tina, como tanta celebridad, cuando ya no

doy más; he pensado en extinguirme como las velas que enciendo cada día. Estoy lejos de ejecutarlo, pero de todos modos y en el caso de acercarme un centímetro a alguna de esas escenas, me frenan los niños y la idea de que no puedo rendirme.

No sé rendirme. O no sé dejar de sufrir.

¿Cuál es mi locura? ¿Cómo es? Es levantarme cada día casi sin energía, es deambular entre gritos, juguetes y una silla de ruedas. Es quitarle la ropa sucia a mi marido como parte de una rutina aprendida; ponerle calzoncillos nuevos, limpiarlo después de orinar, cambiar sábanas sucias, prepararle un café y ayudarlo a beberlo con una bombilla; darle la comida en la boca, celebrar cada milimétrico logro; gritar a los niños bájate de ahí, no tomes eso, no rompas los adornos del árbol de Navidad; Greta, déjame comer; Milan, pórtate bien, ayuda a la mamá. También es fumar antes de romperme los nudillos con los dientes para soltar la ira en cada pitada. Es sentirme desolada gran parte del tiempo; es sentir que ya no existo. Cuarenta y dos años y se acabó mi vida. Cayó todo, me demolieron.

Locura es que me sigan diciendo "ánimo" y yo no ladre de vuelta. Que asuma que tanta persona me elogia por no salir arrancando de esta pesadilla y no les grite, como la loca que me siento, que eso no sirve de nada, que NO QUIERO QUE ME ADMIREN.

Locura es llorar mucho menos de lo que necesito y hacerlo escondida, siempre pensando en el resto.

Locura es no poder existir, no poder ser. Resolver, ejecutar, resolver, ejecutar. Es sentirme mala madre.

Es sentirme tonta.

Creer que no he conseguido mucho de lo que realmente me creía capaz de conseguir. Que la vida ha hecho lo que ha querido conmigo y se echó al bolsillo bastante de lo que deseaba ser.

Locura es sentirme desquiciada, pero vivir como si todo estuviera más o menos controlado y ello me fuera cómodo.

Locura es pensarme e imaginarme como lo hacía a los quince años, saliendo del pozo negro adolescente escribiendo, viendo películas, estudiando para hacer películas en un lugar lejano; libre, sana, libre.

Locura es creer que ese hoyo profundo, ese inmenso vacío con el que crecí, se había llenado con parte de lo que llevaba viviendo. No. El hoyo siempre estuvo, no se llena con nada, como el hueco que le dejó a Cele la muerte de su papá. No puedo cubrirlo. El vacío se queda. El precipicio siempre está ahí, llamándome. Y por más que pretenda salir de ese lugar, me quedo clavada en él.

Locura es lo incomprensible, la impotencia y la ira que me despiertan; el odio y la pena que me atraviesan ante la banalidad y la estupidez; la envidia que me produce ver a gente aparentemente normal haciendo algo aparentemente normal.

Estás rodeada de tanto amor, me dicen. Aférrate a esas pequeñas bendiciones. Pero estoy fundida en el dolor. Parece adicto a mí.

Escapo de los fines de semana y de los días de descanso como quien escapa de las llamas de un incendio. Son días en los que no puedo irme si no cuento con alguien que cuide a los niños, y como eso ocurre poco, por lo general son días que podría eliminar del calendario. Es triste decirlo, mucho más escribirlo, pero no los vivo de otra manera. Porque mis hijos quieren muchas, pero muchas cosas todo el tiempo y yo no tengo ninguna capacidad de darles ni la mitad. Mamá, juega conmigo; mamá, quiero que pintemos, que estés al lado mío mientras veo monos; mamá, quiero que estés conmigo.

Pero yo quiero estar sola.

***

Una chica que fue mi alumna en la universidad durante el primer semestre de la pandemia, con toda esa demencia de hacer clases encerrada y con mis hijos golpeando la puerta hasta casi tumbarla, me envió un correo electrónico con un asunto que no comprendí de inmediato: “Carta de apoyo”.

Pensé que necesitaría una carta firmada por mí para postular a un curso o a una beca. Pero no. Su mensaje era para apoyarme y ofrecerme su ayuda. La leí dos veces, porque después de pasar el primer párrafo no paraba de llorar. Llevaba ya una suma de días no tan buenos y enterarme de que su papá había tenido un accidente cerebrovascular hemorrágico, como el de R., hace siete años y cómo eso la golpeó a ella y a su hermana solo me hizo sentir más tristeza, más impotencia y más desconcierto.

No necesitábamos pasar por esto.

Me quedé con algo que ella me dijo y que me ajustó una pieza, permitiéndome mirar con algo de objetividad lo que he estado viviendo: “Para mí el dolor es dolor nomás”. Leerlo fue todo lo contario a un clac.

¿Para qué intentamos explicar el dolor? ¿Por qué tenemos que seguir diciendo que necesitamos pasar por el infierno para aprender cosas? ¿Por

qué, si los desastres no son una invitación para todos? No es cierto que a todos nos pasa algo, que cada uno lleva su cruz. Esos algos y esas cruces son muy distintas unas de otras, tanto en tamaño como en efecto e intención. A algunos la vida nos azota con ensañamiento y lo bueno se asoma a través de unas ventanitas desgraciadas que, antes de que alcancemos a fijar bien la sonrisa, te las cierran con furia.

¿Qué he aprendido de lo que pasó?

¿Qué he aprendido de lo que estoy viviendo?

Primero: que no hacía falta nada de esto. Que no necesitaba aprender nada más.

Y después: que el infierno es peor que la imagen instalada en mi cabeza después de trece años de esclavitud bajo la educación católica. Que no es solo fuego, color rojo, calor excesivo, deseos desatados y supuestamente malditos; Sodoma y Gomorra, castigo y pecado. El infierno es peor que eso, es el caos instalado en tu casa, es el quiebre de tu familia, es la destrucción de la vida que tenías sin poder ver ni imaginar cómo podrías recuperarte sin intentar rescatar algo de lo que tenías antes. Es un incendio que arrasó con todo. Es tu compañero tirado en el piso, inconsciente y rodeado de su propio vómito; es el miedo y la angustia y la confusión día tras día. Es la vulnerabilidad sobre la mesa. Es pérdida, pérdida, pérdida. Una y otra vez. Hoy, mañana, pasado mañana, el resto de tus días.

El infierno te impone el duelo. El duelo, a su vez, te muestra la regla número uno de la pérdida: no intentes volver porque lo que había se esfumó.

Un marido que ya no está. Un padre que ya no está. Tú misma, que ya no eres.

Y en la pregunta sobre quién eres te das cuenta de que hay una segunda regla en el duelo: eso da igual por ahora, porque no podrás descubrirlo hasta que te saques toda la tristeza aplastante del cuerpo y aprendas a vivir con el vacío.

***

“Mamá, ¿por qué lloras si el papá ya está en la casa?”.

(Lloro porque el papá no está en la casa).

“Mamá, ¿tú extrañas al Tata?”.

(Sí, y aún no lo he llorado lo suficiente. No puedo aún).

"Mamá, ¿estás feliz?".

Yo sonrío, sin mentir.

(No soy feliz).

***

No quiero darle una explicación a este dolor. No quiero desgastarme tratando de mirar el daño como algo que a la larga es positivo. El dolor es dolor nomás, y se queda, te aprieta la guata, es como una piedra enterrada en el pecho; arma y desarma los días sin dar tregua.

Estoy de duelo, y no es uno. Perdí a mi suegro, a mi marido y a mí misma. R. está de duelo, por su padre y por él mismo.

Mis hijos no lo saben, pero de alguna forma también nos han perdido.

"La pena cuenta, entre sus muchos componentes atroces, con la capacidad para sembrar la duda", escribe Chimamanda Ngozi Adichie. Hay días en los que me pregunto si todo esto es realmente tan grave. Es una interrogante estúpida ante una respuesta evidente, pero el autoengaño funciona como autodefensa, y, como en toda situación de desastre, la mente le da una patada a la verdad para que pienses, aunque sea por unos segundos, que tu tragedia no es tanta, que en realidad has sido bendecida por consecuencias menos adversas de lo esperado, como, por ejemplo, que sigas viva.

Todo va a salir bien, todo va mejor. No es más que pura negación que se revela en las miradas lejanas de todas esas personas que escapan del dolor y de la enfermedad por lo que ambas son realmente: el peor de los mundos. Pura negación, que se encuentra en miradas más cercanas y cargadas de tristeza, en los golpecitos en el hombro, en cabezas que se inclinan a medias con los ojos entrecerrados y sin palabra que sirva.

***

Bárbara Blasco escribe sobre la paradoja de Epicuro en *Dicen los síntomas*:

"Si Dios quiere prevenir la maldad, y no es capaz de hacerlo, ¿es que

no será tan omnipotente?

“Si es capaz, pero no desea hacerlo, igual el malvado, el sádico, es él.

“Vale, pongamos que es capaz y desea hacerlo. ¿Por qué seguimos entonces hablando de maldad?

“Y si no es capaz ni desea hacerlo. ¿Por qué seguimos hablando de Dios?”.

Ayer dije que estaba enojada con Dios. Después corregí y aseguré que lo estuve, en realidad, y que ahora la situación ha mejorado. A ratos pienso que estamos más reconciliados y que le debo que estés vivo, aunque, si vuelvo a repasar la idea, también podría reafirmar mi ira porque no hizo nada para evitar que esto ocurriera.

***

Greta se graduó del jardín infantil y fuimos todos a acompañarla. Entraste unos minutos antes por un costado donde cabía la silla de ruedas y ninguno de los papás del curso se acercó a saludarnos. Intenté ignorar que para muchos somos como la peste, quizás piensan que acercarse es tentar a la suerte. Nos miraban de lejos y algunos alzaron la mano cuando hice una seña. Las mascarillas ayudan a esconderse, aunque eso no sirva para la pena. Los ojos irritados, las ojeras oscuras, el ceño fruncido y las arrugas no tienen cómo taparse.

La tristeza, esta vez, llegó porque recordé que un año atrás, en ese mismo jardín infantil y probablemente en la misma fecha, Milan también tuvo su acto final. Nos sacamos fotos, nos reímos, te tomé la mano, fuimos a comer pizza al lugar que está cerca de la casa, nos agotamos con la impaciencia de los niños y al final pediste un pisco sour que no alcanzaste a terminar porque ellos corrían entre las mesas y no dejaban de gritar.

Recordarlo es un golpe seco que me doy a mí misma.

VERANO

Hoy murió Joan Didion. Sentí una tristeza que me acompañó todo el día, porque *El año del pensamiento mágico* y sus reflexiones sobre el trauma y el duelo y el efecto torbellino me ayudaron a ponerle nombre a una sensación de vacío que aparecía como un síntoma de algo que no sabía descifrar desde que era niña. Es difícil explicar el trauma, el propio, como lo es para un niño describir de forma concreta lo monstruoso. Porque, tal como escribe Annie Ernaux en *La otra hija*, nada de lo que ocurre en la infancia tiene nombre.

El relato de Didion sobre su propia experiencia con la muerte yo lo comparé con otro trauma en el momento en que leí su libro. Años después, la realidad de tu cuerpo inerte, los paramédicos, el sonido de la ambulancia y las preguntas incesantes que no tienen respuesta inmediata porque estás choqueada se instalaron como la proyección de una película completamente ajena.

El duelo, la muerte, la victimización, la soledad, la destrucción, el desconsuelo. Lágrimas, incredulidad, escritura.

Pausa, paréntesis. O, más bien, una vida que se cae.

Es muy difícil vivir con el efecto torbellino a cuestas. El cuerpo avisa, la mente se confunde, la emoción se encauza de las formas más extrañas. Vuelves atrás, una y otra vez, y en cualquier momento. Enciendes el televisor y están pasando una serie que viste con él cuando esto no era una realidad ni se acercaba a ser lo que es ahora. Te quiebras. Luego sales a la calle y ves a una pareja paseando a dos niños de la edad de los tuyos, mientras tú te has escapado a respirar fuera de tu casa, impulsada por la necesidad espinosa de alejarte unos minutos de la enfermedad y de la pérdida. Te quiebras de nuevo.

Me hundo, me hundo, me hundo. En el lodo. En lo oscuro. Siento pena por mí y siento pena por todos nosotros.

“El problema de la autocompasión”, escribió Didion.

***

Anoche estuve en la terraza y no podía parar de llorar.

No importa cuánto me digan que debo estar agradecida. Es una Navidad muy triste. Me siento como un fantasma.

Me siento como un robot que compra regalos sin sentir dolor. Pero siento dolor.

Entro a una tienda pensando en el regalo que quiero darte. Pido unas zapatillas que creo que podrían gustarte; pido número cuarenta y tres, las miro, las reviso. Pienso en tus pies inestables, en la silla, en las terapias. ¿Qué estoy haciendo?

Te beso varias veces. Poso mis labios sobre los tuyos y digo:

–Feliz Navidad, mi Flacucho.

***

Anoche vinieron mis papás y tu mamá, pero la verdad es que yo no quería estar con nadie más que contigo y nuestros hijos. Estoy cada día más agotada de las horas, de las mañanas, de los almuerzos, de algunos rituales y de lo que no recibo de muchas personas. Por lo mismo, porque nada es lo mismo y no puedo seguir viviendo como si aquello no fuera cierto, fui incapaz de hacer el mínimo esfuerzo por ir a la casa de mis padres hoy para juntarnos con mi hermana, su marido y sus hijos.

No puedo fingir que no me dolió que vinieran a la casa ella y mi cuñado hace dos semanas, después de dos años sin vernos, una pandemia y tu horrible accidente. No puedo fingir que no sentí un maltrato. “Vamos a llevarte a comer el crudo que quieres”, “Vamos a traerte unas cervezas”, “Vamos a”, pero nada. Los días pasaron después de esa visita y no volvimos a verlos; entonces solo se ahuecó algo más dentro de mí, una sensación reconocible con la que se crece y también se vive, solo que la descifras ya de adulta, cuando haces el esfuerzo casi criminal de ubicar las piezas en el lugar que corresponden en el boceto de una familia ensamblada e imperfecta como la mía, que no es muy distinta a otras que conozco, pero siempre, siempre tan particular. Quizás por eso me dediqué a escribir: para disfrazar de ficción las historias que, de una u otra forma, cada cual anestesia a su manera. “No digas eso, L. Te estás pasando. No fue así como lo dices”.

¿No fue así? Una tarde de diciembre mi hermana entró con mi cuñado a casa como si fuera un día más de una vida común y corriente. “Hola, cómo estás, hola, R., ¡qué bien te ves!”. Mentira. No se ve bien, si no lo

veías desde hace dos años, cuando caminaba y apretaba fuerte tu mano o te abrazaba con sus brazos largos, es imposible que te parezca que se ve "bien" en una silla de ruedas, con parálisis facial y un lado del cuerpo insensible. Lo has dicho para complacer, para tapar otro hoyo más que es tan, pero tan evidente. Después le haces un par de preguntas nimias, casi sin mirarme, y te disculpas porque debes irte por otro compromiso. Un beso rápido, hablamos y hasta pronto.

Esa es mi hermana, quien unos días después me llamará egocéntrica cuando le reclame su falta de cuidado y delicadeza, palabras que escojo ahora para disfrazar lo que a mí me parece indecible. Y cuando ella me llame así, yo pensaré: no, no soy egocéntrica, solo estoy en un pozo negro y es muy difícil salir de ahí sin amor.

***

–Duele mucho cuando alguien cercano no es capaz de preguntarte siquiera cómo estás llevando esto. O cómo lo estoy llevando yo –te comento.

–Sí sé –me dices–. No estamos en su mundo.

Te refieres al de mi hermana, que desde hace años vive fuera del país y en mi vida es como si siempre lo hubiera hecho. Nací cuando ella tenía quince años y una realidad de padres separados nunca aceptada por ella. Soy su hermana menor, pero también soy la hija que su madre tuvo con otro, con el segundo marido, el padrastro que no quiere.

Quizás esa información no tenga nada que ver con todo lo que pasó cuando tenía seis o siete años y su novio de entonces se metió a mi cuarto en algún momento de la noche y me tocó donde nunca nadie antes lo había hecho. Cuando tocó y rompió algo, tocó y me rompió. Tiempo después (ojalá la memoria fuera más clara en la infancia) volvió a hacerlo en la piscina de su casa, mientras ella tomaba sol fuera, a unos metros de nosotros, que hoy me parecen una inmensidad. Él me estaba "ayudando" a flotar y sus manos bajo el agua hacían bastante más.

Hablé con mi mamá siendo aún una niña, le conté lo que había pasado; el mensaje pasó después a mi papá, luego lo hablaron los cuatro adultos, y él lo negó. Alguien (él o mi hermana) dijo que yo era muy "imaginativa". No es una historia que suene muy original, porque a la mayoría de las víctimas de abuso sexual las acusan de histrionismo, de histeria, de mitomanía, pero la verdad es que seguí viviendo a pesar de que en mi

familia se diera el tema por visto y ese hombre se convirtiera después en el primer marido de mi hermana y padre de mi sobrina mayor.

¿Por qué estoy escribiendo esto? Porque, lamentablemente, todo lo que se relaciona con mi hermana nos lleva a este punto de oscuridad y silencio. A tristes eventos de una niñez fracturada y una adolescencia –la mía– con permanentes dudas. ¿Ocurrió o no ocurrió? ¿Lo soñé? ¿Era él o puede haber sido otra persona? Estoy segura de que fue él, ¿o no? Claro que sí.

Hoy, 28 de diciembre de 2021, y después de mucho tiempo en pandemia y esperando que mi hermana viajara a Chile para poder asistir, le tocó ir al Juzgado del Crimen de Santiago a declarar.

–¿Tú crees que va a ir? –me preguntó Cele al teléfono.

–Dijo que iría. Yo le mandé la información.

–¿Y crees que diga la verdad?

–Supongo que sí –respondí sin dudar–. Es lo que debería hacer.

–No estoy tan de acuerdo –me aseguró, mientras botaba el humo del cigarrillo que se estaba fumando–. Decir la verdad, en su caso, implica otras cosas para ella.

Caminé con una pesadez extraña durante todo el día, hasta que me llegó un mensaje de mi hermana al teléfono diciendo que pasaría un rato por casa a dejar los regalos de Navidad de mis hijos. Un rato corto, porque después tenían otro compromiso. Esperé hasta ese momento con la tripa estrangulada, abrí la puerta, los saludé, los niños abrieron sus regalos, sonrieron, se alegraron, mientras ella permanecía clavada en una esquina de la sala con un gesto artificioso y tenso, y mi cuñado comentaba algo que no alcanzaba a entender porque en mi cabeza solo estaban las palabras revolviéndose como la masa de un pastel: fuiste a declarar, y los signos de interrogación navegando entre los trozos arrugados de los papeles de regalo, huyendo de mí con la misma eficacia que el miedo a que Celeste tuviera razón, se tomaban mi cuerpo.

–¿Fuiste? –pregunté con torpeza. Ella me miró de soslayo y después volvió a perderse en la Barbie que estaba en el piso. Carraspeé–. A declarar.

Silencio. Miré de reojo a mi cuñado, ni un solo gesto. ¿Sabía de lo que estaba hablando yo? ¿Era una mala pregunta?

–Sí –escupió ella, con un gesto de asco–. No pensé que fuera tan duro. No lo pasé bien.

–Bueno, era lo que había que hacer.

Ella suspiró, se acomodó el pelo, bajó los ojos. Después se levantó del

piso y tomó su cartera. La mirada que le dio a mi cuñado era más que un "nos vamos".

Afuera, en la terraza, tú hacías tus ejercicios con el auxiliar y te perdías la tensión suspendida justo en el punto medio de la sala, a la altura de nuestras cinturas y escalando con la velocidad de una araña que corre a esconderse. Si bajaba un poco la cabeza, veía a los niños y a sus juguetes y no podía decir algo más. Entonces esperé, mi cuñado dijo que irían a no sé dónde, que no han parado en todo el día con las visitas e invitaciones, y que al día siguiente partirían a la playa a pasar el Año Nuevo. No creo que nos veamos más durante este paso por Chile.

Tengo que hacerlo ahora, pensé. No habrá otro momento.

Después de despedirse a la distancia de ti y darme un beso que más pareció una cachetada, abrí la puerta y los dejé salir. Tomé aire, junté la puerta tras mi espalda y le dije:

–Oye, no entiendo por qué estás enojada.

Mi hermana se volteó furiosa, con menos público y sin necesidad de contenerse más, mientras mi cuñado desaparecía por el pasillo.

–Claro que estoy enojada. Tú me hiciste ir a declarar.

–Yo no te hice nada, la justicia te citó.

–Lo pasé muy, muy mal. Además, hay cosas en tu declaración que no son verdad.

–¿Qué cosas? ¡Todo es verdad y tú lo sabes! –escupí yo. La realidad se presentaba sin calmantes–. Entonces mentiste.

La conversación llegó a un punto en que se desdibujó, cuando las palabras de una pisaron a las de la otra. Nos dimos largas vueltas entre la justicia, la verdad, la mentira, el pasado. Y al final ella remató:

–Si hubiera sabido lo que declaraste, no habría ido.

–No tengo ninguna responsabilidad ni tengo por qué pedirte perdón. Eres una egocéntrica.

***

Es 31 de diciembre y rompí la agenda de este año. Tiré de las hojas con rabia, llorando, de a cuatro, de a seis, para después convertirlas en tiras de papel inservibles. Destrocé la libreta de color rosa malva y sus odiosas letras plateadas, la lancé al basurero y después la pisoteé.

***

Es 3 de enero de un nuevo año.

Vi *La hija oscura*, la película dirigida por Maggie Gyllenhaal y basada en la novela de Elena Ferrante. Quedé muda cuando terminó, la pantalla mostraba los créditos y yo pensaba en Leda Caruso joven, madre de dos niñas, esposa de un hombre que consideraba que ella debía ocuparse de las hijas porque él debía trabajar, y era también una estudiante de Literatura con pocos sueños que de pronto ve que se abre una ventana para ser solo Leda, ya no la madre de o la esposa de.

Tengo que escapar de mis hijos para poder trabajar, para leer un poco, para escribir. No dejo de pensar en Leda Caruso.

***

–Tengo que hablar contigo –me dices, muy serio.

Estamos recostados sobre la cama, los niños duermen, ya comimos algo y te llevé al baño para que te lavaras los dientes. Después te traje al dormitorio, puse mis brazos bajo tus axilas y te ayudé a pasar de la silla a la cama, lo mismo que hacemos exactamente todas las noches.

–¿Qué pasa?

–Llevo más de cuarenta días en la casa y no ha pasado nada. ¿Por qué?

–¿Cómo nada? –pregunto, aunque entiendo la dirección de la conversación.

–Sexo. Estoy desesperado por no poder tocarte.

–¿Y puedes?

–Bustos no dijo que no podamos tener sexo.

–Pero tampoco dijo que sí.

–¿Acaso ya no quieres? –preguntas en un tono más grave del habitual.

–Sí, claro que quiero, pero ¿podemos, en serio? ¿Te interesa? Es que no me atrevía a preguntarte eso, quizás no era el momento.

Libero todas las frases hechas que conozco para intentar decirte que no sé cómo afrontar la posibilidad de la intimidad.

–No podemos ser muy creativos porque estoy como estoy, pero tengo una mano, lengua y ganas. Además, estoy paralizado en el lado derecho, al medio todo funciona bien. Mira.

Levantas la sábana con tu mano izquierda y me echo a reír. Te abrazo. Nos besamos descoordinadamente, como adolescentes que lo intentan por primera vez, cuando cada cual por su lado asume la inexperiencia del otro y que todo, a la larga, puede ser cosa de tiempo. O no.

Es una noche en la que nos dormiremos más tarde y diremos cuánto nos queremos al acomodar nuestros cuerpos, tu nuevo cuerpo al mío, que ya no se reconoce tampoco.

***

Terminamos de cenar. Te miro y pregunto:

–¿Recuerdas tu voz? ¿Te acuerdas de cómo era?

–No.

El silencio cae suavemente sobre nosotros.

Dejar atrás el pasado se vuelve un deseo imposible para mí. No puedo evitar volver a él y dejarme apuñalar.

***

Cuando Fernando vino hace unos días a casa a tomar unos gin tonic y después unas buenas copas de vino, comentó que pasaste de ser un hombre introvertido a ser un hombre extrovertido. Es cierto, eres otro, dices lo que piensas, tiras bromas, te ríes más y me lanzas frases melosas al abrazarme y fruncir tus labios desarmados para besarme en la boca, en la frente o en la mejilla.

Eres otro y me gustas. Me gustabas antes, después del nacimiento de los niños un poco menos; ahora me gustas de nuevo. Me gusta cuando conversamos y cenamos juntos sin los hijos encima pidiéndomelo todo. Me gusta que propongas que salgamos a la terraza a tomar una copa y yo pueda fumar un cigarrillo sin que me digas que te molesta el humo o el olor. No creo que eso haya dejado de incomodarte, pero algo se movió ahí, porque ya no salgo a fumar sola mientras tú me esperas en alguna otra parte de la casa.

Después te llevo en la silla de ruedas hasta el baño, te lavas los dientes,

acuesto a los niños, pongo algún cuento o invento algo, busco música relajante; acaricio sus cabecitas sintiendo que estoy en un tren que no se detiene ni se detendrá nunca; gano fe y pierdo fe. Siento culpa por haber tenido poca paciencia en el día, después me apoyo a mí misma, cierro los ojos y me convenzo de que no puedo hacer más de lo que hago. Cuando salgo de ahí veo que has avanzado con la silla hasta el dormitorio, te quito la polera y te pongo una limpia, me preparo para pasarte a la cama.

–Espera. Lo voy a hacer solo.

–No, no. Te puedes caer.

–¡Espera, te digo! –insistes, con ese tono de caverna que anula cualquier nueva intervención.

Pones tus manos sobre la barra metálica, apoyas bien los pies en el piso, te das impulso y logras pasar por ti mismo de la silla a la cama. Quedas de espaldas y pareces una tortuga intentando volver a su posición usual. Eres como una mujer embarazada de nueve meses intentando levantarse.

–¿Te ayudo?

–¡No!

Apoyas los pies sobre el cubrecama, te empujas hacia el respaldo de madera, el hombro derecho se hunde entre los cojines. Es lo único que hago: sacarlo de ahí, ayudarlo a estar alineado.

–Listo –dices después de suspirar–. Ahora pásame el control remoto.

***

Vivo en un indisoluble sentimiento de inadecuación, como la joven Leda Caruso de *La hija oscura*, y también atravesada por una cierta desvergüenza, como la Leda de cuarenta y ocho.

Siento que no tengo nada que perder porque ya he perdido todo. ¿Será que el hecho de haber presenciado la destrucción solo puede sobrevivirse en la más imperfecta mutación? Tanteando, arrastrándose a ras de piso como quien se protege de un escape de gas, sumergida, y, al mismo tiempo, levantándome para no ser arrasada por la ola. Aunque quedarse de pie te bota de todas formas, la espuma y la fuerza del mar impiden abrir bien los ojos, tragas agua, piensas que vas a morir, sales, caes de nuevo, te hundes, la arena húmeda se interna por los pliegues inflados de tu ropa hasta ser socavada, se acumula en tu garganta.

Nicole Krauss escribe en *La historia del amor*:

"Aprendió a vivir con la verdad. No a aceptarla, sino a vivir con ella. Era como vivir con un elefante. Pero su habitación era muy pequeña y cada mañana tenía que batallar para abrirse paso hasta el cuarto de baño. Si quería sacar unos calzoncillos del armario, había que arrastrarse por debajo de la verdad, rezando para que a ella no se le ocurriera sentarse en aquel momento. Cuando cerraba los ojos por la noche, la sentía cernirse sobre él".

Dejarse caer, flotar, estar de pie, caer nuevamente. Soy como un tope de goma que puede empujarse hacia atrás y siempre vuelve a su posición original, aunque averiado. No vuelvo a estar erguida, la posición de siempre es únicamente forma, porque todo ha desaparecido.

No he vuelto a mi posición original, escribirlo sería una falacia. Duermo con otro hombre cada noche y tú también descansas cada noche al lado de la mujer que soy ahora. Y una de esas mujeres que son yo, cuando despierta, esquiva la verdad, aunque al mismo tiempo la acepta dentro de su dormitorio, de su casa, de su cama, algunas de esas noches en que sueltas tu peso sobre mi espalda y la bañas con un dolor metálico ahora que intento subsistir.

***

Guadalupe Nettel escribe en *Después del invierno*:

"Pensé que, así como la primavera sucede al invierno consiguiendo año tras año que olvidemos su crudeza, habría siempre niños jugando y corriendo encima de nuestros muertos. Y que eran ellos, los niños, quienes conseguían mejor que nadie, si no condenarlos al olvido, renovar nuestras ganas de vivir, a pesar de su dolorosa ausencia".

Los niños hacen eso, te sacan de las profundidades del mar más frío. Lo hacen con sus genialidades cotidianas, sus risas, sus abrazos, su ternura, incluso con su necesidad. Te hacen ver que su mundo depende de tu mano, de tu abrazo, de lo que les puedas dar o decir. Y esa misma necesidad, que a ratos es tan luminosa y salvadora, también abre la llave del llanto, te expone vulnerable, te muestra desnuda y sin fuerza; o enojada, gritona, desmemoriada y hecha trizas.

***

He estado muchos días sin escribir. No he podido, no he querido, no lo sé.

Tengo y he sentido muchísima tristeza. He visto todo negro, negándome al panorama general y a la esperanza. He sido poco agradecida porque quiero más y también quiero menos.

Anne Carson escribe en *La belleza del marido*:

"No, no va a pasar ni a tener sentido ni a salir
a la luz en algún lugar
este tumulto de desorden
y dolor es nuestra vida.
Sí.
Lo que llamas libertad. Lo que llamamos amor".

***

Camino con una roca adosada a la espalda, miro el piso, veo la suciedad, los mojones de perro, las manchas en el cemento, los chicles pegados. Después busco el celular y me quedo un buen rato en las postales de Instagram, los atardeceres de un verano que no existió para mí, en las declaraciones de amor de parejas, en las imágenes de madres jóvenes felices y satisfechas con la vida que llevan; intento distraerme con algunos viajes a lugares del mundo donde me gustaría estar, aunque mi pesimismo me hace creer que no lo conseguiré; en las declaraciones de principios y mucho de felicidad fabricada. Sonrisas forzadas, poses ensayadas, lazos que no existen. Y, por muy falso que sea, lo envidio.

Tengo mi propia postal de verano. Son más o menos las seis de la tarde, hace mucho calor, estamos en la parcela que nos prestaron nuestros vecinos Cecilia y Miguel cuando se enteraron de que no podríamos viajar a Iquique por el paro de camioneros. Estamos nosotros, los niños y el auxiliar. Corre una brisa muy ligera, Milan y Greta persiguen al perro, que creen suyo por el tiempo que estaremos ahí, el auxiliar revisa su celular, mientras tú estás en la silla de ruedas con una cerveza en la mano izquierda y la bebes con una bombilla. En el pequeño parlante que tenemos suena "Paisaje" en la voz de Vicentico.

Jamás la lógica del mundo nos ha dividido
Ni el futuro tan incierto nos ha preocupado
Una vez los dos dijimos "Hay que separarse"
Mas deshicimos las maletas antes de emprender el viaje
Tú, no podrás faltarme cuando falte todo a mi alrededor Tú, aire que respiro en aquel paisaje donde vivo yo
Tú, tú me das la fuerza que se necesita para no marcharse Tú me das amor

Sigues el ritmo de la canción con tu pie izquierdo y yo, a unos tres metros, te observo. Miro tu perfil, la mejilla hinchada, la boca chueca, veo la nostalgia en tus ojos. Recuerdas algo, estoy segura, piensas en el pasado, quizás piensas en tu padre, en nosotros siendo dos o en nosotros siendo cuatro.

Tú, corriendo por el pasto, quejándote del calor, pidiendo a los niños que anden con cuidado. Tú, en medio de un lugar enorme que parece sin límites, tal vez te imaginas dando pasos hacia alguno de los cerros, o nadando en la piscina en medio de la nada.

Yo, en cambio, nos pienso caminando juntos y tomando las cervezas de otra manera, en otra vida.

Al anochecer la luna está llena y roja, es como un círculo enorme de fuego. Me asomo a la terraza, la veo y exclamo que es una noche impresionante. Te llamo, vuelvo a llamarte. A través del ventanal te veo dentro de la casa, en la silla de ruedas, con la mirada perdida en algo que no puedo adivinar.

***

Anoche fumaba un cigarrillo en la terraza y podía verte desde afuera. Tu cuerpo encorvado, la mano derecha sin fuerza, la mano izquierda sosteniendo una cuchara con la que recogías los restos del helado derretido del postre. La luz de la lámpara del comedor te alumbraba y el cuadro que se presentaba ante mí lucía como un acierto fotográfico.

La tristeza se asomó entre pitada y pitada. Quise llorar, me contuve.

***

–¿Cómo están ustedes ahora? –me pregunta Vivi.
Por primera vez en mucho tiempo, no puedo responder. Callo unos minutos, dudo.

–Es que mi marido ya no está. Ya no tenemos esa relación.

Clac.

***

¿Y si él no vuelve a caminar? ¿Qué harás si no mejora más de lo que ya ha avanzado?

¿Te quedarás igual con él?

Tienes cuarenta y dos años, eres joven, puedes vivir. No eres Santa Teresa.

Si conoces a otro, a alguien que te mueva el piso, si te enamoras, no huyas. Y no te lo guardes, cuéntamelo, que lo voy a entender.

¿No has pensado en dejarlo con su mamá y que ella se haga cargo? Tienes a los niños.

Tienes que cuidarte y hacer tu vida en algún momento.

No te puedes separar.

¿Lo has pensado? ¿Lo has pensado?

Sí, lo he pensado todo.

***

Es domingo. Los fines de semana son lo menos llevadero, lo más impreciso de los días corrientes. No hay trabajo fuera, los niños descansan y casi no tengo adónde llevar a esta mente que se ataca a sí misma.

Milan y Greta juegan frente a mí mientras tomo un café e intento leer algunas noticias en el computador. Me detiene un impulso, un juego en el que caigo seguido y consciente: retrocedo. Entonces te veo llegar tarde en la noche, con cara de cansado y ropa de trabajo, mientras estoy sentada

exactamente en el mismo lugar en el que me encuentro ahora. Entras a la casa; estás pálido, me dices que fuiste al hospital a ver a Claudio, que te duele la cabeza y que sientes pimienta en el ojo. Te sientas a mi lado, te tiemblan las manos, sientes frío.

¿Y si hubiera hecho algo? ¿Si te hubiera llevado a Urgencias inmediatamente?

Mi mente juega a que llamo a mi padre para que venga pronto a casa porque te llevaré a la clínica. Me dices que sí, que vamos. Salimos rápidamente, llegamos hasta allá, te ingresan de inmediato y te revisan. Tienes la presión alta, "qué bueno que lo trajo", me dice el médico, mientras una enfermera te inyecta algo a la vena para evitar cualquier problema. Esperamos y en un par de horas estamos de regreso.

No hay hemorragia cerebral, no hay destrucción.

A la mañana siguiente estamos juntos, visto a los niños y los llevas al colegio. De pronto, sobrevivir se trata de imaginar. Todo es negación.

OTOÑO

Y, cuando el hacha llega –segura, rozagante, diestra– a quebrar las rodillas, a quebrar el mar helado que, de súbito, es lo único que existe adentro, hay que caer. Hay que aprender a caer […]. *Todo es verdad. Todo está pasando. Todo es real.*

El invencible verano de Liliana, CRISTINA RIVERA GARZA

¿Cómo estás?, me preguntan cada día. Bien, respondo en forma automática y sé que es falso. No quiero contar mi historia a cada persona que reaparece después de la vida de cuarentenas y alcohol gel; no puedo repetir la tragedia una y otra vez para después parecer dispuesta a entregar mayores detalles.

¿Y él tiene licencia por accidente? No.

¿Y te ayuda la isapre? No.

¿En su oficina te están apoyando de alguna manera? No.

¿Tienes apoyo familiar? Poco. Casi nada.

¿Cómo lo estás haciendo, entonces?

Clac, clac.

***

Subsisto en un mundo particular y, para muchos, incomprensible. Lo es, incluso, para mí. No lo asumo aún y mucho menos entiendo cuáles son los mecanismos que se han desplegado para que yo siga aquí sin salir disparada directo a la nada.

Mis primas Swann y Nina, que acaban de perder a su madre, pasaron por Santiago como una escala necesaria antes de llevar las cenizas de mi tía Rebeca a Calbuco. Habíamos hablado mucho por teléfono en este tiempo, nos enviábamos largos mensajes de audio por WhatsApp, nos abrazamos en nuestras pérdidas a la distancia. Cuando nos encontramos y al fin pudimos tocarnos, nos dimos un abrazo breve y no dijimos lo que era innecesario y sabido. Ellas querían verte, ser testigos de tus avances. Hablaron un poco, a ratos no se te entendía bien lo que decías y mi estómago se quemaba, pero, como casi todos lo hacen, ellas se esforzaron por conversar sin incomodarte.

–¿Cómo has aguantado tanto? –me preguntó Nina mientras yo preparaba un té en la cocina.

–No sé. Hay una multitud en esta casa y eso puede ser de lo más agotador. Enfermeras, auxiliar, niños, silla.

Se queda mirando la hoja de planificación semanal que está mal pegada con cinta adhesiva café sobre los azulejos blancos de la pared.

–¿Esas son solo las terapias de R.?

–Sí –respondo, muy asumida. Tomo un poco de té y me quemo la lengua. Desde adentro se oyen las risotadas de Swann y algo de una historia divertida que estoy segura ella ha impuesto en la conversación para divertirte.

–¿Y quién lo lleva?

–Pago un taxi para que el auxiliar lo lleve. Antes lo hacía yo, pero un día terminé tirada en el piso, llorando por lo sobrepasada que estaba, así que busqué una alternativa. Además, tengo que trabajar.

–¿Y cómo estás pagando todo esto?

–Buena pregunta –sonrío–. Tampoco lo sé.

Salimos de la cocina y confirmo que los pedacitos de mi existencia pasada han sido aspirados por el destino como nos deshacemos de las pelusas de las esquinas. Descubro que la ruda ya se secó y que las otras plantas que crecen en la sala podrían seguir el mismo destino.

***

SWANN: Debe ser muy difícil para ti, además de todo, perder la intimidad con él. El ser pareja.

YO: Sí, eso lo que más me duele, sin duda.

SWANN: Eso no lo entiende todo el mundo. Ni siquiera se les pasa por la cabeza lo duro que debe ser para ti.

YO: Así es.

SWANN: Es demasiado.

YO: Lo es.

Extraño caminar contigo de la mano, extraño abrazarte de pie, sentirme pequeña y fundida en tu cuerpo. Extraño contarte lo que pienso, lo que siento, lo que me duele, lo que me alegra y lo que me enoja. Extraño que me llames en horario de oficina para saber si me pasas a buscar porque justo andas en el centro. Extraño ser copiloto y no tener idea de adónde voy porque tú me llevas, porque no necesito saber nada. Extraño que nos escapemos a tomar una copa por ahí, que veamos una

película completa; extraño contar contigo para respirar un poco de las obligaciones y de la vida; extraño todo lo que éramos, aunque estábamos lejos de ser perfectos y no siempre éramos tan felices. Éramos, simplemente.

YO: Me he sentido muy sola.

SWANN: No creo que estés sola, pero debes sentirte muy desamparada.

Desamparada: (persona) que no tiene el amparo, la ayuda ni la protección que necesita.

***

Nos fuimos fuera de Santiago por una noche con Celeste. Casi como si un segundo en falso pudiera quitarme la libertad, busqué la maleta pequeña en la bodega y la colmé de la ropa equivocada y de artículos sin importancia. Hice la peor maleta posible, pero no me importó. Después pasé frío sentada en la terraza del hotel, tomando una copa junto al mar furioso de un día nublado con mi mejor amiga, pero ¿qué más se puede pedir cuando has estado anclada en el fondo de un mar inmenso por una noche interminable?

Pintamos con acrílico mirando el mar, tomamos una copa de vino tinto, nos reímos de lo agotadas que estamos como para preferir dormir que salir a algún lugar. Cenamos algo rico y a las once de la noche estábamos dormidas. Ronqué, desperté solo una vez, casi no me moví en la cama. No habría salido de ahí en un día completo.

Al regreso pasamos al Casino de Viña, recordando esas salidas de solteros los cuatro –Cele, Pablo, tú y yo–; me salió bonus en una máquina, gané tres mil pesos y me di por pagada. Celeste ganó algo más y nos fuimos de inmediato, huyendo de la ansiedad del jugador que cuando gana quiere más y más. Somos las cobardes de las máquinas, las medidas, siempre bajando el mazo antes de llegar al límite. Tú habrías jugado lo ganado, eso es seguro. Por eso sentí un nudo en la garganta cuando se abrió el ascensor en el primer piso del Hotel del Mar, porque esos paseos eran contigo, eran de nuestro grupo. Nos reíamos fuerte, nos tomábamos una copa, no teníamos hijos aún y acostarnos a las cuatro de la mañana no nos afectaba en nada. El nudo fue porque te extraño y a veces eso se manifiesta como el comienzo de un ataque de pánico que yo freno.

¿Te conté que cuando Bea me sacó ese par de noches a la playa nos

emborrachamos haciendo la lista del acueste? –pregunté cuando regresábamos a Santiago.

–¿Lista de qué?

–De los tipos con los que nos hemos acostado.

–¡Mentira! –gritó, soltando su carcajada infantil de siempre–. ¡No tengo memoria para eso!

–Solo voy a decir que me quedé bien atrás. Beatriz recordó cincuenta hombres. No los cincuenta nombres, pero sí algo de ellos, el contexto, la situación.

Cele rio de buena gana y bajó la velocidad. Pude intuir lo que iba a decir y acerté:

–Tenemos que hacer esa lista. Saca un papel –propuso de inmediato.

–¡No tengo papel! Además, ya la hice, se me olvidó.

–¡Imposible, a ti no se te olvida casi nada! Además, siempre tienes lápiz y papel.

Tenía razón, tenía mi agenda y un lápiz de pasta negro. El resto del viaje fue un delirio de nombres, apellidos mal pronunciados, cambios de locación: estacionamiento, no, en realidad fue en un mirador, con carabineros y retención en la comisaría hasta que llegara un adulto a cargo. Risas eufóricas, nos subió la presión, me atoré de tanto reír, Cele gritaba que si seguíamos así íbamos a chocar o se iba a mear. No llegamos al número de Bea, pero sí descubrimos nombres nuevos la una de la otra, confirmando que no siempre contamos todo. En un momento dije que la mejor relación que he tenido ha sido contigo, que el sexo era perfecto para mí, que gocé cada minuto desde que empezamos a salir, siempre pensando que no iba a durar mucho porque de lo bueno poco, se sabe. Por mi cabeza pasó el recuerdo del día después de nuestra segunda salida, cuando no nos separamos hasta las diez de la mañana. En la tarde llegaste con una caja de chocolates belgas de una tienda que desconocía y yo estaba con Celeste, que había ido a verme para saber todos los detalles de la noche anterior. Se saludaron, ella sonrió, y cuando fuiste al baño me miró sonriente y sentenció: “Huevona, te vas a casar con él”.

***

Francisco Goldman escribe en *Di su nombre*:

“¿De verdad está pasando esto, mi amor? ¿De verdad estoy de regreso

en Brooklyn sin ti? Durante el primer año de tu muerte y ahora, he salido a la calle por la noche, subo por un lado de la calle y bajo por el otro, entreteniéndome en las ventanas empañadas y leyendo los menús que conozco de memoria, pensando qué tipo de comida rápida debería elegir para la cena, en qué restaurante barato debería comer esta noche, a qué bar habría de entrar para tomarme un trago, o dos o tres o cinco y no sentirme solo esta noche pero ¿en qué lugar no siento una soledad chocante?".

La soledad chocante de la que habla Goldman la siento casi todo el tiempo. Mentiría si escribo que hay excepciones, que cuando estoy con mis hijos no se manifiesta, o cuando salgo con amigos. Todo el tiempo, absolutamente en todo momento siento una carencia, un vacío. Cuando voy a dejar a los niños al colegio, cuando conduzco hacia el trabajo, cuando bebo un café caminando por algún sitio; cuando hago cualquier actividad "para padres"; cuando voy sola al matrimonio de amigos que valen el esfuerzo que me significa.

No existe un número de copas que despejen esta soledad, ni una cantidad de cigarrillos que levanten mi ánimo y me hagan más optimista. Exploto en llanto un domingo por la noche porque llevo horas y horas conteniendo la pena, la frustración, la rabia. "¿Por qué estás llorando, mamá?", pregunta mi hija. Me seco rápidamente las lágrimas, me siento culpable por el desarme ante ella. "Tengo pena, nada más. Las personas tenemos pena", respondo. Pero no es solo eso y yo lo sé.

Me preguntas por qué estoy tan enojada.

Estoy tan, pero tan enojada. Con tantos. Por tanto.

Durante la cena en el matrimonio de Renato y Sofía conversé mucho y hasta sonreí. Minutos antes, durante el cóctel, me arrimé a una mesa sin gente, donde había un cenicero, y ahí, mirando la postal de un Santiago bajo e iluminado, esperé a sentirme más cómoda en un lugar donde no conocía a nadie más que a los novios. Después bailé un poco, bailé sola, rodeada de otras y otros que también habían ido sin pareja. Te extrañé. Me dolían las piernas por los tacos, que volví a usar después de meses de pandemia y encierro, en los cuales las zapatillas fueron de gran ayuda. Bailé solo para moverme, no sentí ninguna felicidad. No me sentí ni alegre ni emocionada por el respiro que puede ser para alguien como yo salir de su propia rutina por un momento. La verdad es que no sé si estoy preparada para salir todavía. Pensé que sería más leve, más simple, pero el vacío se cuela en mis zapatos, en mi ropa. Me persigue.

¿De verdad está pasando esto?

Esa noche me acuesto tarde, convencida de que nuestros hijos estarán en pie en apenas cinco horas, listos para pedirlo todo. Al despertar me pides que te cuente cómo estuvo el matrimonio y me dices que te cuesta creer que haya ido sola. Siento tristeza por tu inseguridad y porque crees que miento. No te miento, digo, fui sola, y en esa soledad ocurren muchas cosas en mi cabeza y en mi cuerpo; a veces me ahogo; a veces quiero llorar delante de desconocidos; a veces hablo sin parar como si de esa manera se cubriera parte del pozo seco que llevo a cuestas.

–Si fuiste con alguien puedes contarme –me dices.

Podría contarte sobre mi soledad y cada uno de sus síntomas, pero callo. Minutos después, me levanto, entro al baño, me cubro la cara y lloro.

***

Te he soñado en silla de ruedas, que alguien te lleva y después intentas ponerte de pie para saludar a un desconocido que te acaban de presentar.

Te he soñado de pie, aferrado a mi cuerpo, dando pasos lentos, con las piernas más rígidas y los pies nerviosos.

Te he soñado caminando, con el rostro de antes, como si nada de esto hubiera pasado. Estamos de viaje en algún lugar con mar, con piedras enormes que forman figuras y muros donde rompen las olas en las noches. Nos tomamos de la mano, nos besamos, nos buscamos. Cuando despierto de todos estos sueños, mis días avanzan en una larga lista de deberes, de horarios que debo cumplir, de ropa que ordenar, mochilas que hacer, algunas tareas con los niños, colaciones, pedidos de supermercado en el teléfono y un par de momentos oscuros en los que se asoman las imágenes de esa noche de julio y termino sollozando apurada en el auto o antes de salir del baño, o en el ascensor, la calle o la cocina.

***

Estoy leyendo *Paula*, de Isabel Allende. Lo leí en 1992, cuando se publicó, tenía trece años y una empatía sobre-

desarrollada frente al sufrimiento ajeno. No me cabía en la cabeza la pérdida de un hijo, lo imaginaba como un dolor inmenso, una enfermedad sin cura. Y ahora que el duelo está instalado en mi vida y no se puede hacer mucho para fingir que no existe, volví a este libro.

Isabel Allende perdió a su hija por una enfermedad llamada porfiria. Paula tenía veintiocho años cuando se agravó y quedó en coma en un hospital de Madrid, y apenas llevaba un año de matrimonio. Su marido, Ernesto, iba a visitarla cada día y le hablaba en susurros, le llevaba algodones con su perfume para dejárselo bajo la almohada y que así ella no lo olvidara; llevaba el chaleco que a ella le gustaba para que lo tocara con sus yemas frías y casi muertas, y le hablaba, aunque su mujer ya no estaba ahí.

Me vi a mí misma en esas páginas, yo en esos largos días y meses que estuviste hospitalizado; en esos primeros momentos en los que te hablaba y al parecer mi voz aceleraba el ritmo de tu corazón, aunque tus ojos estuvieran cerrados y no te movieras. En una de esas visitas, que podían durar solo sesenta minutos, busqué mi celular, lo limpié con alcohol, programé una canción de Cindy Lauper (que siempre te ha gustado, porque, como repites –medio en serio, medio en broma–, siempre te han gustado las locas) y sonó "All through the night". La voz de Lauper se impuso a los múltiples sonidos de las máquinas, entre las mangueras, un tubo, el ventilador mecánico, mis sollozos y el pánico.

All through the night
I'll be awake and I'll be with you
All through the night
This precious time when time is new

Oh
All through the night today
Knowin' that we feel the same without sayin'
We have no past, we won't reach back
Keep with me forward all through the night
And once we start, the meter clicks
And it goes running all through the night
Until it ends, there is no end

***

Isabel Allende escribe en *Paula*: “Tuve el presentimiento de que una desgracia fundamental nos había desviado las vidas”.

¿Podría ella haber escrito sobre otra cosa que no fuera lo que estaba viviendo, aquel 8 de enero, fecha en la que empieza un libro cada año? ¿Podría haber escrito sobre otro asunto que no fueran su hija Paula y el tiempo? Probablemente no. A veces, cuando algo se cae y se quiebra, creemos que escribirlo, que darle forma, voz y otra vida, puede salvarlo, o salvarnos. El tiempo. Me cuesta mirar hacia atrás, distraerme en los costados, dejarme caer en los bordes confusos de la memoria. Me cuesta también mirar hacia adelante e intentar responder a la pregunta sobre qué pasará.

¿Qué pasará?

¿Y si no pasa nada más y todo se queda como está? Clac.

Isabel Allende sobrellevó sus días en una clínica de Madrid contándole a su hija sobre el pasado, sobre la historia de su familia. Yo vivo cada día como si subiera un cerro sin alcanzar jamás la cima, deteniéndome a jadear sentada en el polvo, a veces tan derrotada; aunque en otros momentos solo tomo aire, inhalo, exhalo, bloqueo, me levanto y camino un poco más.

En otras oportunidades retrocedo y es como volver a empezar. Un constante círculo. Ir, avanzar, regresar al mismo lugar.

¿He aprendido algo? Sí, que el dolor es solo dolor. Punzante, sádico e invasivo.

***

Hace unos días se celebró en Chile el Día de la Madre. Cuando vivía con la mía era la encargada de coordinar a los hermanos (esos que hoy no están) para reunirnos. No era nada de fácil y casi siempre el encuentro resultaba una de esas experiencias que quisiéramos devolver a algún sitio, así como se hace con los zapatos que te quedaron apretados y en realidad ya no te gustan tanto en ti como sí lo parecían en la vitrina luminosa de la tienda.

Cuando me fui a vivir sola, en ese bendito tiempo en el cual nunca tuve miedo y me sentí la mayor parte del tiempo muy libre, estas celebraciones significaban salir a almorzar con mis padres a algún restorán, los tres; en las tardes aparecían mis hermanos con sus parejas y sus hijos, y yo, que entonces estaba soltera, a veces celebraba a la casi suegra de turno o

simplemente me daba por liberada del asunto. Ya cuando vivíamos juntos con R. solíamos almorzar con una de las madres y cenar con la otra.

Estando ya embarazada de Milan, se asumía que ya calificaba para ser homenajeada y la celebración era con nuestras madres, todo junto, por un asunto práctico y principalmente porque una segunda celebración siempre era menos esperada y disfrutada, pues ya habíamos comido y bebido demasiado. Después nacieron nuestros hijos y continuamos con esa rutina en nuestra casa cada mes de mayo, hasta que este año decidí terminar de una vez con los almuerzos, que demandaban muchísimo trabajo y que no me hacían sentir ni medianamente celebrada. Además, desde julio a esta parte ha corrido tan poca agua bajo el puente y se han acumulado tantas piedras en nuestra estructura familiar que no tiene sentido seguir reuniéndonos a beber nuestro vino fingiendo que todo está bien y que hay algo que celebrar. Porque, claro, todo está muy mal.

Encargué unas pastas y salsa, armé el almuerzo y este Día de la Madre fue bastante parecido a las pesadillas que me produce (creo) el cuarto de quetiapina que estoy tomando para dormir desde hace poco más de un mes. Fue una especie de tortura interminable que empezó con Milan y Greta peleando cada exactos veinte minutos y en el intermedio pidiendo comer todo lo que había en la casa, por lo tanto, grité, me enojé y acumulé cortisol como desde hace mucho tiempo no lo hacía. Como todo puede ser peor, la jornada acabó con R. y yo tirados en el cemento del estacionamiento cuando intenté transferirlo del asiento del auto a la silla de ruedas porque los niños –siempre comportándose como los seres hiperventilados que aquel día solo jodieron mi existencia– bajaron del auto y se cruzaron entre nosotros en mitad de la hazaña.

Lloré por horas. Tú estuviste sentado en el piso hasta que un conserje vino a auxiliarnos y yo reviví, en parte, la desesperación e impotencia de aquella noche de julio.

Una vez que entramos a casa, tuve que fumar un cigarrillo para detener el llanto y después me sumergí en una tina de agua caliente con sales y manzanilla que me regaló mi amiga Victoria en agosto del año pasado y que había podido usar solo dos veces.

Bebí un whisky con hielo.

Fumé un par de cigarrillos más.

Después bebí una copa de vino.

Me sentí muy, pero muy infeliz.

***

Casi en cada oportunidad que debo narrar el resumen ejecutivo de mi teleserie familiar, quien me escucha sacude la cabeza, me halaga con la admiración que siente por mí y me aconseja buscar momentos de distracción. Creo que, a pesar de asumir que esas instancias son muy escasas, algo he podido conseguir en estos últimos dos meses:

- Leer dos o tres páginas de *Fármaco*, de Almudena Sánchez, en el Kindle que le compré a R.
- Tomar una copa de vino sagradamente todas las noches, después de acostar a los niños.
- Ver algún fragmento de malas películas que ayudan a evadir, como son las dos de *Sex and the City*, y confirmar lo pésimas que son.
- Recostarme en la cama junto a R., abrazarlo, apoyar mi cabeza sobre su pecho y dejar de pensar en la pesadilla que es todo esto.
- Tomar un café o una copa con alguna amiga, o con mi amigo Fernando, que siempre me hace reír.
- Vitrinear en el sitio web de Zara y volver, una y otra vez, a esa falda hasta la rodilla de lentejuelas verde oscuro, seleccionar la talla, agregarla al carro y no comprarla.

***

La muerte se ha asomado nuevamente y se manifestó en la trágica pérdida de mi jefe anoche: ha muerto su hijo menor. La noticia nos golpea en el trabajo, donde han ocurrido muchas tragedias en los últimos años: enfermedades graves, muertes inesperadas, accidentes gravísimos como el tuyo, un suicidio y ahora esto. No conseguimos salir de un duelo para entrar en otro, los pies nos pesan, apenas hablamos entre nosotros, veo

desfilar ojos humedecidos, se huele la tristeza y los colores desaparecen.

El funeral fue en el Parque del Recuerdo. Varios de mis compañeros y yo sufrimos algo de síndrome postraumático al volver allí. Yo, al menos, no pisaba el suelo de piedrecilla blanca desde el 16 de julio del año pasado, cuando fue el funeral de tu padre. Ver el cajón bajar me recordó cuando el de Claudio descendió a las llamas del crematorio, en un día gris en el cual no sabía bien por quién estaba llorando más, si por él o por ti.

Las palabras en el funeral fueron bellísimas, las lecturas, los recuerdos, las reflexiones, los agradecimientos al joven muerto. Se habló de la incondicionalidad del amor y de la necesidad de entender que salvar a una oveja perdida es más valioso que dejarla ir y conformarse con las noventa y nueve que están bien. Se trata de asumir la dificultad como un acto de amor. Me quedé pensando en eso y lo confirmo: sin amor es imposible asumir el obstáculo, porque abandonarías la misión de inmediato.

Que te ame, Flaco, no significa que cada poderoso día no cueste. La ayuda decrece, tal como me lo anticiparon hace varios meses, y la energía escasea. La frustración, deforme y expansiva, se instala en distintos momentos. Sonrío cuando, al escribir estas líneas, se asoma en mi mente la imagen de una hoja café, un informe añejo del jardín infantil Gasparín de la calle Simón Bolívar que anuncia a mi apoderada que su hija de cinco años tiene muy poca tolerancia a la frustración. ¿Acaso a esa edad algún niño o niña la ha desarrollado? Por supuesto que no, pero, tranquilos, no pequemos de entusiastas, la vida se encargará de empujarnos a aprender.

La vida te exige. La muerte, también.

Me quedé con una imagen grabada del momento en que mi jefe, motivado por su familia, se acercó al cajón abierto con cierta resistencia. No quería ver a su hijo muerto, así como casi todos nos negamos a ver la realidad tal cual es, aferrados al pensamiento pueril y fantasioso de que las cosas podrían no ser definitivas.

Ver muerto a quien amas, a quien has creado y formado, a quien te llamó papá, te abrazó, discutió contigo, te amó y probablemente te echó de su dormitorio en la adolescencia, debe ser uno de los momentos más indescriptibles que un padre o madre pueden vivir. Como han escrito Aidt, Didion, Bonnett y Nettel, no hay nombre para quien pierde a un hijo. Existen los huérfanos, los viudos, las viudas, pero para aquello que te despojó de tu propia carne no hay palabra.

Y si me apuras, creo que para lo que estamos viviendo, o más bien, lo que a mí me toca de esta historia (porque no puedo escribir por ti), el nombre de esta pérdida, de este duelo que tiene que ver con nosotros,

contigo y conmigo, con lo que éramos y ya no, no se ha creado. No soy solamente una cuidadora, una mujer de cuarenta y algo a la que le "tocó" cuidar a su marido enfermo. Soy una mujer de cuarenta y algo que encontró algo que buscaba, que fue feliz, que tuvo una vida con el hombre que eras, que planificó, contra todo pronóstico, armar sus días a tu lado, tener hijos, y que también aceptó la resta de bienestar que eso significaría en muchos aspectos. Soy una mujer que te perdió.

***

La verdad, en mi caso, se reveló con mayor claridad después de nuestras fallidas vacaciones. ¿En qué cabeza cabe que, dadas las circunstancias, yo podría haberme hecho cargo de una familia completa, un marido discapacitado, dos niños y un auxiliar en un viaje en avión hasta Iquique para permanecer seis días allí? Un imposible. Un desastre. Sin duda, la experiencia me habría consumido, pues por bastante menos (unos cuantos días en una parcela) me vi tirada sobre el piso, llorando y rogando un mensaje del más allá que me aconsejara qué hacer. Tuve que llamar a mi psiquiatra de urgencia, tener una consulta remota y mostrar algo de mi desamparo a través de la pantalla. El resultado fue una orden médica de cien milígramos de desvenlafaxina, al aumento de quetiapina para dormir y cinco milígramos de Rize en caso de mucha angustia.

Pero a veces no hay pastillas ni medicación que te salven, y desfalleces. El cuerpo hace memoria, el cuerpo despierta y se recuerda a sí mismo que está enfermo, que lo ha estado por años, aunque tú y todos los demás lo hayan olvidado. Con los días empecé a reconocer algunos síntomas: se me caían los objetos de las manos, las piernas se descoordinaban y me tropezaba seguido; me aparecieron hematomas en los muslos de tanto chocar con los muebles sin darme cuenta, se me alteró el sueño y en varios momentos de la semana no podía dejar de llorar. Las cicatrices de mis lesiones medulares reaccionaron y mi cerebro se inflamó.

Tengo un brote, dije.

Tienes que estar bien, L. Tú sostienes a esta familia, me dijeron.

Tengo esclerosis múltiple y un marido enfermo, aclaré.

Hoy por ti, mañana por mí. Míralo, él está mucho mejor. (No soy invisible).

No va a pasar nada. Tú eres fuerte, Dios sabe a quién le manda a estas

cosas, a los que las pueden soportar. Y tú puedes porque eres fuerte, me insistieron.

(Váyanse a la mierda).

***

A ratos me siento como la mujer del medio kilo de jamón, como se define la madre de *This is Us* en uno de los capítulos, cuando se da cuenta de que la rutina de los hijos y de la casa la convirtió en esa señora para los ojos del hombre que vende los abarrotes en el supermercado, y en madre para el resto del mundo, como si ser mujer ya no fuera necesario. Como si fuera solamente una etapa que se ha ido. Ser joven, atractiva, deseada por alguien más; poder salir a divertirse, reír a carcajadas, emborracharse con amigas, recordar viejos tiempos bailando en algún lugar.

En mi caso, soy madre y cuido a mi marido, soy la que coordina el transporte para sus trayectos a diversas sesiones de rehabilitación cada día; paga tantas cuentas que nuestro hijo me preguntó una vez si trabajaba en un banco. Soy una mujer que trabajaría más si pudiera para tapar tanto hoyo financiero y que, cuando tiene la opción de salir de la casa a tomar una copa y fumar un cigarrillo sin que alguien le pida algo, corre como Ewan McGregor al inicio de *Trainspotting*. Ni siquiera me cambio de ropa, mucho menos me maquillo, solo quiero estar en la calle, respirar la vida de otros, escuchar el murmullo de las conversaciones ajenas, mirar cómo se visten las otras mujeres y a veces sentirme de la Unión Soviética ante accesorios que ni siquiera sabía que existían.

¿Cómo estás? ¿Cómo está R.?

Por favor, todavía no hablemos de mí.

(Necesito saber de otras historias, me cansa mucho relatar la mía. El día a día). Llevo meses respondiendo lo mismo: "Está avanzando, pero es lento".

Anoche soñé que hablaba con un hombre desconocido que supuestamente me conocía y también sabía de estas situaciones. Él me decía que tu recuperación podría tomar tres años.

Clac.

Tengo sueños largos últimamente, cortometrajes que parten bien y después derivan en pesadillas. Mucho mar, mucho oleaje; sueño que ando perdida y no encuentro alguna dirección, que subo y bajo escaleras sin

descanso; que voy a un lugar y debo devolverme una y otra vez por el mismo camino porque olvidé algo. Camino, camino y camino, por el mismo sendero, una y otra vez. También me he soñado en París y en algún lugar de España; he soñado repetidamente que estoy en un avión rumbo a Nueva York para estar con mi amiga Victoria. Hace un par de noches soñé que iba a una fiesta muy glamorosa en algún lugar extraño pero amable, envuelta en un vestido rojo del tipo gala del Met y un abrigo que flotaba cuando yo caminaba. Estaba con amigas, conocía a gente nueva, no era yo.

Milan despierta en las mañanas a mi lado y Greta sobre mí muchas veces. Cuando abro los ojos estoy en la cama de mi hijo y no recuerdo el trayecto de mi habitación a la suya. Duermo con ellos más que junto a R. y despierto tantas veces en la noche que Milan me dibuja con una sombra lila bajo los ojos.

No siento casi nada. Nada me seduce, nadie me seduce y me cuesta imaginarme en esa situación, como si hubiera sufrido una trombosis hormonal y ser objeto de deseo fuera un imposible.

¿Soy la señora del medio kilo de jamón?

***

Lo que he estado escribiendo ha estado guardado para mí, como todo lo que hago. Pero ¿qué es esto? ¿Estoy escribiendo una novela? No. ¿Estoy escribiendo una especie de autobiografía acotada a un periodo desgraciado de tiempo? No, qué pudor, además, ¿a quién podría importarle lo que estoy viviendo?

¿Qué es esto, finalmente? ¿Un ejercicio, autoterapia, autocuidado? Lo cierto es que solo escribo e intento entender o, al menos, redactar la realidad a tropezones. Escribir me ha ayudado a no irme a la mierda, porque cada vez que estoy junto a una amiga y entramos en este temporal no consigo decir lo que debo decir, quizás porque tampoco tengo la capacidad de tomar los hechos como verdaderas piezas de un puzle y describirlas. He perdido vocabulario, las palabras se esconden, los conceptos son difusos, me estoy quedando muda y no quiero. Necesito hacerme entender.

La única amiga a la que le he compartido estas páginas es a Julia. También ella fue la primera persona con quien, fuera del núcleo más

cerrado, me reuní después de lo que pasó. Nos juntamos una mañana en un café cerca de mi casa, nos miramos, nos abrazamos y lloramos tomadas de las manos en un día gris sin fecha. Otro día, como varios en que nos mensajeamos, conversábamos sobre uno de sus proyectos audiovisuales y le dije "me equivoqué de ocupación, muero por estar en un rodaje. Ahora estoy en esto". Entonces le mandé un pantallazo de la portada de este documento. "Quiero verlo. Muéstramelo cuando se pueda", me respondió. Y se lo envié.

Escribo. Intento entender.

***

Milan cumplió seis años. Después de veinticuatro meses de restricciones, cuarentenas y una tragedia familiar latente pudimos celebrarlo. Los números no dan, pero a todo dije que sí: animación, luces, música, una torta para la celebración familiar, otra torta para la fiesta con los amigos; celebración en el salón de eventos de nuestro edificio, confites varios, dos regalos para él de parte de sus padres.

¿Me endeudo? Me endeudo. Ya perdí la cuenta de todo el dinero que debo. Pago, pago, pago. Deconstruyo líneas de crédito, las relleno artificialmente, las dejo volver a cero después. Todo es volver a la nada, empezar de nuevo.

Casi no tengo energía, pero me autoricé a hacer todo lo que se me ocurrió para el cumpleaños de mi hijo: desayuno juntos y una vela en un rollo de canela; almuerzo con los padrinos, Cele y Pablo, y su prima Victoria en un restorán con patio y aire nuevo; una tarde de torta y pan amasado con los nonos y la abuela. Sentarme, ponerme de pie, sentarme, ponerme de pie. Todo para recordar aquel 21 de mayo en que nació nuestro hijo, a las 4:32 a.m., para no dejarnos dormir nunca más. Esa madrugada en que vi salir de mí la mitad de su cuerpo y me miró con sus ojos curiosos y enormes, los brazos abiertos y el llanto de su arribo a este mundo con padres sollozantes que susurraban su nombre. Tú llorabas, Flaco. Creo que entonces te había visto hacerlo antes solo una vez.

¿Acaso imaginamos alguna vez, después de aquella madrugada abrazando a nuestro hijo, que podríamos estar en esta situación? ¿Aceptamos, aunque fuera por descuido, que alguno de los dos podría fallar, enfermar o morir? Yo, que tengo una enfermedad desde hace tanto

tiempo, taché esa opción en el guion. Y es tan iluso, porque aquí nadie puede saltarse nada.

Después de todas las celebraciones del 21 de mayo, en la noche y cuando apenas me quedaba aire, sentí un asomo de felicidad después de tanto baile, risas, niños alegres y padres agradecidos. Tú y yo estuvimos junto a Milan cuando apagó las velas por tercera vez, y solos, ya cuando ellos dormían, tomamos algo y te dije: "Salud porque estás aquí". No imagino cómo habría sido este cumpleaños de otra manera, ya me parecía difícil ver las fotografías de la celebración del año anterior, cuando estuvimos con mis padres y los tuyos desafiando el encierro. Tu padre vivo, con nosotros. Como ves, es inevitable mirar atrás, pese a que diariamente hago un esfuerzo consciente por quedarme aquí, en el hoy, aunque duela y no me sea cómodo; en una rutina de deberes que me consume. Intento –y lucho contra mi propia naturaleza– ser positiva, sonreír, ver el vaso medio lleno.

Todo siempre pudo ser peor.

Hay mucho que aún podemos recuperar.

***

Tengo pesadillas casi todas las noches. Malos sueños que se mezclan con escenas de días luminosos, mar turbulento, aguas cristalinas que dejan ver rocas, otras que muestran corales y otra vida allá abajo, donde no estoy. Persecuciones, asaltos en la calle, pérdidas (el auto, las llaves, una reunión) habitan en mis sueños junto a parques coloridos, senderos que llevan a una piscina enorme en un día de calor, una casa que no es mi casa donde descubro un nuevo espacio que no estaba considerado: otro dormitorio, un jardín interior.

También sueño que se me caen los dientes y se acumulan, ya quebrados, dentro de mi boca. Grito, me resisto, lloro, los retengo, pero termino escupiéndolos. Ruego en mi sueño que no pase nada más, nada malo. No más.

***

Deambulo, fragmentada. Lo confirmo al estar sentada en el fondo del salón en la presentación de un libro.

No solía ir a estos eventos, incluso antes de la pandemia, porque la energía no me alcanzaba entre el trabajo y los niños. Cuando trabajé como editora de cultura y espectáculos tampoco asistía; la culpa, obviamente: si había estado casi todo el día fuera no era posible seguir de largo y llegar cuando mis hijos ya estuvieran dormidos. Eran muy pequeños, unas guaguas, pensaba. Aunque tenían a su padre.

Hoy acudo a la cita riéndome de mí misma porque la semana pasada, siempre perdida en el tiempo, llegué a este mismo lugar después de organizar la casa para poder asistir. Estaba oscuro, cerrado, revisé la invitación y me llevé la mano a la frente, como hago cada vez que se me confunden u olvido fechas, celebraciones, cumpleaños, nombres. La invitación decía 25 de mayo. Hoy.

La autora explica la génesis de su historia y yo, de alguna manera, me felicito por haber salido de casa, aunque al mismo tiempo me siento totalmente fuera de lugar, lo que no sería extraño si no fuera cierto que conozco al menos a quince personas de las que están ahí: periodistas, escritores, columnistas, actores. A varios y a varias los he entrevistado y no debería sentirme ajena. Sin embargo, cuando termina la presentación no hago más que levantarme de mi asiento y salir del salón a comprar el libro. No me acerco a nadie, no busco miradas conocidas bajo las mascarillas, nada. Me escondo. Quizás evito que me saluden porque ya no sé mentir después de un cómo estás. No puedo responder: “Bien” y seguir. Necesito dejar de repetir “bien” como un robot.

Confirmo que mi cerebro está desarmado en dos sentidos: carece de algunas herramientas (temporalmente, asumo) y se han separado y desordenado algunas piezas. No hay pausa, no existe el momento de respirar y mirarme, de ordenar algo, de reparar. Estoy en un sitio y al mismo tiempo no; vivo un momento y me parece que es ficción, mi propia historia y a estas alturas mi propia vida lo parecen.

Almudena Sánchez escribe en *Fármaco*: “Nada es tan grave después de un paseíto en brazos del diablo”.

Lo tomo como un consuelo.

¿Por qué floto en un lugar como este?

¿Por qué no puedo estar realmente?

No soy reconocible.

A veces soy invisible.

En la fila para la firma de libros se me acerca una escritora que me

reconoce y que sabe lo que pasó. Le cuento parte de lo que ha sido este tiempo, y siento, siento tanto. Quiero llorar, me contengo. “Es mucho para ti, tanta sobrecarga, L., qué duro”, me dice. “Durísimo”, le digo, aunque la verdad es que no conozco las palabras para describir todo esto. No las tengo, me quedo pensando en mi propia forma de intentar expresar lo que no alcanza con las palabras, así como las pastillas o la meditación apenas rozan mi tristeza.

Nuevamente Sánchez: “Es de justicia humana que el tropiezo triunfe. Que se nombre, que se oiga, que vibre. La manía de la moda de la autoayuda al vertedero y a llorar y a llorar, a levantar la tapa de la desolación. Que somos personas perdiendo amores preciosos por el camino. Y duele como un rayo”.

Es una ironía cruel que siendo una creadora de historias desde siempre y una escritora desde hace años no pueda aprehender las formas necesarias del lenguaje para darle un nombre a lo que he vivido más allá de lo coloquial: una pesadilla, una ola enorme, un infierno. Estando aquí se asoma una única palabra, un grito: ¡DUELE!

***

Nos juntamos con Julia a comer algo y conversar. Llega con una bolsa de papel café que extiende hacia mí.

–¿Y eso?

–Te traje un regalo.

Abro la bolsa y descubro que es la falda de lentejuelas verdes de Zara. Sonrío y la abrazo.

–Para que te la pongas cuando quieras.

–Apenas salgo a la calle. Tendría que usarla en mi terraza –bromeo.

–Es para que la uses donde quieras. Aunque sea fumándote un cigarro en la terraza.

***

Estoy con un resfrío horrible. Perdí la voz nuevamente, seguro por un

bicho que alguno de mis hijos trajo desde el colegio; seguro también por estrés.

Una madre no puede enfermarse, menos si el padre ya lo está. Los hijos no entienden de decaimiento, de cansancio, de congestión nasal, así como tampoco entienden de angustia, de irritabilidad o dolor del otro, no el físico.

"El papá está enfermo, Milan está enfermo, yo estoy enferma y la mamá está enferma", dice mi hija de cuatro años. "¡No podemos estar todos enfermos!".

***

La rabia me ha dominado durante todo el día. Es sábado, no me siento bien y el día es tan gris como mis pensamientos. Leo un poco, me saco el pijama tarde y sirvo el almuerzo con una sensación de injusticia enterrada en la columna. Solo quiero estar recostada, descansar, cerrar los ojos. No quiero más que el auxiliar te cuide, no quiero que requieras ser cuidado, quiero un sábado en familia como antes, aunque no hagamos nada, sin testigos, sin silla de ruedas. Quiero un sábado que no tenga nada de lo que tiene este, solamente tú, los niños y yo. Pero tú, el tú de antes.

Antes no existe y a mí me dan ganas de no existir.

–Espero que puedas perdonarme si no puedo más con esto –te digo. Ya es de noche y estamos solos sobre la cama.

–Entonces no me quieres tanto. ¿Prefieres que me vaya?

–No quiero que te vayas a ninguna parte, Flaco. Nunca quise que te fueras.

–¿Crees que estarías mejor sola con los niños?

–No.

–¿Estarías mejor si me hubiera muerto?

–No digas huevadas, por favor.

Te abrazo, mis piernas se enredan entre las tuyas, pones tu cabeza junto a la mía y presionas suavemente. Lloro, sintiéndome muy culpable. ¿Hasta cuándo voy a rebelarme contra lo que pasó? ¿Cuándo lo asumiré? ¿Cuándo me voy a acostumbrar?

Han pasado casi once meses y todavía me estremezco con el sonido distorsionado de tu voz diciendo que no me puedes hablar. Sobre esta cama, en este mismo dormitorio.

¡Mierda! Los recuerdos son fantasmas asesinos.

***

Vamos al banco el auxiliar, tú y yo. Me estaciono en el espacio con letrero azul en el que solo dejé el auto alguna vez cuando estaba embarazada. Bajamos, entramos, preguntamos por tu ejecutiva de inversiones y una mujer nos dice que ya no trabaja ahí; tú explicas lo que necesitas con una voz profunda a la que a ratos le falta el aire. Ahora es más difícil hablar rápidamente, mides cada palabra, la piensas con tiempo, no quieres que te interrumpan. Tu voz retumba en el piso blanco y silencioso, en los paneles de vidrio que separan los escritorios. La silla de ruedas amenaza con no pasar por los recovecos. Siento un ardor en la cara, este lugar no parece construido para recibir a clientes en silla de ruedas y, con un poco más de atención, sus funcionarios tampoco saben cómo abordarlo. Se entrampan física y verbalmente, callan, se miran; otros te hablan en un tono más alto de lo normal y que no necesitas para que los escuches. Te hablan leeeento, como si tu capacidad de comprender también lo fuera. Se muestran claramente incómodos con tus carencias, quedan mudos cuando explicas que tuviste un accidente cerebrovascular y asienten inseguros, después intentan darte espacio para pasar de una oficina a otra, pero al mismo tiempo, sin quererlo, te ahogan con sus cuerpos y su torpeza.

Te acompaño sin abrir la boca, no voy a hablar por ti; solo te digo, en voz baja, que no repitas tanto lo que necesitas porque creerán que quedaste mal de la cabeza. Me dices que repites la indicación porque te das cuenta de que ellos no tienen idea de lo que tienen que hacer. Río por dentro y concuerdo: el ejecutivo se disculpa porque es nuevo (llegó hace unos tres meses), toma notas en un cuaderno con un lápiz Bic sin tapa y se dirige a ti como si fueras un señor muy mayor que está cerca de ver la luz divina.

Hay muchos silencios, mucha incomodidad y miradas de escritorios lejanos que no tendrían por qué buscarte. No eres una novedad, no eres especial, solo estás recuperándote de una hemorragia cerebral a tus cuarenta y ocho años, y por eso estás en silla de ruedas.

Confirmo nuevamente que es mejor ocultar enfermedades y sufrimiento, pues se huye de ellas como si la desgracia fuera contagiosa. ¿Nosotros éramos así antes? No lo creo, siempre he caminado al borde del

abismo, orillando una quebrada. Soy de las que busca la historia, quien escucha y se asoma por si puede ver un cuerpo herido. Tú te casaste conmigo. Aunque, en mi caso, cargo con una enfermedad que no se ve y puedo jugar a dejarla guardada en el armario. Lo que tú eres hoy se ve, no se puede ocultar. Y, ¿sabes? No hay nada que esconder.

Sufriste un accidente grave.

Tienes secuelas de ese accidente.

Se desarmó todo, como un desastre cósmico.

Rozaste la muerte. Quizás hasta la viste, ibas a tomar su mano y tu padre te dio un cachetazo, ordenándote que salieras de ahí. Devuélvete, R., devuélvete.

Ocurrió hace cerca de once meses y aún no caminas. "Tengo mi propia silla", bromeas siempre.

Muchas personas se incomodan. Muchos dejan de hablar y se les corta el aire cuando nos asomamos tú, la silla y yo.

Y te dicen que todo pasa. Que el tiempo lo cura todo.

Mentira.

***

En la novela *Di su nombre*, Francisco Goldman cita lo que su esposa muerta, Aura, escribió en sus diarios de vida. Es lo poco que le quedó de ella después de un accidente en una playa de Oaxaca; no tiene sus cenizas (ni las tendrá) y, a cambio de un ánfora, en su departamento de Brooklyn ha instalado un altar que incluye el vestido de novia que ella usó cuando se casaron. Goldman tiene sus diarios de vida y los escudriña con una ansiedad que conozco: la de recobrar lo pasado, revivir lo compartido, tenerla otra vez. Imaginar que la huele, que la toca, que le habla y ella responde. Aura escribe en esas páginas: "El amor es una religión. Solo puedes creer en él mientras lo has experimentado".

Yo, que carezco de esperanza día por medio y necesito escribir para entenderme, me quedo pegada en esas oraciones. Tengo religión, pero nunca me he acercado lo suficiente a ella; mi trayectoria siendo católica ha funcionado deseando creer y al mismo tiempo culpándome por no hacerlo. Me acerco, me alejo, vuelvo a acercarme, quiero creer y no lo consigo; tiempo después rezo, ansío tener fe, dejar todo en las manos de Dios (de hecho, nunca he podido escribirlo sin la mayúscula), pero

después me rehúso, porque es difícil entregarse. Le pido a Dios que lo malo pase, le pido fuerzas, a veces hasta le lloro, e inmediatamente después me siento mal por pedirle algo o siento más rabia porque todo esto es obra suya.

He avanzado y retrocedido en mi aproximación a la religión y necesité, si es real aquello de la fe, tenerla cuando pasó esto. También la necesito ahora, cada día, a cada minuto. Quizás creo más en un universo, aunque no tengo ni idea de cómo describirlo. O creo a medias en el destino, aunque también me niego a él.

Sí creo en el amor, en nuestra historia, en lo que empezó en esos últimos meses del año 2009, cuando salía de una relación que no funcionó bien y que quizás debió durar exactos seis meses y no más de tres años. No estaba viendo a nadie en particular, salí de vez en cuando con un ex, conocía a alguien y después nos desconocíamos, salía mucho con mis amigas a juntas, fiestas, bares, recaía con el de los seis meses que se extendieron, y así. Buscaba y después dejaba de buscar. Hasta que nos vimos en un cumpleaños, después coincidimos en un matrimonio y a los pocos días me contactaste para preguntarme si podía acompañarte a otro matrimonio. Llamaste a las once de la noche (tú y tus horarios). Ya había apagado la luz y estaba por dormirme, pero no te lo dije y acepté salir contigo. No me gustabas, pero me caías bien, y te conocía, lo que eliminaba el factor mala sorpresa. Aquella noche fuimos a esta celebración fuera de Santiago, hablamos mucho, tomamos vodka tónica, brindamos, bailamos, tomamos agua entre un trago y otro, y en algún momento reímos después de tragar un antiinflamatorio para aminorar la futura resaca. Me fuiste a dejar de madrugada y volví a mi departamento con un ramo de flores en la mano; habíamos sido los últimos en irnos y el novio me dijo que podía llevarme un arreglo hermoso que estaba en la mesa porque la fiesta ya había terminado. Días después fuiste a verme a la universidad después de mi clase, me invitaste un café y me pediste que te firmara unos ejemplares de *El mapa de lo remoto*, la novela que había publicado en enero de ese año. Me seguías cayendo bien y no me imaginaba como un interés sexual o romántico para ti. Claramente estaba leyendo mal las señales.

Una semana después me invitaste a salir otra vez. Fuimos a ver una obra de teatro en Bellavista junto a tres parejas de amigos tuyos, fuimos a comer, fuimos a bailar y después de abrir la puerta del copiloto en el auto me diste el primer beso. No dejamos de besarnos el resto de las horas, amaneció, fuimos a mi departamento, te ofrecí un café que nunca preparé

y nos besamos, tocamos y rozamos tanto que al otro día llegué a almorzar a la casa de mis papás con la piel del rostro irritada. No había dormido, pero no tenía sueño.

Creo en esos días en los que no nos despegábamos, dormíamos abrazados, reíamos hasta la madrugada, tomando vino y contándonos nuestras vidas en reversa; creo en esos días juntos en una cabaña en la playa, en los paseos, en las escapadas a Valparaíso solo para comer en el restorán tailandés que tanto nos gusta; nuestros días en Iquique, nuestras noches en el casino, mis risas al darme cuenta de que jugaba en una tragamonedas y una mujer pasaba la aspiradora a mi lado en una mañana que llegó demasiado pronto. Creo en todos esos días que volaron estando juntos.

Creo en viajar. Por tus poros y por el País Vasco, andar de la mano por Saint Emilion mientras los turistas me fotografiaban los zapatos con taco en ese pueblo medieval plagado de escaleras de piedra; nadar desnudos en un mar turquesa a plena luz del día, quitarnos la ropa de noche en un parque de Biarritz; pasear por Valdivia, pasar una noche de treinta y seis grados de calor en un hotel en Pucón, sin aire acondicionado y sin poder movernos, atontados.

También creí en nuestra historia cuando nos casamos en una fiesta inolvidable y después vinieron esos atardeceres en Tulum, en Iquique, en Lima, en Máncora, en el Caribe con Celeste y Pablo, en Cartagena de Indias embarazada y sin saberlo, con el pelo mojado por el sudor, escondiéndonos en distintos bares para capear el calor. También creí en nuestra historia cuando nació Milan, a pesar de que estábamos llenos de miedo por la llegada de este niño de quien no sabíamos nada ni podíamos comprender cuando lloraba, y ese mismo día que nació nos quedamos con él, los tres acostados en una estrecha cama de la clínica, intentando descansar, fusionados. Seguí creyendo también cuando discutíamos día por medio, incluso cuando ya no tenía claro si podríamos volver a funcionar como antes después de dos hijos muy seguidos, deudas, menos vida social, poca creatividad en mi caso y mucho trabajo para los dos.

Creí cuando esa noche del 12 de julio de 2021 me dijiste: “No sé por qué hemos peleado tanto desde que nacieron los niños”. Cuando nos abrazamos y luego nos dormimos.

***

No dejo de pensar en un párrafo de *Las gratitudes*, de Delphine de Vigan, en el cual Jerome, el fonoaudiólogo que atiende a Micka, la protagonista, en un hogar de ancianos, reflexiona sobre sus pacientes: "Los observo y me digo: ella también, él también, amó, gritó, gozó, nadó, corrió hasta perder el aliento, subió las escaleras de cuatro en cuatro, bailó toda la noche. Ella también, él también cogió trenes, metros, paseó por el campo, por la montaña, bebió vino, se levantó tarde, discutió sobre el sexo de los ángeles. Me conmueve pensar en ello. Voy en busca de la imagen e intento resucitarla, no puedo evitarlo".

***

A veces me descubro frente a la vitrina de un Starbucks como en cualquier día que nos escapábamos juntos a tomar un café y hablar en plena jornada laboral. Pienso en el chocolate caliente con avellanas de los inviernos, en los chocolates que nos regalábamos de la nada solo para disfrutarlos juntos; en los vinos que compramos pensando en descorcharlos en una gran celebración; en el curry y la sopa thai que aprendí a preparar solo para seducirte; en nuestros paseos a alguna viña en Casablanca; en las caminatas por algún cerro con los niños, yo bien atrás y tú avanzando con Greta en brazos y Milan de la mano. Tardes de fin de semana en el parque, en alguna plaza, en una vuelta a la manzana cerca de casa.

Te veo caminar, subir cerros, capear olas. Te veo bracear hasta el fondo del mar, esperar, sentarte en la tabla, correr una ola, sumergirte, salir. Correr, te veo correr. Y el mar es inmenso, bravo, impredecible, pero no te toca, no te lleva, te trae de vuelta. Siempre te trae de vuelta, mientras yo te espero entumida sobre una toalla en la arena. Entonces discuto, me quejo, digo que no puedes estar tres horas en el mar; tú me miras con los ojos irritados y sin poder disimular tu felicidad, lo mucho que te acomoda estar en el agua fría durante horas. Después sonrío, te abrazo, beso tu cara helada, tomamos un café en el auto, devoramos un paquete de galletas Kuky y pensamos qué preparar para comer más tarde.

Te oigo decir mi nombre, L., bruja, enojona. Pero se confunden los tonos, pierdo el anterior y se asoma el de estos días, cavernoso, grave, seco, como si fueras un anciano que ha fumado toda su vida y cada palabra raspara una superficie. Tu voz está en alguna parte y no consigo sostenerla, estiro los brazos, abro las manos y nada, fracaso.

Goldman escribe: “Desciendo en los recuerdos como Orfeo, para traer a Aura de vuelta a la vida en un momento, ese es el desesperado propósito de esos pequeños ritos y de esas inútiles recreaciones mías”.

Yo, en cada una de mis propias recreaciones, siento que me descuero.

***

La alarma del celular suena a las 6:30 a.m. de lunes a viernes. La pospongo dos veces, recién a las 7:00 a.m. logro salir de la cama. Me cuesta mucho moverme, tengo un dolor permanente en la zona lumbar que se irradia hacia mis caderas y mis ingles, y cada vez que me agacho debo hacerlo en cuclillas y afirmándome de algún mueble. Me lavo los dientes, busco el pantalón de buzo negro, los bototos café, un chaleco grueso, me cepillo el pelo y voy a vestir a los niños: primero Milan, después Greta. La única variación entre un día y otro en este episodio matutino es que alguno de ellos –o ambos– no quieran vestirse, lo que me obliga a aplicar algún tipo de soborno (premio, sorpresa) que, sin duda, no sería lo aconsejable por cualquier sicólogo(a) infantil, o gritar a una hora en que no es sano hacerlo. Con lo primero y lo segundo consigo acelerar la velocidad, peinar a Greta, que Milan tome su vaso de leche con chocolate, que se pongan las parkas y podamos bajar al auto. Suben, los acomodo en sus sillas y partimos a hacer el mismo trayecto de todos los días por unos diez o doce minutos.

Dejo a los niños en la entrada del colegio, vuelvo a casa, me doy una ducha corta, me visto, tomo un plátano de la cocina y me voy a trabajar. Estaciono frente a la universidad, paso por el Starbucks de Lastarria y pido un americano, me duele la espalda, no encuentro la tarjeta para entrar a Casa Central; tomo el ascensor, entro a la oficina, me instalo, respiro, tomo café.

Trabajo, hago clases, almuerzo a veces en la oficina, a veces en casa si es que me toca trabajo remoto. Cuando termina la jornada vuelvo al estacionamiento y busco el auto en el lugar donde lo dejé ayer, doy vueltas en círculos, intento hacer memoria. No sé qué día es. Después voy por los niños al colegio, los llevo a casa, trago algo de comida en menos de diez minutos y bajo a trabajar al taller. A veces, antes de meterme en los pendientes, escribo en este documento; a veces, también, hundo la cabeza entre mis piernas por el mareo, y siento el peso, respiro hondo, me

digo que no puede ser o que no doy más. En otras oportunidades también lloro por un par de minutos, me freno, seco mis lágrimas con las mangas de mi blusa y sigo con lo que debo hacer.

Me digo: no puedo estar llorando durante un año sin parar.

Me digo: sí, puedo seguir llorando por más de un año sin parar.

Cuando vuelvo a casa, los niños me esperan para que los acompañe a comer y después jugar a algo o pintar. Por lo general prefiero pintar, nos sentamos los tres alrededor de la mesa cuadrada e inestable del comedor –como pueden ser también los días– y pintamos mandalas o suculentas por unos treinta minutos. Hablamos, yo respondo a algunas preguntas sin pensar mucho, intento desconectarme, pero es imposible.

Sirvo la comida. Te traigo al living. Comemos juntos, tomamos una copa de vino, me paro unas tres veces a llevarle la mamadera a Greta o por alguna demanda de los niños; estamos juntos y al mismo tiempo no lo estamos, cenamos a destiempo. Tampoco podemos conversar porque cuando comes debes estar muy concentrado para no aspirar ni ahogarte. Mientras terminas de comer, a una velocidad bastante menor a la mía, mando whatsapps para organizar los traslados del día siguiente. Después sirvo el postre y mientras lo comes me llevo a los niños a dormir, programo alguno de los videos que anuncian "dormir profundamente en cinco minutos" que hay en YouTube y los acompaño. Milan hace varias preguntas, a veces Greta también pregunta por su Tata. Hay noches más fáciles mientras que en otras la tarea de hacerlos dormir me toma unos cuarenta minutos.

Regreso al comedor, ya has comido, te llevo al baño y te lavas los dientes mientras yo despejo la mesa. Empujo la silla de ruedas hasta el dormitorio, la acomodo a centímetros de la barra metálica que está en el que era mi lado de la cama, te tomo de los hombros, uno, dos, tres, te das impulso y pasas a la cama; quedas de espaldas, levantas una de tus piernas kilométricas, después la otra, acomodas tu cuerpo; te quito la ropa y después, aunque no siempre, salgo a la terraza a fumar un par de cigarrillos, uno detrás de otro. En cuanto termino voy a acostarme, vemos veinte minutos de alguna serie y apagamos todo.

No me duermo de inmediato, tú tampoco. Miramos el cielo del dormitorio, hablamos un poco, me abrazas. Me pregunto cuánto podré dormir antes de que nuestro hijo venga corriendo hasta la cama y se recueste a mi lado; de cuántas horas será el desvelo esta vez.

Todos los días son iguales y al mismo tiempo no lo son. En un mes cumpliré cuarenta y tres años.

***

Recuerdo la primera vez que volviste a estar de pie después de permanecer durante meses recostado en la cama de la clínica. Trajeron una camilla y te trasfirieron a ella desde tu cama entre tres personas, aseguraron tu cuerpo con unas correas y después de oprimir un botón la camilla fue dejando su posición horizontal hasta llegar a unos setenta y cinco grados. "¿Te sientes bien, Duque?", preguntó Gloria, la kinesióloga a la que le debes un pisco sour. "¿Seguimos o paramos?". Tú, que aún tenías una válvula en la tráquea, levantaste el dedo pulgar de tu mano izquierda. La camilla siguió ascendiendo. Eres malo para detenerte. Pero tu piel perdió el color.

–Está mareado –dije.

–¿Estás mareado? –preguntó Gloria y tú asentiste.

Estas escenas se asoman aleatoriamente en mi mente y después las pongo aquí, les doy orden, las desarmo y construyo otra vez. Al hacerlo, me identifican las palabras de Annie Ernaux en *El acontecimiento*, libro en que narra su experiencia con el aborto ilegal de su juventud: "… la conmoción que experimento al volver a ver esas imágenes, al volver a escuchar esas palabras, no tiene nada que ver con lo que sentía entonces: es tan solo una emoción para la escritura. O lo que es lo mismo: una emoción que permite la escritura y que constituye la señal de su verdad".

¿Qué sentí yo en ese en ese momento? ¿Qué sentí al verte casi de pie gracias a una camilla eléctrica? No lo recuerdo, o no quiero hacerlo. Solo ocurrió y presenciarlo confirmó la crudeza de un nuevo presente. No se trata de una herida que puede sanar en unos cuantos días.

Lo cierto es que esta imagen tuya aquella tarde en la habitación de la clínica resurgió después de un pensamiento que tuve mientras me duchaba, cuando miré el antideslizante de Mickey Mouse que se adueñó de nuestra tina e imaginé tus pies sobre él, tu cuerpo largo y delgado en vertical, tu cabeza acomodada hacia un lado para no chocar con la ducha. ¿Volverás a bañarte como antes o tendrás que usar siempre esa silla blanca de metal que nos pasó Celeste? ¿Seguirás usando el otro baño porque solo allí cabe la silla de ruedas? ¿El auxiliar se convertirá en un miembro perpetuo de esta casa? ¿Podrás hacer las cosas por ti mismo en algún momento? Y si es así, ¿cuándo?

Clac.

***

Hace pocos días tuvimos control con Bustos. No se lo he dicho a nadie, pero he perdido la esperanza en muchas cosas y entre ellas están sus proyecciones. No tuviste el destino que vaticinaron cinco neurólogos antes en la Clínica Alemana, que morirías, que quedarías vegetal, pero tampoco has logrado caminar en casa, solo lo haces asistido, día tras día, por la kinesióloga que te atiende en el Centro de Rehabilitación Ambulatoria de la clínica desde noviembre. Gracias a esas terapias kinesiológicas he podido verte dar pasos lentos y descoordinados en el pasillo del piso de rehabilitación y te he abrazado mientras ella y alguien más te sostienen.

Quiero abrazarte sin que nadie más te sostenga, quiero abrazarte sin que tu cadera se desarme, quiero abrazarte por un largo rato, tal como tantas veces lo hicimos sobre las rocas, mirando el mar.

Pensamos que en febrero podrías estar dando pasos por tu cuenta, asistido por un burro o por un bastón. Estamos en junio, la silla sigue aquí y quiero que se vaya. Necesito estar contigo en vertical, de nuevo. Y tengo miedo de que ese deseo, que aquel "de nuevo" entre en la bolsa de papel de los nunca más, de tantos nunca más que se presentan de lunes a lunes.

Escribir cada palabra hoy es como abrir una llave de agua sucia.

***

Hay una escena en uno de los capítulos de *Shining girls* en la que Dan, el periodista en caída libre que interpreta Wagner Moura, está en una de sus noches de evasión después de un mal día. Bebe en un bar oscuro –como son todos los bares donde se puede descender a un pozo–, programa música, baila solo en la pista, jala cocaína, bebe más, baila de nuevo, abraza a unas mujeres, se pasa de listo, le llegan unos puñetes merecidos, lanza otros de vuelta; baila, jala, bebe, suda y después cae al suelo, inconsciente.

Cuando vi esa secuencia, hace unas semanas, imaginé cómo sería mi propia caída libre, si es que fuera una mujer que se lo permitiera. Si fuera otra persona, en realidad, y no pensara en que cualquier desmadre podría convertirse en un error imposible de enmendar. Si no fuera de las que se levantan de la mesa cuando las copas han sido suficientes para no

tambalearme cuando entre al edificio y así darle material al conserje de turno para decir que la señora del ochenta y dos se está enfiestando un día martes.

No sé evadir. Pensaba que en algunas pequeñas acciones podría encontrar cierta desconexión del día a día, pero lo cierto es que nada ha dejado de funcionar y no me he visto en pijama y con la botella de vodka caminando por la casa a las diez de la mañana. No lo escribo con orgullo, porque todos tenemos derecho a caer, no una, sino varias veces. Caernos, ponernos de pie, caer otra vez. Es solo que todavía no ha llegado ese momento para mí.

Antes pensaba que el exceso de control que suelo ejercer sobre mí misma era por la educación del colegio de monjas, sumado al excesivo sentido del ridículo inculcado por mi madre, pero no es por eso. Además, no siempre me ha importado lo que digan los demás, y si alguna vez el chismerío de la otredad algo me interesó, después de publicar en Twitter que necesitaba ayuda económica para seguir con las terapias de R. no me queda pudor. No habré hecho el ridículo, pero sí me expuse y quedé en pelotas.

Con Sol concluimos que estas actitudes que me hacen frenar a tiempo responden más a una necesidad y a una estrategia improvisada de autocuidado que aprendí desde niña, porque en muchos momentos tuve que cuidarme sola. Y aunque debiera sentir otra cosa respecto de eso, la verdad es que asumirlo me da un poco de tristeza, algo de vanidad y también mucha rabia, porque es tan necesario explotar alguna vez.

¿Qué haría si explotara? ¿Dónde terminaría? Creo que bailaría "Bad guy" de Billie Eilish.

–No hay anestesia –le digo a Sol.

–Mejor. Creo que es mejor tener los ojos abiertos. La anestesia es breve y no siempre te sana.

Pero ¿algo puede curarme ahora? El abrazo de mis hijos, una salida con mis amigos, trabajar en el programa de televisión que estoy editando, leer las páginas de un libro en el estacionamiento subterráneo, escribir.

¿Puede algo de eso curarme? No. No es suficiente.

***

Terminé de leer *Di su nombre* entre los gritos de mis hijos y el volumen

alto del televisor que estaba viendo R. Sentí deseos de llorar en las últimas treinta páginas. Me sentí acompañada y sentí que podía acompañar a Goldman en todo lo que él vivió en esa playa mexicana desde que vio a su mujer boca abajo en el mar hasta que entró a la sala de Cuidados Intensivos y le anunciaron que había muerto hace unos minutos. Leerlo narrar cada momento desde el accidente hasta la muerte de Aura me estremeció, me dolió físicamente, porque entiendo el enorme esfuerzo que él debe haber hecho para escribir sin perder un solo detalle, como si hasta los datos más nimios fueran necesarios cuando intentas comprender la verdad. Y, aun así, todo te resulta absurdo, sin sentido, maldito.

Buscamos respuestas, rebobinamos, volvemos al presente, viajamos al pasado otra vez, frenamos la vida para reconstruir el evento traumático; detenemos el duelo y nos detenemos también, porque avanzar es aterrador. Buscamos señales, pistas, indicios, todo aquello que creemos no haber visto. Algo se nos escapó, algo pudimos hacer para evitar la tragedia. La culpa. ¿Quién es el responsable? Y nos damos cuenta de que nuestra posible responsabilidad, por ínfima que sea, no basta para explicar lo que pasó.

Goldman escribe: “En la absoluta rareza y la falta de significado de toda aquella situación, precisamente ahí radica la verdad”.

Tal como reflexiona él, soportarlo puede ser más difícil que asumir la propia responsabilidad.

Ha sido una muy mala suerte, le dijeron sobre el accidente de Aura en la playa de Mazunte, donde las olas no son consideradas en extremo peligrosas. Es mala suerte, nada más, me dijeron también.

Hay tanto que me es difícil de explicar y a otros difícil de entender. Por eso, cuando leí este libro encontré un consuelo que oprime: “Quizá estoy harto de que la gente no entienda cómo es todo esto, aunque no le deseo a nadie tener que vivirlo. […] No la sueltes, si la tienes. No la sueltes, pensé, ese es mi consejo para los vivos. Aspírala, pon tu nariz en su cabello, aspírala en profundidad. Di su nombre. Siempre será su nombre, ni siquiera la muerte puede arrebatártelo”.

Desde ahora, cada noche y sin importar si el día ha sido como escalar un monte o avanzar a tropezones en un pantano, cuando empujo la silla de ruedas desde el comedor hacia el baño acerco mi nariz a tu cabeza y te huelo. Te huelo muy conscientemente, te beso la cabeza, rodeo tu cuello con mis brazos y digo: “Mi Flaco, te quiero”.

***

En el colegio de nuestros hijos celebraron el Día del Padre. A las 8:40 a.m. en una sala y a las 9:00 a.m. en la otra. El auxiliar llegó más temprano de lo habitual a casa, nos alistamos y partimos los cinco al colegio. Los dejé a todos en la puerta y me fui rápidamente a una reunión. Estando en la universidad me llegaron un par de videos y las fotos chuecas que tomó el cuidador en cada uno de los actos, imágenes que mostraban a Greta abrazando a su padre y a Milan acomodándose en su pecho, como hago yo todas las noches. Pensé que hay vida aún en esta familia, a pesar de tanto sufrimiento.

***

Vamos a la playa el auxiliar, tú y yo. Nos juntamos a almorzar con Seba y Dani en Casablanca. Has insistido tanto en ir a ver un terreno en la playa que aprovechamos un interferiado de la universidad para escaparnos sin los niños. Es un día de poco sol y bastante frío, pero nos entibiamos con unas copas de pinot noir y nuestros amigos, que nos hacen reír.

Llegamos a Isla Negra y bajamos del auto. El auxiliar se las arregla para guiar la silla sobre la tierra y entre algunas ramas que obstaculizan el camino. Estás muy entusiasmado y quieres saber si me gusta el lugar. Siempre quisiste tener algo en la playa, me dices. Para descansar, para escribir. Asiento, sonrío a medias, me pregunto en qué hombre te estás convirtiendo, ahora que haces planes y hablas de una casa, de los pinos, los eucaliptus que se roban toda el agua y de los árboles frutales que podríamos plantar. O, más bien, que tú y Milan podrían plantar.

–Ya no puedo surfear –me dices–. Tengo que hacer otra cosa.

El silencio del lugar es una maravilla que me arropa por unos largos minutos. Levanto la vista hacia la cima de los árboles y pienso que no quitaría ninguno, que me echaría ahí mismo sobre la tierra, cerraría los ojos y dormiría, mientras tú hablas de construir una casa, después armar un buen espacio para estar con los amigos, de un futuro nuevo.

–No tuviste antes la idea de una parcela en la playa –te digo cuando ya estamos en casa.

–Ahora sí la tengo.

–Flaco, estamos arruinados. No tenemos un peso.

–Pero esto no será eterno. Vamos a salir.

Sonrío y de mi boca escapa un sonido extraño que solo denota incredulidad, burla.

–Cuando reciba la herencia de mi viejo vamos a estar mejor.

–Cuando la recibas, vamos a tener muchas más deudas que ahora.

–Eres pesimista.

–No.

–Siempre has sido más pesimista que yo.

–Sí, pero ahora es diferente.

Pienso que imaginas a los niños corriendo entre los árboles, gritando sin dañarnos los tímpanos, perdiéndose en un espacio enorme y seguro. Quizás piensas en la vida de campo de tu padre en Cancura y en algunos recuerdos de niñez, casi escasos, de tus propios días allí.

–No hay apuro, Flaco.

–Sí hay apuro. Yo estoy apurado.

***

Soñé que me casaba con Luis Miguel en la azotea de un hotel de siete estrellas. Previamente hacíamos un recorrido con la familia y un sacerdote desconocido por las calles de una ciudad extraña, de caminos estrechos y paredes de piedra; después llegábamos a la ceremonia, nos tomábamos de las manos, los invitados nos celebraban desde un primer piso, levantaban sus copas y yo me abrazaba al novio con pasión de ficción hasta que de pronto se desataba un tiroteo y me sacaban de un brazo del caos.

En el sueño me dicen que mi marido ha muerto, que le dispararon y no resistió. Llevo el vestido de novia con el que me casé contigo y está manchado de sangre. En mi rostro también hay gotas de sangre. Esta boda fallida es la noticia del día y corren imágenes de mí sonriente y después desesperada en los noticieros.

¿Debí usar otro vestido? ¿Es mi vestido de novia, aquel que usé contigo el 5 de enero de 2013, el vestido de la muerte?

¿Quién puede casarse dos veces y usar el mismo vestido?

En otra escena estoy con un vestido de lino color crema con flores bordadas y un lazo en la cintura. Es otro día y ya no estoy sola, Luis Miguel no murió en el tiroteo y estamos juntos de nuevo. Camino junto a

él (que es el cantante mexicano y al mismo tiempo no lo es) de la mano por un supermercado. Él me lleva por pasillos atestados de personas que nos aplauden; bailamos, nos abrazamos, nos besamos y yo me siento realmente feliz. Todo es calor, seguridad y victoria ante la muerte.

Después hay un corte y veo a nuestros hijos corriendo fuera del lugar, son Milan y Greta. El mismo sueño es un absurdo porque veo a este hombre que me ama y que amo y no veo a Luis Miguel. Tampoco te veo a ti en ninguna parte. ¿Dónde estás? ¿Por qué estoy casándome de nuevo? Al mismo tiempo, me doy cuenta de que está mal soñar con vestidos de novia, soñar con matrimonios. Siento miedo en este sueño, que es también una pesadilla.

Cuando despierto estoy con el pijama pegado al cuerpo, mis brazos y mi pecho sudan, estoy enredada en tus piernas y tú duermes profundamente.

El terror se instala en estos sueños de quetiapina.

***

Intento alargar las conversaciones, que las personas con las que hablo se extiendan en una historia particular; quiero que me hablen de ellas y que me desvíen del camino a casa. Quiero quedarme en una esquina cualquiera escuchando algún relato que me saque una carcajada, que me emocione y produzca algo nuevo en mí. Tengo que salir de la rutina de los niños, la enfermedad, del cuidador, la silla de ruedas, la empleada y la interminable lista de deberes. También quiero salir a la calle y caminar hasta perderme, pero últimamente siento miedo. No sé exactamente de qué, supongo que del azar. ¿Se puede frenar la suerte quedándome encerrada?

¿Por qué quiero escapar y al mismo tiempo me quedo paralizada?

Voy de la resignación a la tristeza, de la pena a la rabia, de los deseos de quebrar todos los platos a correr por la calle a una velocidad que arrase con todo: saludos, peticiones, preguntas de encuestadores, árboles, personas. Correr, correr, correr. Gritar, enojarme de verdad. Tirar la loza al piso y no sentir culpa.

No he lanzado un solo plato y la culpa igual no me abandona, la culpa de lo que ni siquiera he hecho. Estás en esto y no debes salir de ahí, no puedes desfallecer ni perder la cordura (¿no la he perdido ya?); no puedes

herir a otro, debes cuidarte, tener paciencia, agradecer. Di gracias porque R. está vivo, di gracias porque todo pudo ser mucho peor. Sigo extrañando abrazarte, extraño salir contigo, extraño verte salir de la ducha y que te vistas sin ayuda. “No pienses en eso, son estupideces”, me dijo Nina. “Piensa que está contigo; salir, andar de la mano o viajar no sirve de nada, lo importante es que está contigo”. Cuando me lo dijo asentí; sí, claro, el valor de la vida. Pero ¿podría haber dicho algo distinto?

¿Estaría bien pensar de otra manera y decir que no me conformo, por muy agradecida que se supone que deba estar?

Escribo en estas páginas lo que no me atrevo a verbalizar. Porque hay cosas que no se dicen, porque suenan mal y la verdad puede ser brutal. Déjalo así, no hablemos de eso, avanza nada más, no te quejes, no te enojes, no cuestiones, quédate con lo bueno. Agradece.

No he quebrado nada aún, pero es tan claro que estoy rota.

***

Esta tarde iba en el auto, doblaba hacia una calle a la izquierda y de pronto sentí un chirrido metálico, después un golpe. Un repartidor en moto, que salió de la nada y que iba a confesados ochenta kilómetros por hora, cayó a unos metros de mi auto. Bajé de inmediato a ver cómo estaba y mientras él me insultaba con la agresividad de estos días, recogí una caja que estaba en el suelo y se la entregué diciéndole que debe haber venido rajado si no lo vi, porque yo viré lento y no había nadie. Me sacó la madre y otras vainas de su origen extranjero y después, furioso, pateó las puertas de mi auto y golpeó con su mano uno de los espejos laterales. “Súbete al auto y sal de aquí antes de que te sigan rompiendo el auto”, me dijo un hombre que iba cruzando la calle. Yo, tiesa como un muro, manejé hasta la esquina sin sentir las piernas y busqué el teléfono, mientras el motorista y los tres amigos que aparecieron también de la nada me gritaban de todo.

Iba a llamarte, pero ¿para qué?

***

Ayer cumplí cuarenta y tres años y el recuerdo de la no celebración del año anterior, solo diez días antes de que todo explotara, me acompañó como una sombra lasciva.

4 de julio de 2021. Tu padre llevaba casi un mes internado y estaba grave, a las tres de la tarde de cada día se realizaba una misa en su nombre y nosotros la poníamos en el celular, dejando que las palabras flotaran más allá de nuestra poca fe. Ese mismo día escuchamos parte de la misa en el celular, sentados en el comedor, con los niños paseando entre los muebles. El ambiente era triste y tenso. No quería recibir a nadie, pero igual llegaron mis papás como a las seis de la tarde, después tu madre con tu hermana, y Celeste, que vino con mi ahijada.

–¿Dónde está el Flaco? –preguntó Cele, extrañada al no verte.

–Está con su mamá en el escritorio.

–¿Claudio sigue mal?

–Sí, pero él casi no habla de eso. Sabes cómo es.

Ella miró hacia todos lados antes de bajar la voz y decir:

–¿Crees que se va a morir?

–Sí.

–R. no lo asume.

No pude seguir hablando porque en ese momento apareciste con tu madre. Ambos estaban con los ojos irritados en una celebración tan innecesaria. Minutos después de saludar a Celeste volviste al escritorio y no saliste más. Más tarde, cuando nos quedamos solos, te dije, triste, que no había sido un buen cumpleaños, que estabas muy ausente.

Un año después, la noche antes de mi cumpleaños, después de una jornada de paseo con los niños mañana y tarde, de estar exhausta y con hijos hiperventilados que no se durmieron hasta cerca de las once de la noche, llené la tina con agua caliente, vacié un kilo de sal de mar en ella, puse velas, algo de música, me tomé un Rize y me serví una copa de vino. “Espero no terminar como Whitney Houston”, suele ser mi broma inadecuada, y se repite en mi cabeza las pocas veces que me preparo un baño. Después entré a la tina, me senté, abracé mis piernas y puse la cabeza sobre mis rodillas. Lloré, lloré, lloré hasta que me dolió la piel de los párpados. Que se vaya esta pena, que el agua salada se lleve este año nefasto, se lleve mi angustia, mi soledad, mi frustración; que se lleve la incertidumbre, que se lleve todo lo negro que pueda seguir adosado a mí y que me lleve de alguna manera.

Pedí sentir menos pena, tener más fuerza y también pedí ser feliz.

GRETA: “Mami, ¿eres feliz?”.

YO: (Solo lo pienso) No, pero quiero serlo.

***

A las doce de la noche, R. me pidió que abriera la puerta del clóset y sacara una caja de chocolates que compró para mí. Dormimos abrazados, nos dijimos que nos queremos y nos quedamos así en la oscuridad, hasta que nos venció el sueño.

Al otro día, Milan despertó junto a mí en la cama y me pidió que no fuera a la sala hasta que tuviera listas las decoraciones. Con Greta pintaron banderines con letras que formaban un "Feliz cumpleaños" e hicieron unos abanicos de papel, además de un dibujo de mamá, papá y ellos. Abracé a mis hijos como hago siempre, hundiéndome en la piel de sus cuellos, oliéndolos y agradeciéndolos como la tabla firme que necesita un náufrago.

¿Imaginé que R. estaría entre nosotros? Sí. Así lo pedí.

¿Imaginé que estaría en silla de ruedas? No.

¿Importa?

***

¿Cuándo termina una historia? ¿Esa conclusión está en nuestras manos? Yo, que ahora la escribo, ¿realmente puedo decidir cómo terminarla?

Antes creía que, pasado un año de todo esto, lo vivido también podría cerrarse. Pero todo está abierto, es como un terreno virgen donde queremos asentarnos y hay que trabajar, trabajar y esperar mucho hasta lograr la postal que nos muestre recostados sobre un sofá y leyendo un libro junto a la chimenea. Lo imposible se infiltra, queremos creer, queremos vernos fuera de esta película tan triste; deseamos que la nuestra sea otra, que todo se revierta. Soñamos con volver a la historia original. Al mismo tiempo, me aferro a las historias de otros para buscar una respuesta, o algo cercano a una. Y de todo lo que he leído, investigado y conversado me quedo con lo que escribe Ernaux en *El acontecimiento*: que no hay verdad inferior, que tenemos derecho a escribir sobre aquello que

nos ha remecido, y que “por encima de todas las razones sociales y psicológicas que pueda encontrar a lo que viví, hay una de la cual estoy totalmente segura: esas cosas me ocurrieron para que diera cuenta de ellas”.

Por otro lado: puedo imaginar finales. Puedo crear finales.

Puedo desear que esto termine de determinada forma. Y, aunque tengo ese don, hacerlo solo sería engañarse.

***

Anoche Celeste y Pablo celebraron mi cumpleaños en su casa. Asistió gran parte de la “primera línea” que nos ayudó desde el primer momento de tu accidente. Me vestí con la falda de lentejuelas verdes que me dio Julia y me maquillé como la fiesta merecía. Era la celebración que estábamos esperando desde aquel asado del invierno pasado en casa de Dani y Seba, cuando, medio congelados en la azotea de su departamento, brindamos seguidamente para que sobrevivieras. Recién empezaba agosto y estábamos muy asustados, golpeados, perdidos y borrachos.

Esa tarde nos prometimos que cuando estuvieras bien haríamos una fiesta. En mi mente, al menos, el “estar bien” se trataba de verte completamente recuperado, como si aquello fuera posible. Fue un mal sueño, salud. Fue una pesadilla, salud. Zafamos, salud. Abrazos, piscolas, lagrimones, discursos. Hemos salido de esto.

Anoche, sin embargo, estuviste en tu silla de ruedas, vestías jeans, una camisa, tu chaqueta de cuero café y una bufanda del Barcelona que te regaló Pablo. Hacía mucho frío y los noticieros habían decretado, como ocurre varias veces en un año, que aquella sería la noche más gélida de 2022. No nos importó, armamos un asado, bebimos, conversamos, cantamos karaoke y hablamos de la felicidad de tenerte entre nosotros. “Estamos todos”, dijimos. Me senté sobre tus piernas, nos abrazamos y nos sacamos fotos. Por minutos, incluso por horas, saqué de mi cabeza la imagen de tu discapacidad; dejé pasar escenas cotidianas, como la que muestra la dificultad que tienes para moverte de un lado a otro de la cama, tu mano derecha cayendo como una pieza de madera sobre la mesa, tu boca chueca, la voz que no es tu voz; verte comer lentamente o intentando leer las letras amplificadas de la pantalla de tu computador, tu sordera en el oído derecho. Que alguien tenga que llevarte al baño y que

deba ducharte. Que no puedas vestirte por ti mismo.

***

Después de unos siete años sin retomar nuestras salidas al Casino de Juegos, hace unos días lo hicimos. Nos organizamos para ser solo los cuatro, sin el auxiliar: solo Celeste, Pablo, tú y yo, como en los viejos tiempos.

Me pediste que sacara una suma de dinero que no tenemos del cajero automático y que te comprara un whisky con Coca-Cola. Y aunque para todo tengo una respuesta negativa que frena la diversión, pensé en que esa era tu primera salida real –más allá de visitar a alguien o salir a almorzar– y accedí. Jugaste, ganaste, nos reímos, recordamos salidas anteriores, comimos algo. Hasta que llegó la hora de irnos y tú, siguiendo la costumbre de dilatar las despedidas, dijiste que no, que querías cinco minutos más. No, dije yo, esos cinco minutos nunca son cinco minutos. Discutimos, que tenemos a alguien cuidando a los niños, que espérate un poco, bla bla. Finalmente apreté "cobrar", saqué el ticket y me fui a la caja, mientras te escuchaba gritarme que eso no se hacía, que te devolviera el ticket porque no habías terminado de jugar.

Hice algo mal y lo sé. Tú te enojaste de más y también lo sabes.

Aquella noche nos mostró algo que no habíamos visto aún: que estamos superados y enojados, pero no el uno con el otro, sino con quien quiera que haya orquestado esta historia.

Nos comemos las emociones todos los putos días, las masticamos y seguimos, tú en tu silla, yo en mis pasos torpes y confusos. Camino en muchos momentos del día sin tener idea adónde voy, perdida en playas de estacionamientos, en pasillos de clínicas, en pisos de facultades universitarias; pido el café equivocado cuando voy a la tienda, envío el ensayo del alumno X al alumno Y, asiento con la cabeza tiesa, sin tener idea, dos segundos después, de a qué me comprometí.

No hablamos de lo que nos pasa porque yo no quiero cargarte mi parte y tú tampoco quieres que me estrese más, pero ambos sabemos que rompernos los dientes intentando triturar piedras solamente funcionará hasta que ya no sea efectivo hacerlo y alguno de los dos pida salir eyectado por la boca de un cañón.

Han sido trescientos sesenta y cuatro días de sombras y sufrimiento.

“Es que…”. No. Eso ha sido. Cualquier otra definición no nos importa y no queremos escucharla.

Trescientos sesenta y cuatro días es muchísimo tiempo.

OTROS DÍAS

Pude dormir mejor porque tomé diez milígramos de Rize y un cuarto de Reflexan. Las fechas se me incrustan como espinas y el cuerpo me avisa días antes que se acerca el aniversario de tu accidente. Llamarle "aniversario" ya me parece insensato, pero en la precariedad de mi vocabulario presente aún no encuentro otra forma de nombrar este día.

Debo presentar un debate constitucional en la universidad y me levanto muy temprano para llegar a tiempo. Me visto rápidamente y mientras conduzco me doy cuenta de que estoy de negro: medias negras caladas, vestido negro, chaleco negro con bordados sutiles de hilo dorado y plateado. Estoy oscura, soy oscura este 14 de julio y avanzo por la calle diciéndome que hoy es el día, que ya ha pasado un año.

¿En qué estaba yo a esta hora en 2021? Me veo acostada sobre la cama, vestida, con mi papá junto a mí. Entra Milan en la habitación.

–¿Por qué está el nono? ¿Dónde está mi papá?

–El papá se fue temprano a trabajar –respondí de inmediato–. Vamos a vestirte, que tienes taller de invierno.

–Yo me voy ahora –dijo mi padre, apurado.

–No te vayas todavía –susurré apretando los dientes–. No puedo sola.

Mi padre, que huye de la incomodidad con la rapidez de un chasquido, aguantó solo unos minutos más antes de volver a su casa.

Cada prenda que le puse a Milan implicó retener un sollozo. Tenía la cara y los ojos hinchados de tanto llorar, pero él no me dijo nada. Después vestí a Greta y la peiné. Pude decirles algo divertido que no recuerdo, pude sonreír y los besé en la frente antes de que entraran al jardín infantil. De pronto estaba sola en medio de la calle, vestida con la ropa de la peor de mis noches, y sin poder pensar en nada más que lo imposible: tiene que salvarse, R. no puede morir.

***

Escucho el debate de dos exconvencionales constituyentes que se refieren a la plurinacionalidad y aprieto los párpados cada tanto, porque quiero quedarme allí. No quiero volver a ese momento, necesito este día. Después

me esperan unos cuarenta ensayos que corregir y es un alivio, porque me quedaré hasta muy tarde revisándolos en la oficina. Cuando ya está oscuro, ordeno mis cosas y voy a buscar el auto. Como casi cada día, camino en la dirección equivocada y me doy cuenta de que en realidad el auto está en otro sitio. Después conduzco hacia mi casa y todo parece estable hasta que me detengo en una luz roja en la esquina de Providencia con Eliodoro Yáñez. Miro hacia esa esquina, como lo he hecho cientos de veces, pero ahora ocurre algo distinto, veo algo distinto. "Te recojo en Eliodoro Yáñez", me decías doce años atrás, cuando recién comenzábamos esta historia y solías esperarme a la salida del metro Salvador después del trabajo. Vivíamos en un lugar diferente al de ahora y estábamos enamorados de esa forma inicial en la que dos horas sin vernos podían ser una agonía.

Basta mirar hacia la esquina, solo un segundo, para desarmarme por el resto del camino. Seco bien mis ojos antes de entrar al departamento, los niños corren a abrazarme, propongo que pintemos un poco con los lápices que acabo de comprar. Tú llegas a los diez minutos con el cuidador, vienes de la segunda sesión de acupuntura.

–¿Cómo te fue? –pregunto.

–Bien, voy bien.

–¿Y qué te dijo hoy la fonoaudióloga? ¿La kinesióloga?

–Que estoy fantástico, considerando el tipo de accidente que tuve. Que voy a mejorar –dices, no muy convencido–. Todos dicen que estoy fantástico.

–Eso es bueno.

–Pero sigo en esta silla, ¿cómo voy a estar fantástico? Me están hueveando.

–No creo, Flaco. Te vi tirado e inconsciente, estás mucho mejor.

–¿Entonces por qué tienes los ojos llorosos?

***

No he escrito mucho sobre lo arduo que se hace todo con niños tan pequeños que necesitan a sus padres. Me quiebra pensar en ellos, en la develación del vacío a sus cuatro y seis años. Aunque me esfuerce de todas las formas posibles para que no sientan lo que no quiero que sientan, ellos sufren por la falta de su abuelo y les cuesta entender su muerte. "¿Cómo

murió el Tata, mamá? ¿De qué murió, mamá?". "De covid". "Sí, pero ¿por qué? Yo quiero que venga, lo extraño, dile que venga a la casa, quiero armar torres con él".

Nuestros hijos no solo perdieron a su abuelo, ya sabemos que también han perdido una parte del padre que tenían. Greta me dice en voz baja que no puede darte un beso en la cara porque le da miedo, y Milan te abraza mucho menos que antes. Te extrañan cuando las terapias en la clínica se alargan, rezan por ti en las noches y pueden ver una película completa junto a ti, echados todos sobre la cama, pero han perdido lo físico, el abrazo del padre, el contacto con tu piel. Por lo mismo, porque hay un tacto extraviado, los tengo sobre mí gran parte del tiempo, buscando un roce permanente, en el caso de Greta, que se adosa a mi cuerpo como una gatita cachorra, y al mismo tiempo, Milan demanda un consuelo difícil de entregar a través de caprichos, pataletas y llantos sin sentido durante el día. Solloza a veces, de la nada, porque le he negado algo, se esconde junto al sofá y llora. "Me hiciste llorar", me dice. "En realidad no sé por qué lloré, mamá", me confiesa más tarde, en la noche, cuando se activa en él la necesidad de estar más cerca de mí. También se levanta entre las dos y las cuatro de la madrugada, camina hasta mi cama y se recuesta a mi lado.

En largos desvelos lo observo volver a quedarse dormido, toco su cabeza con suavidad y me conmuevo por esa molestia que tanto entiendo. Milan fue siempre tan tuyo, R.; siempre entre tus brazos, el compañero para llevar a cualquier sitio, para ver películas y partidos de la selección de fútbol abrazados; el compañero de caminatas en el cerro, de salidas a almorzar cuando era apenas un enano de meses. Siempre en tus brazos, siempre aferrado a ti. ¿Recuerdas cuando tenía menos de dos años y dormía la siesta siempre estirando un pie hasta poder tocarte, o derechamente abrazándote?

Mi hijo, inquieto, hoy escala muebles, se sube al mesón de la cocina, se sienta sobre el microondas, derrama vasos de agua, rompe algún juguete y reclama atención. "Es un niño. No puedes ponerte así por un niño de seis años", me dices cuando ves que pierdo la paciencia. Pero no es tan solo un niño, es nuestro niño enfrentado a una muerte y a un padre al que dejó de ver por más de un mes, y que cuando se reencontró con él llevaba puesta una válvula en la tráquea, apenas podía sostener la cabeza y era incapaz de cerrar la boca. Su padre lloraba al verlo y babeaba como una guagua de seis meses. Su padre no hablaba y hoy tiene un tono de voz muy diferente y el rostro aún desfigurado. Y su madre, a quien busca día y noche para

querer y también para pelear, está exhausta y rozando la locura.

Anoche, mientras lo acompañaba hasta que se quedara dormido, Milan me dijo:

–Extraño mucho al Tata. No quería que se muriera. Cuando pienso en él me dan ganas de llorar, mamá, pero me aguanto.

–No lo hagas –le dije–. No te aguantes la pena. Si quieres llorar, llora.

–Pero los grandes no lloran.

–Claro que sí. Yo lloro mucho.

–No es cierto. Yo lloro más.

Y en medio de esta conversación, que nunca sé si estoy llevando bien, Greta interviene:

–Quiero abrazar al Tata y quiero que se mejore mi papá.

–Va a mejorar –es mi respuesta automática–. Él se esfuerza mucho cada día para mejorar.

–Pero yo creo que eso no va a pasar, mamá. Han pasado muchos años y él sigue en silla de ruedas.

–No, Greta –interviene Milan–. Ha pasado un año y un poco más. ¿Cierto, mamá?

–Sí. Un año y tres meses.

–Pero sigue en la silla –insiste Greta.

Clac.

Nuestra hija ha empezado a comerse las uñas y en estos días ha estado muy silenciosa y apegada a mí; no he podido ducharme sin que ella golpee la puerta desde que doy el agua hasta que la corto, y otras veces su llanto me acompaña hasta que consigo vestirme. Hemos estado horas pintando juntas y largos minutos abrazadas sobre la cama o en el sofá. Te hace dibujos en hojas blancas que después dobla y guarda en pequeños sobres, después corre hacia ti, pero no te los entrega en la mano, sino que los deja sobre la mesa o sobre la cama.

–Dale un abrazo al papá –le digo.

Ella niega con la cabeza, repite que le das miedo, pero lo cierto es que cuando revisamos fotos antiguas en mi teléfono, esas que muestran a los niños como unas bolas gordas comestibles en tus brazos de esa otra vida, ella me quita el celular y besa la pantalla. Besa tu rostro.

***

Hace unos días me detuve en el pasillo, silenciosa, a observar cómo los niños y tú armaban juntos un puzle de Mickey Mouse que tu padre rescató de sus rincones repletos de recuerdos y cachivaches en esa casa llena de desorden donde vivía. Lo trajo junto a una colección de autos de carrera y otros juegos de los años setenta. “Este puzle tiene más de cuarenta años”, dices, mientras cada uno se encarga de armar una de las partes. Los niños se sorprenden, no te creen, medio sonríen. Al poco rato, el puzle está casi completo, solo faltan un par de piezas que no tenemos idea dónde pueden estar.

Piezas que se pierden y una imagen que no se cierra porque algo falta. No se puede tener todo.

***

Me he resistido a algunas cosas, a inscribirte en el Registro Nacional de Discapacidad, por ejemplo. Bustos nos dijo hace unos meses que no lo veía necesario en tu caso, pero hoy fuimos a ver a tu fisiatra y después de que ella hiciera los controles de rigor de todas tus extremidades, sentado en la silla de ruedas, después de pie y luego recostado en la camilla, me atreví a hacer la pregunta. La formulé muy mal, se me enredaron las palabras, me toqué el pelo, miré hacia otro lado, pero finalmente pude preguntar cuánto podemos esperar de tu rehabilitación y si vas a caminar. La doctora hizo un breve preámbulo sobre la gravedad de tu accidente y lo mucho que has avanzado para llegar a la respuesta al fin:

–No lo sabemos.

–Pero, en casos como el de R., ¿cómo es la evolución? –insistí.

–Es que aquí no estamos hablando de falta de fuerza o de musculatura. R. ha mejorado mucho en ese sentido, pero hay todavía una comunicación neurológica que no se da y que explica que su cadera no esté completamente firme cuando lo ponemos de pie.

–¿Entonces? –insistí, tragando saliva y sin poder mirarte.

–Solo les puedo decir que la señal cerebral necesaria para la marcha no ha llegado aún y puede pasar un año más de trabajo de kinesiterapia hasta saber cuánto más se puede avanzar –respondió, para después dibujar una sonrisa cálida muy propia de ella y que por primera vez me pareció fuera de lugar–. Tenemos que seguir trabajando como lo hemos hecho hasta ahora, sin parar.

La fisiatra te miró buscando un comentario, algún gesto, y tú, entre asumido y cansado, dijiste:

–Eso voy a hacer entonces.

***

De regreso a casa me instalé en el escritorio a escanear boletas y órdenes médicas para ingresar los reembolsos en la isapre. Los niños saltaban sobre el sillón, Milan encendió una aspiradora manual y me pedía que le ayudara a limpiar los cuadros; Greta abría mi billetera y jugaba con las tarjetas de crédito y con las cédulas de identidad, mientras yo subía documentos a la plataforma digital sin querer pensar en nada.

Más tarde busqué los papeles que nos dio Bustos hace un par de meses para gestionar tu jubilación anticipada en la AFP. También los papeles del seguro de accidentes que tienes en el banco, por si sirve de algo. Puse el cerro de papeles sobre la mesa del comedor, donde estabas haciendo, con ayuda del cuidador, la terapia de electrodos para recuperar la movilidad del ojo derecho, y ordené:

–Tienen que hacer esto mañana. Primero irán al banco a averiguar si esta mierda de seguro cubre algo y después se van a la AFP.

–Las sedes de las AFP siempre están repletas –dijiste.

–Da lo mismo. Te van a dejar pasar primero.

Dos minutos después abrí la página del Compin en el computador para hacer el trámite de ingreso al Registro Nacional de Discapacidad.

***

Hoy es el cumpleaños de tu mamá. Tu hermana llama para decirte que pedirá una torta para ella y la enviará a nuestra casa. El año pasado me dijo lo mismo. Ese día estuve yendo y viniendo de la clínica, recién te habían ingresado a Intermedio de Neurología y seguías en estado crítico. Cuando ese día regresé a casa después de las seis de la tarde, mis papás estaban sentados a la mesa con los niños y tu mamá tomando un té y comiendo torta. Dos días después me di cuenta de que la torta era por el

cumpleaños de tu madre.

Te recuerdo que debes ir al banco y después a la AFP. Estás con los electrodos en las sienes, trabajando ojo y párpados. Tu ojo izquierdo está muy rojo, siempre se ve así después de que te bañan. Me dices que hay que pagar una deuda (otra más, de muchísimas) y yo comento que las tres cajas con carpetas que te trajeron desde tu antigua oficina deben quedar abajo, porque no quiero acumular ni llenar la casa de papeles que no se usan, como era antes, en mi interminable pelea por terminar con los cerros de carpetas, hojas y el alto de cartolas de tus cuentas bancarias del año 2000 que tanto me tienta ver arder y que, para no cometer el delito, guardé en la parte baja del velador que ya no es tu velador, porque se ha convertido en tierra de nadie desde que Milan inspecciona todo.

***

Cuando estabas en la clínica, en esos largos cuatro meses, boté muchas cosas a la basura y hacerlo me produjo el único placer que podría haber sentido en ese tiempo. Camisas manchadas, chalecos apolillados que atesorabas como todo lo que acumulas; calzoncillos rotos, calcetines viejos, el chaleco azul. Todo a una bolsa negra que después anudé y lancé por el *shaft* de la basura. También compré unas enormes cajas rojas de plástico y en ellas guardé todos los papeles que rellenaban la repisa negra del escritorio y que solo acumulaban polvo y rabia. No toleraba más el desorden y ver esos papeles; además, era como una burla: ahí estaba lo que ya no servía de nada porque tú con suerte abrías los ojos.

–El Flaco se va a infartar si le tiras todos los papeles desordenados –comentó Seba.

–Da lo mismo –dije sin mirarlo, masticando un chicle imaginario de frustración–. No los va a poder revisar en mucho tiempo. No es que los necesite ahora, ¿o sí?

Su silencio frenó mi sarcasmo y ese chicle amargo se me reventó en la boca hasta producirme una arcada. Seba puso una mano sobre mi hombro y sentí algo eléctrico en la nuca.

–Quizás estamos haciendo todo demasiado rápido.

–Tengo que sacar estos papeles y carpetas de aquí. Verlos me hace mucho peor.

No dijimos más. Él me ayudó a guardar los bultos de papeles, carpetas

y post it de colores que saltaban como pelusas. Después bajamos a la bodega y Seba acomodó las cajas entre la otra acumulación sin control que crece allí, con cajas de ropa de guagua, coches, cuadros que no puse en esta casa, ropa vieja que no nos cabe.

Ahora falta colgar los cuadros.

Después de dos años enrolladas en un rincón del mueble donde guardamos las sábanas y cubrecamas, dos semanas antes de tu accidente y porque se acercaba mi cumpleaños, me anunciaste que tenías la dirección de una persona que podría enmarcar las tres telas que compramos en el último viaje que hicimos.

–¡Aleluya! –exclamé con sorna–. Pensé que este día no llegaría nunca.

–No seas sarcástica. Hubo una pandemia entre medio.

–Bueno, al menos no me los voy a comer para hacerte un poco de daño –sonreí–. Como el vino de ciento cincuenta lucas que nos regalaron y que me tomé casi de la botella cuando peleamos esa vez, ¿te acuerdas?

–No sé si me enoja más recordar la pelea o que te hayas tomado el vino.

–Era bueno el vino.

No me miraste, pero sonreíste a medias y eso era un triunfo en días tan tiesos e inflexibles. Quizás para no perder algo de eso es que fuimos a dejar las telas, elegimos los marcos y después nos miramos cómplices en el auto antes de que dijeras:

–¿Vayamos a comer algo rápido por ahí?

Días después de mi cumpleaños, solo un par de días antes de tu accidente, fuimos a buscar los cuadros y no cupieron en el auto, así que dejamos allá el más grande; le pedirías a alguno de tus amigos que te prestara una camioneta para llevarlo a casa. Vino el accidente y semanas después me pediste que escribiera un mensaje en la pizarra blanca: “Los cuadros”.

***

–No voy a dejar estas cajas en el living.

–¡Pero qué importa eso ahora! –te quejas con los cables adosados a tu cara con tela adhesiva color piel–. ¡Son cajas!

–¡Es que no las quiero acá! No tolero el desorden y sé que si no las saco ahora se pueden quedar años ahí, como si fueran un adorno.

El cuidador mira hacia un punto muerto. No es la primera vez que subo el tono de la voz delante suyo ni será la última. El mismo porcentaje de privacidad e intimidad que he perdido en los últimos meses es directamente proporcional a mi falta de pudor y a un crecimiento exponencial de mi rabia.

–Así que, Luis, después, por favor, ayúdame a sacarlas.

Él me mira con los ojos muy abiertos, incapaz de aceptar a viva voz lo que le acabo de pedir.

–¿Me escuchaste, cierto? –insisto.

–Sí, señorita –responde él, aturdido por el momento.

–¡L., estoy en terapia, por favor!

Tu voz no tiene gradación, por lo que me cuesta reconocer si dices algo, lo afirmas, lo gritas o lo vomitas. Las palabras salen de ti siempre cavernosas, subterráneas y resbaladizas. Sin embargo, asumo que mi molestia también es tu molestia y camino hacia el pasillo.

–¡Oye, espera! –dices más fuerte, porque ya me fui de tu radar–. ¡Necesito que transfieras una plata al banco! ¡Oye!

–¡Estás en terapia! –grito sin detenerme–. ¡Hablamos después!

***

Es difícil amar y hay tanto que odiar.

Sé que cada palabra, cada oración y cada idea que he intentado escribir aquí nace de una emoción, que no hay racionalidad y, por lo mismo, me expone. No es la historia que se le cuenta en voz baja a una amiga, no es solo esa mala sensación que nos llevamos a la cama y esperamos que desaparezca al amanecer, no es un secreto que se esconde, sino que se transforma en todo lo contrario: una declaración, un estado, un ser ahora.

¿A alguien puede importarle lo que hemos vivido? Sí o no. O sí y no. O no lo sé. He pensado de más, he leído menos de lo que deseo, he repetido pasajes de esta historia una, diez, cuarenta, cien veces. He dicho que mi marido está enfermo, que está avanzando lento y que está en una silla de ruedas. He podido pronunciar que su discapacidad actual es de un setenta por ciento y también he reconocido –me atrevo a redactar ahora– que hay días en los que pienso que él se va a recuperar hasta alcanzar, ojalá, un ochenta por ciento de sus habilidades; que espero que en ese momento seamos capaces de transformarnos en una nueva familia y que tantos

coletazos no nos mantengan fragmentados. Que podamos reconstruir. Aunque también hay días en los que pienso que los avances pueden llegar hasta aquí y me creo poco capaz de seguir mis días de esta manera.

También he titubeado ante la pregunta: "¿Estás casada?". Sí, pero. Y quien pregunta piensa que me estoy divorciando, o durmiendo en otro cuarto, o en el proceso de lo uno o lo otro. Y mi "pero", que suena mal y he pronunciado equivocadamente, corresponde más bien a una pausa, a un respiro, a una pregunta que yo misma me hago: ¿es necesario que lo cuente?

Estoy casada, pero mi marido está enfermo.

Estoy casada, pero es una situación compleja, porque parte de él se fue.

Entonces he aprendido a responder que sí estoy casada, pero que es una historia triste y mejor te la cuento después.

También he tenido conversaciones con mujeres mayores que adoro, colegas, profesoras que tuve en la universidad, madres de mis mejores amigas, en quienes busco espacios que no consigo con mi madre. Varias de ellas coinciden en que no se sabe si en el futuro R. y yo seguiremos juntos, pero eso no importa ahora, que se verá después. Y si bien cuando esto comenzó mi primera reacción física y verbal ante estos comentarios era, "oye, para ahí, yo no quiero separarme de R., quiero estar con él y que seamos la familia que somos", hoy mi cuerpo se frena y mi voz no sale para hacer una defensa tan férrea de un posible deber ser.

***

En una salida con Celeste le conté que nuestros hijos están afectados y que sigo atenta a si debo llevarlos a un sicólogo o aún no; también le dije, con certeza, que yo perdí a mi marido y que no encuentro el minuto para hacerme cargo de esa falta evidente, que titubeo entre mi duelo y los del resto, que resuelvo y evado; que me cuesta detenerme a mirar mis carencias: una anomia extraña, un piloto automático, el deseo inexistente y una invisibilidad social autoimpuesta. Asumo que no soy vista por nadie como una mujer y lo acepto como tal, "soy como una vieja que cuida su casa, que ya no tiene nada más que hacer. No deseo a nadie y nadie me desea a mí", dije.

Quiero a R. ¿Lo deseo? No y a veces sí. ¿Él me desea? Dice que sí y le creo, porque me abraza, me toca, aunque estemos atrapados: él en un

cuerpo con partes que no responden y yo en lo indescifrable, en el misterio de una ausencia que no pedí y que no necesitaba. Intento resolver el código, recordar cómo volver a ser yo, o algo de lo que era en esa intimidad, en eso tener a otro, contar con él, estirar la mano y alcanzarlo. En este momento no hay clave que abra esa puerta.

¿Y después? ¿Qué pasará después? Lo cierto es que no lo sé. Me ha dado vueltas largamente la pregunta sobre el futuro y nada, ese futuro no está, al menos ese que imaginé. Debimos ser felices en la vida que alguna vez dibujamos en nuestras cabezas, pero no podemos serlo ante un proyecto quebrado. No se puede y tal vez no sea bueno insistir en eso.

¿Podremos ser felices? ¿Seguiremos? ¿Nuestros hijos crecerán sin cargar con las secuelas de este accidente? ¿Lograremos que así sea y después, más viejos, R. y yo nos miraremos con la convicción de haber hecho todo lo que pudimos?

Si algo sé hoy es que hacer todo lo que podemos no es suficiente. Por una parte, basta que hayamos desplegado la mayor suma de nuestras habilidades tanto físicas como emocionales, que hayamos ejecutado lo inimaginable, que hayamos salido de nosotros mismos para disfrazarnos de otros y saltar las olas, salvando situaciones como quien intenta cubrir hoyos que va formando una liebre cinco metros más allá. Tropezar, caer, no caer, dañarnos la espalda, torcernos un pie, ensuciarnos, seguir caminando, cojear hasta la meta, hasta llegar a casa y poder limpiarnos. Por otro lado, sin embargo, el polvo de la bomba sigue aquí, como el hollín de las llamas recientes se pega en las paredes y en los objetos. Respiro ese polvo cada día y es con él, estorbándome, que escribo sin tener ninguna idea del destino que se puede imaginar luego de desintegrarse a través de las palabras. Dentro de mí está ese hollín y no sé cómo sacarlo.

¿Nuestra historia llegará hasta aquí? ¿Hasta este momento? Cuando nos miremos a la cara y uno de los dos diga: creo que ya no puedo más, quizás debamos separarnos. O quiero que seas feliz, no insistamos, lo nuestro ya fue, tuvimos dos hijos que nos unirán toda la vida como los padres que queremos ser, cada uno a su manera, reemplazando el tormento por este evento maldito y todas sus externalidades en un lazo afectivo nuevo, como lo es haberse querido tan hondamente y dejarlo así, como un tiempo pasado que hoy es mejor ver como algo bueno que nos tocó y, al mismo tiempo, abriendo la posibilidad de la existencia de una carta tapada en el mazo, algo que no sabíamos que podría ocurrir, un nuevo tiempo para ti y para mí, por separado.

Quizás porque no lo sé ni quiero saberlo es que me detengo aquí. La vida, que me ha entregado días brutales en este último año, no tiene ni anagramas ni códigos para desactivar lo malo, y a ratos me ha parecido derechamente cruel. No me ha dado pausa ni respiro, me tiene tomada del pelo y no me suelta. En este camino, que se hace interminable, asumo que no tengo el talento para leer el futuro ni tampoco para bosquejar uno nuevo como el que alguna vez imaginé.

Ya no quiero pensar. Hoy no sé soñar.

Vuelvo al relato de Piedad Bonnett, que leí varios meses después de que tu accidente ocurriera y que ha sido como una segunda sombra que me acompaña y me abraza con dulzura, a pesar del horror: "En mí persiste la sensación de que esta es una situación provisoria, circunstancial. Siento que *algo* está por suceder, que algo tiene que pasar. Y de pronto comprendo: lloro y nada pasa. Leo y nada pasa. Escribo y nada pasa.

No, eso que espero no va a pasar".

Por un lado, me gustaría citar al narrador de las páginas finales de *Poeta chileno*, ese novelón de Alejandro Zambra, y describir un momento colorido, como han sido esas tardes de baile de canciones de Shakira con mis hijos en el salón de la casa, mientras tú realizas tu sesión de electrodos; ese plano general que nos enmarca como una familia normal sorteando una situación excepcional. O escribir que esta experiencia me enseñó algo, aunque me haya resistido a esa idea en prácticamente todas estas páginas, y que la lección es que sí sé lo que es amar real e incondicionalmente a otra persona que no sean mis hijos; que doy fe de que existe un amor de pareja que puede ser tan o más potente y avasallador que el de una madre por sus hijos. Que se puede, que han sido unos meses de infierno, un tiempo desquiciante y demoledor, pero que acá estamos los cuatro, juntos, pegados por ese lazo y también por la voluntad. Pero, por otro lado y al mismo tiempo, mi cerebro me instala en la acera del frente, en un escenario de posguerra, donde todo está destruido y las pérdidas parecen irreversibles.

Puedo imaginar escenarios, situaciones, diálogos. Puedo imaginarnos el uno junto al otro, tomados de la mano en algún lugar.

Te he querido tanto. He dado todo lo que tengo y mucho más de lo que imaginé que yo podía entregar, pero necesito salir de aquí. No resisto un minuto más con tan poco aire y con tanta gente invadiendo mi casa, mis días, lo que es nuestro matrimonio.

No digas eso. No te rindas todavía.

Es que no puedo más. No doy más.

¿Y los niños? ¿Y nuestra familia?

Siempre serán nuestros hijos y tú siempre serás mi familia.

Nunca pensé que llegaría este momento, Flaco.
El de poder respirar. El de tener un poco de luz.
Te dije que era cosa de esperar.
Que juntos íbamos a salir de esta.
No me lo creí, no podía ver.
Pero aguantamos, y lo hicimos bien.
Fue una mierda todo.
Una gran mierda. Pero ya pasó.

¿Qué vamos a hacer? ¿Te vas a ir?
No lo sé. Tampoco quiero tenerte lejos, L.
Pero tengo que procesar todo esto.
¿Entonces lo dejamos? ¿Así, después de todo lo que vivimos? Es lo único que nos queda.
Estás desgastada, yo también.

Marcelo Leonart escribió por estos días un posteo de Instagram refiriéndose a su última obra de teatro. Sus palabras me obligaron a hacer una pausa, respirar y releer para citarlo aquí: “La vida es brutal. Pero vamos a tener una vida. No me digas que al futuro se lo traga la oscuridad”.

Quizás la muerte siga sentada sobre la cama y nuestro desafío sea fingir que no está, para no despertarla. Puedo asegurar que la muerte nos sigue amenazando, y eso, a veces, me quita el aire. Aunque también puedo escribir, con lo poco que me queda de convicción, que hasta ahora hemos tenido una vida extraordinaria, y que, como sea, vamos a tener otra vida.

Ni idea de cómo ni cuál, pero vamos a tenerla.

ENCUÉNTRANOS EN…

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

Seix Barral

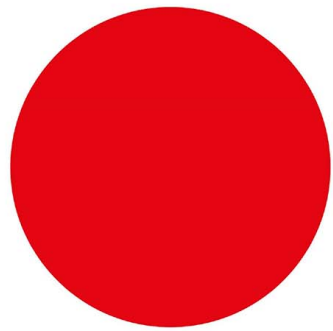
María José Poblete

Desde el confín

Seix Barral

María José Ferrada

Diario de Japón



Seix Barral

Alejandra Costamagna

Dile que no estoy